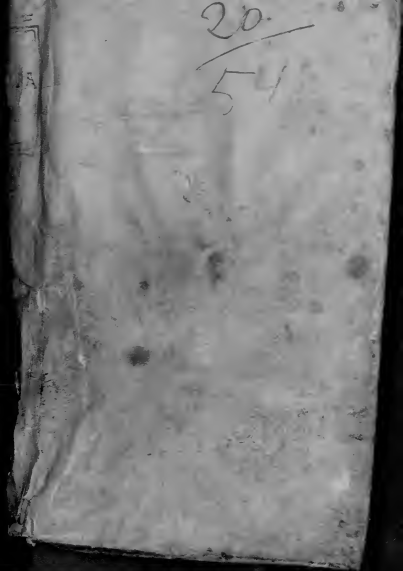
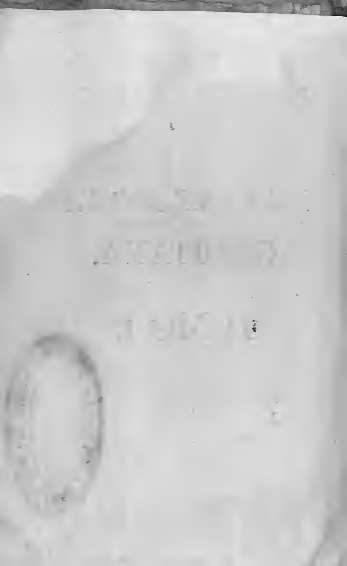

20.
54

Nº 1.

LA PENSADORA GADITANA.

TOMO I.



LA PENSADORA GADITANA.

POR

DOÑA BEATRIZ CIENFUEGOS.

Hoc opus, hoc studium parvi properemus, & ampli,
Si Patriæ volumus, si nobis vivere cari.
Horat. Lib. 1. Epist. 3.

TOMO I.



CON LICENCIA DEL REAL, Y SUPREMO CONSEJO DE CASTILLA.

EN CADIZ: En la Imprenta de D. Manuél Ximenez Carreño. Calle Ancha. Año de MDCCLXXXVI.



PROLOGO, Y

PENSAMIENTO I.

ALguna vez habia de llegar la ocasion, en que se viesen Catones sin barbas, y Licurgos con basquiñas: no ha de estar siempre ceñido el dón de consejo á las pelucas, ni han de hacer sudar las prensas los sombreros; tambien los mantos tienen su alma, su entendimiento, y su razón: ¿pues qué los hombres han de

mandar, han de reñir, han de governar, y corregir, y á las pobrecitas mugeres, engañadas con el falso oropél de hermosas y damas, solo se les ha de permitir tiren gages de rendimientos fingidos, y pasen plaza de señoras de teatro, que en acabandose la comedia de la pretension, todo se oculta, y solo se descubre el engaño, y la falsedad? No, señores mios; hoy quiero, deponiendo el encogimiento propio de mi sexo, dar leyes, corregir abusos, reprehender ridiculezes, y pensar como Vms. piensan; pues aunque atropelle nuestra antigua condicion, que es siempre ser hypocritas de pensamientos, los he de echár á volar, para que véa el mundo á una muger que piensa con reflexion, corrige con prudencia, amonesta

nesta con maduréz, y critíca con chiste.

Segun la mas comun opinion masculina, parecerán paradoxas mis intentos, viendo que una mano, á quien naturaleza destinó para governar la aguja, manejar la rueca, y empuñar la escoba, se atreve, sin permiso de las Universidades, de los Colegios, y las Académias, á tomar la pluma, ojear los libros, y citar Autores; y en tiempo en que solo pensamos en las modas, en los peynados, en las *batas*, y en los *cortejos*: cierto que á la primera vista del discurso lo parece; pero no será asi, si se reflèxiona con seriedad la empresa. Nos conceden los hombres á las mugeres (y en opinion de muchos como de gracia) las mismas facultades en el alma para igualarlos,

los, y aun excederlos en el valor, en el entendimiento, y en la prudencia; y no obstante esta concesion, siempre nos tratan de ignorantes; nunca escuchan con gusto nuestros discursos; pocas veces nos comunican cosas sérias; las mas alejan de nosotras toda conversacion erudíta, y solo nos hablan en aquellos intereses que, por ser indispensables, se vén en la precision de tratarlos con nosotras: y con todas estas experiencias, muy llenas de vanidad, nos gloriámos de nuestra suerte, celebrámos sus cortejos (el Pensador sea sordo) y aplaudímos sus rendimientos, quando todo esto son hazañerías con que procuran nuestro engaño, solicitando sus idéas á costa de nuestros pesáres, y muchas veces de nuestro honor.

Pues

Pues no, Señoras mias, ya tienen Vms. quien las vengue; ya sale á campaña una muger que las desempeñe; y en fin con pluma y basquiña, con libros y bata se presenta una *Pensadora*, que tan contenta se halla en el tocador, como en el escritorio; igualmente se pone una cinta, que ojéa un libro; y lo que es mas, tan facilmente como murmurar de una de sus amigas, cita uno, dos, ó tres Autores Latinos, y aun Griegos. Ya está de su parte quien *piense*, y quien manifieste sus *pensamientos*; pero les debo advertir (y esto para entre nosotras) que una vez que me he revestido de *Pensadora*, he de ser imparcial; ya que he tomado el tono magistral de criticar, no me aguarden ciegamente apasionada: pueden creer las de mi sexo, que con el mis-

mismo empeño he de manejar la pluma contra sus desordenes, como contra los disparates de nuestros mayores enemigos: sin distincion salgo á la plaza del mundo á combatir preocupaciones, y descuidos; donde quiera que los halle, allí los haré la guerra. Pero lograrán las damas que, corregidas sus faltas, advertidos sus yerros, y notadas sus ridiculeces por otra dama, les cause menos sonrojo, oyendo con mas gusto, y procurando la enmienda sin correrse: juntamente le tendrán en vér que ya que hay curiosidad, que se introduce en nuestros estrados, registra nuestros gabinetes, y recorre nuestros retretes con la maldita intencion de sacar nuesras faltas al público, y se vale de la confianza para hacernos despreciables, hay entre nosotras

una,

una que, venciendo la fuerza con la fuerza, les atisvará, y notará en todas partes; se ocultará en sus escritorios, seguirá en los paséos, escuchará en las tertulias, y no olvidará diligencia que conduzca á enterarse de todos sus designios para critícar sus errores.

Este es mi intento, y lo ha sido siempre; pero, encogida en mi natural empacho, *pènsaba*, callaba, y sufría (aunque con impaciencia) la licencia que se han tomado los señores hombres de ser los únicos que griten, los solos que manden, y los exceptuados de obedecer: hasta que, exaltado todo el humor colerico de mi natural (que no es poco) con las desatenciones, groserías, y atrevimientos del *señor Pensador* de Madrid, en orden á lo que tra-

ta de nuestro sexo, he resuelto tomar la pluma, no para contradecirle, ni tacharle sus asuntos, que este es ya camino muy andado; sino enseñarle (siguiendo su idéa, guardando sus maximas, y aspirando á un mismo objeto) á criticar defectos, sin ofender privilegios; pues, aunque en su prologo nos trató tan fino como falso, muy presto en los siguientes pensamientos se conoció el odio que nos tiene; el que jamás será hijo de una virtud sólida; y si, tal vez, de algun escarmiento causado por su culpa.

De lo dicho claramente se infiere que mi intento no es contradecir al *Pensador* de Madrid; antes bien alabo su idéa, celebro su intencíon, y embidio sus ocurrencias: solo pretendo desquitarme, hallando iguales de-

fectos que corregir en los hombres, sin que por eso olvide los de las mugeres, pues à todos se dirige mi critica: y no hay que estrañar mi atrevimiento al considerar la debilidad de mis fuerzas, que como es tan dilatado el campo que se registra para recoger asuntos, se hallarán proporcionados á todas fuerzas, y yo abarcaré lo que pueda apretar, y no mas.

Mas hace de un año que estoy hablando, sin que haya dado señas de quien tan suelta tiene la lengua, y de quien amontona tantas bachillerías : no se impacienten Vms. tengan paciencia, que no se ganó Zamora en una hora. Yo, Señores, gozo la suerte de ser hija de Cadiz, bastante he dicho para poder hablar sin verguenza: mis padres, desde

peque-

pequeña, me inclinaron á Monja; pero yo siempre dilaté la execucion: ellos porfiaron, y para conseguir el fin de sus intentos me enseñaron el manejo de los libros, y formaron en mí el buen gusto de las letras; para lo que, dandome maestros, con alguna aplicacion mia, me impusieron en la Latinidad: sé hacer un silogismo en *Barbara*, y no ignoro que *la materia primera no puede existir sin la forma*; con estas bachillerías, y seis años de reclusion en un convento, he salido tan teologa, que todos en mi casa me venéran por una Sybila: yo bendigo la mesa en Latin, rezo el *Angelus Domini* quasi en Griego, y tambien les ofrezco á las Animas responsos con su poquito de *Requiem æternam*; y al oír esto mi padre, que es un honrado

Mon-

Montañés, me ha dicho muchas vecez que si su Santidad tuviera noticia de mi *insuficiencia*, quizá por animar á las demás á estudiar, me dispensaría para poder ser Guardian, Prior, ó Vicario de alguna Comunidad de Religiosos, donde lucieran mis talentos ya en el pulpito, ó en el confesonario. Yo, con estas alabanzas, aunque conozco su ironía, no obstante estoy en la inteligencia de que soy discreta, y que con mis tales quales luces, y un poco de cuydado, podré desempeñar mi obligacion.

Mi edad es, entre merced y señoría, lo que basta para dar consejos acertados, sin que sea preciso escucharlos con disgusto: mi inclinacion es la libertad de una vida sin la sugecion penosa del matrimonio, ni la esclavitud

vitalicia de un encierro. Escucho naufragios sin arriesgar mi hacienda; miro pérdidas con resguardo de mis intereses; diviso escarmientos sin dolor propio; oigo á los hombres sin atenderlos; tal vez le respondo sin creerlos; y alguna vez he pensado en engañarlos, por desquitár en algo los muchos fraudes con que nos burlan; pero el temor de no exponerme á ser objeto de sus malditas lenguas me hace contener en los limites del decoro amable, por no arriesgar en un punto la opinion, que ésta una vez perdída, tarde se restaura.

Estoy persuadida que, con haber dicho mi patria, quedarán todos satisfechos de que son estos discursos hijos de mis pensamientos, y de mi propia cosecha: pues además del privilegio de Anda-

luza

luza, que me pone en la posesion de ser natural de una Provincia donde las mugeres nacen sabiendo, la circunstancia de hija de Cadiz es otra causa para poder esperar de mi semejantes producciones; pues es notorio á todo el mundo, que prodiga se muestra la naturaleza con nosotras, franqueandonos dotes en el alma, y cuerpo tan distinguidos, que no hay estrado en Cadiz donde no se encuentren á cada paso las Christinas, las Isabelas, las Amalias, que con las luces de sus discursos sean, á el mismo tiempo que embeleso de los ojos, admiracion del alma: la soledad con que esto escribo, y lo lexos que estoy de que me conozcan, me hace atropellar por las leyes de la modestia para proferir alabanzas de que tanta parte me toca. Pero

es mi genio tan poco hazañero, y mi natural tan ingenuo, que, con la misma facilidad que cuento un defecto mio sin correrme, refiero y alabo sin vanidad lo que á mi parecer poséo digno de aprecio: y valga la verdad: ¿ si yo (á Dios gracias) tengo entendimiento, porquè le he de arrojar á la calle, y haciendo la gazmoña he de fingir ignorancia ? No quiero, no me gustan estas hypocresías; acostumbrese el mundo á la inocencia, sencilléz, y buena intencion, sin extrañar la alabanza propia, quando se funde sobre causa suficiente: esto no se entiende de aquella alabanza hija de la vanidad y sobervia; ésta siempre es odiosa: hablo de aquella que es hija de un animo sencillo y amante de la verdad: los que no tienen tercero que les abone se vén en la

precision de hacer por sí mismos una ostentacion del caudal de su mérito para la consecucion del fin á que aspiran: asi yo quiero públicar de mi aquellas prendas que me distinguen, y me exceptúan del comun de las mugeres; pues, no teniendo mas padrinos ni terceros que mis *pensamientos*, ellos serán los que basten para el desempeño de mi intencion. Estos mismos se públicarán periodicamente todas las semanas: hasta ahora no puedo determinar el dia, porque ignóro lo que podrán detener las justas diligencias para pasar estos borrónes á la prensa: luego que todo esté arreglado, se señalará dia cierto.

Muchas veces me veré en la precision, tratando de algun asunto en particular, de tocar por incidencia este, ó aquel ya diser-

tados por el Pensador de Madrid; pero estos solo se tocarán como accesorios, no como principales; sin que por esto se me arguya de que le copió; pues si alguna vez convengo en esta, ó aquella expresion, en uno, ó en otro asunto, mas serán puestos en el papel guiados del entusiasmo que de la eleccion.

Vmd. Señor Público reciba y trague un Prologo liso y llano por su dinero, y tenga paciencia hasta otra semana; por que estoy informada que los Pensadores logran privilegios para prologizar, y dexarse la obra en el tintero; y esto mismo naturalmente se entenderá tambien con las Pensadoras; por cuya causa publíco mi Prologo, y me guardo lo principal para otra semana. No te impacientes, que te verás comido

de pensamientos, como los procures de buena fé; pero si critícas, muerdes, y despedazas como acostumbras, entonces tomando el tono mas alto, andarémos á tres menos quartillo, y verèmos quien se cansa; para lo que te advierto (vé aquí convengo en esto con el Pensador) que yo, por mi genio estudioso, y mi continuo retiro, conozco á pocas personas en esta Ciudad: y asi, si mis pinturas, ó los sucesos que refiera en mis Pensamientos, hubiese quien maliciosamente los adaptase á sugeto determinado, desde aora protesto y afirmo que semejantes asuntos no tienen, ni tendrán mas existencia que en mi fantasía; pues mi intencion no es descubrir defectos particulares; si criticar, y hacer ridiculas las raras preocupaciones, los muchos vicios que,

con capa de estilo, y *brillantéz remarcable*, se han introducido entre nosotros, para tener parte en tan laudable reforma.

Si conceptúas (como se hace de otro) de que para decir verdades, y corregir abusos me valgo de extrangeras noticias, puedes cotejar mis papeles con aquellas, y saldrás de la duda. Basta de Prólogo, y espéra la semana que viene el principio de mis trabajos, los que me serán agradables, si lógro en su acogida, y en la observancia de sus maximas, el premio de mis idéas.

La Pensadora.

PEN-

PENSAMIENTO II.

IMpaciente tu curiosidad, excitada de un Prólogo tan largo y pesado, habrá estado aguardando este mi primer Discurso, para tantéar si corresponden los efectos á mis promesas: pues ya le tienes delante; pero no esperes ver mis escritos llenos de palabras hinchadas, clausulas pomposas, frases inauditas; no, no lo esperes: soy naturalmente opuesta á tales modos de explicacion, y gustosamente inclinada al sencillo y familiar estylo: éste, acompañado de una buena intencion, y de la verdad, discurro logrará mejor el efecto á que se dirige mi pluma. Corregida te quiero, enmendada

dada te deséo; si asi lo consigo, cánonizaré mi método por el mas elegante.

Todas estarán en la inteligencia de que dará principio mi génio *pensador* por las extravagancias de los hombres, dandoles una mano como se merecen, desquitando en parte las muchas que nos deben; pues no, Señoras mias, si Vms. lo aguardaban, tengan paciencia y aguanten, que la caridad bien ordenada, principia exercitandose en cosa propia; y quiero primero que me deban un aviso, y una reprehension; porque como las amo de veras, y soy interesada en sus aciertos, ó desbarros, intento apagar el fuego de casa antes que el del vecino: dexarles que esta semana se alegren, que mas pensamientos hay que longanizas: no se quedarán

sin su merecido; aunque muevo con violencia la pluma en este discurso, por las especies que se me atropellan contra estos enemigos de nuestro sosiego y quietud; pero, pues estoy determinada, paciencia, y á la obra.

¿Què encontrará el mudo silencio de los peces fuera de las aguas? ¿Què alcanzará la laboriosa hormiga con vestirse de plumas, y subirse por esos ayres? ¿Las simples avecillas, que en la ligereza de su vuelo aseguran su inocencia què conseguirán humillando sus elevados destinos á la tierra? ¿Què? Perecer y morir: pues con ignorancia descuidada, olvidando las precisas qualidades de su sér y constitucion, se arrojaron por diversion y pasatiempo (digamoslo de una vez) se atrevieron con un *marcial* descuido

á salir de su centro, de su estado; y discurriendo lograr nuevos quilates de primór: los peces en respirar un aura mas pura; las hormigas, en elevarse á las nubes con la nueva moda de sus alas; y las aves, olvidando el sublime sér de su naturaleza, en humillarse á los lazos y peligros de la tierra; solo consiguieron ser despojo anticipado de la muerte, engañados con el especioso pretexto de mejorar, y hacer ver sabían vivir en todos elementos.

¿Si al ver esta desgraciada suerte (suponiendo ser estos animales capaces de responder) se les preguntase la causa de su ruina, què dirían? Responderian los peces que pagaban injustamente el laudable deséo de saber mas; pues procurando salir alguna vez de las silenciosas moradas

de

de su centro, para lograr el ruídoso ambiente de la tierra, se veían perecer miseramente al golpe fatal de su desprevenida curiosidad. Las hormigas dirían que, cansadas ya de habitar las tristes y pequeñas cavernas de sus cuevas, sublevado su genio de la maravillosa moda de las aves, pues con sus alas registraban mas de cerca los hermosos rayos del Sol, por imitarlas, habian pretendido, y criado alas; y elevadas con ellas á otra esfera agena de su naturaleza, rigorosamente encontraban la muerte donde discurrieron hallar nuevos modos de aumentar y abrillantar su vida. Las aves, entre musicos suspiros de su desgracia, alegarían que al penoso exercicio de estar siempre elevadas y sublimes en la excelsa constitucion de su naturaleza, por desaho-

sahogo y descanso de tan sério y distinguido modo de vivir, alternaban con descender muchas veces á revolcarse y arrastrarse en las humildades de la tierra, abandonando lo excelso de las nubes; pero que habian hallado entre los engañosos lazos de la embidia, la pérdida de su libertad, y de su vida.

¡Pobres animalitos, que, porque con *marcial* desahogo quisieron aliviarse y divertirse una vez de las reglas en que les constituyó naturaleza, han de morir miserablemente! ¡Fuerte rigor! ¡Cruel destino! !Pero estraño modo de discurrir! ¿Què les habia de suceder si, abandonando las leyes de su sér y vida, se habian atrevido á salir de su centro, elevarse de su estado, y humillarse de sus prerrogativas? Si, Señoras

mias,

mias, esto nos sucede á las que, desprevenidas y ciegas, nos arrojámos á seguir las caprichosas preocupaciones de la necedad y poca modestia.

¡Què desconocida sería á nuestras antiguas damas Españolas esta voz hermosa *marcialidad*, y sus infelices conseqüencias! Con éste, al parecer brillante pretexto, se canoniza la desemboltura, el poco recato, la ninguna modestia, el abandono en nuestras doncellitas de aquella amable, hermosa, y vergonzosa timidéz, con que se negaban á todo lo que pudiera ofender su delicado estado; el olvido en nuestras casadas de aquella inimitable circunspeccion, y natural soberanía con que sabian quitar la vida en sus mismos principios, aun á las osadías mas inocentes; el poco reparo en nuestras viudas,

das, para arrojarse á todas las diversiones, paséos, y lugares de concurrencia, donde ni lo peligroso de su estado las estorva parecer *marciales*, ni el temor de su precipicio las hace acordar de las obligaciones que se deben á su honra, y á la de su difunto esposo: en una palabra, esta voz *marcialidad* es el tapalo todo de quanto malo se executa.

Piensan Vms. Señoras mias (y piensan mal) que no se les dará propiamente el nombre de damas, de petimetras, y de modistas, si no acompañan todas estas cosas, con un modo de presentarse en las visitas, en los paséos, en los espectaculos públicos, tan libre que, á la verdad, mas propio es de gente de baxo nacimiento, que de aquellas á quien la fortuna ha colocado en un estado

digno de la mas concertada conducta ¿Què *marcialidad*, ni què alforja podrá honestar en una dama el desarreglado modo de conducirse en un paséo? Lleva consigo tres, ó quatro acompañantes (cortejos dixo otro) á quienes imita en las risas desproporcionadas, en las voces altas y festivas, haciendo con cuidadosa libertad gala de sus bachillerías, llamando aquel conocido, saludando al otro, mirando á éste, y haciendo gestos á todos; y en fin, con la continua agitacion de su cabeza, va denotando lo poco que le cuesta moverla, por lo vacía que se halla de entendimiento: ¡o si nuestras antiguas Españolas (vuelvo á decir) vieran este modo de proceder y que haciendo á estas damas cargo de esto, respondían con la misma ayrosa li-

libertad: ¿Què saben Vms.? esto es *marcialidad*!

¡O *marcialidad*, y què de ruínas, y vencimientos numéras entre el engañado sequito que te idolátra sin entenderte! Marte, fingido dios de la guerra, y á quien creyó la ciega Gentilidad protector de sus profesores, dió el nombre de marciales á todos aquellos que seguian este peligroso exercicio. La gala (todos lo saben, nada pongo de mi casa) de los militáres, y el mas aquilatado primór de un oficial, en los antiguos y modernos tiempos, ha sido siempre la libertad, haciendo sus deséos medída de sus progresos: esto, aunque no es necesario para suponer valor, les parece indispensable, que un hombre que sabe despreciar los mas temibles peligros, hagan en to-

todas partes, y ocasiones alarde de aquella franqueza de animo, con que en el riesgo conduce su animosidad; y el deséo de parecer atrevídos y valerosos les ha obligado á tratar con el mismo desprecio que á sus enemigos, todo aquello que se opone á sus intentos, sea justo, ó ínjusto. Este abuso autorizado con la continuacion se graduó con el nombre de *marcialidad*.

¿Diganme Vms. aora, Señoras, les parecerá bien todo aquello que le es licito (hablo de tejas abaxo) á un joven oficial? ¿Será acomodado con la delicadeza de su honor el andar á la prusiana, y aquellos desgarros con que se caracteriza un soldado de valiente y animoso? Claro es que me dirán que nó. ¿Pues por què quieren ser Vms. *marciales*, ó seguir

la *marcialidad*, si no han de conquistar plazas, vencer rebellines, batir castillos, ni asaltar murallas? ¿Si Vms. no han de hacer marchas, no han de acampar, no han de saltar trincheras, ni han de hacer surtídas, para què es esa demonstracion tan continua de la agilidad de sus movimientos, ni de la vivacidad de su espiritu? Las plazas que Vms. han de conquistar, las batallas que han de vencer, y los peligros que han de superar, no ha de ser con la *marcialidad* licenciosa, ha de ser con el recato honesto, con la discrecion juiciosa, con la gracia comedida, con la compostura séria; y en fin, ha de ser con hacerse respetar por honradas, temer por discretas, venerar por recogidas, y desear por virtuosas: las otras victorias que consi-

sigue la *marcialidad* son pasageras, poco durables, desayradas, y peligrosas.

Discurren muchas que no conseguirán el estado á que se inclinan, si no se valen de hacerse reparar por la *marcialidad* de su ayre, de su porte, y de su explicacion: discurren, que si hacen lo contrario, las tendrán por gazmoñas, y huirán los hombres de ellas: se engañan de medio á medio. Siempre, á pesar de los malos, y el vicio, ha sido estimada la virtud, y alabada aun de aquellos que mas huyen de ella. Todos, todos naturalmente aman lo bueno, y desprecian lo malo: pues, aunque se repara continuamente tantos como siguen las ridiculeces, las extravagancias, y disparates, no es por apetecerlos como males; antes se funda su enga-

gaño en que, preocupados los entendimientos con las falsas apariencias del bien que imaginan, se precipitan en el abismo de la maldad; y por esto se miran todos los dias tantos arrepentimientos: pues, luego que llegó á ilustrar con sus luces el desengaño, al punto se huye de lo que con tanta ansia se apetecía. En esto está la mayor fuerza de mi Pensamiento.

Repetidas veces oygo lamentar á muchas de mis amigas de la mala condicion de sus maridos: las unas ponderan su olvido; las otras lamentan sus zelos; quien se quexa por el desprecio con que la trata; quien por lo distraído de su proceder; aquella llora el verse encerrada, y en continua desconfianza con su esposo; ésta suspira su desgracia, pues quando discurría tener marido ama-

amable, generoso, risueño, y confiado, se mira con un martirio continuo, sufriendo á un intratable melancolico, miserable, y mal acondicionado: ¿y en què consistirá esto, Señoras mias? Vms. de buena gana desearán les diga la causa, para que conociendola procuren el remedio. ¿No es asi? Pues escuchen: les llegó el desengaño á aquellos maridos, y alumbrandoles, y disipando las tinieblas del falso amor con que estaban ciegos, les hizo cobrar nueva vista; y esa es la causa de tanta mudanza. ¡Valgame Dios! Y còmo me gritarían, me insultarían, y me tratarían de loca, y bachillera, si me pillasen el coleto algunas de tantas como leerán estas razones, diciendo: ¿Venga acá, Señora Pensadora, el desengaño, que es el que hace enten-

tendidos, y humanos, y alexa los vicios, ese mismo ha de ser causa de tan indignos modos con que nos tratan? Vayase á coser, que no sabe lo que se piensa; y mejor le será, si ha de decir tales disparates, entretenerse con la almohadilla, que ponerse á Filosofa para decir desatinos como este: Vms. habrán quedado con la replica muy ufanas, y con gran *marcialidad* cantando la victoria; ¿no es verdad? Pues no está en lo dicho el daño: lo peor es que no me arrepiento de mi dictamen, y vuelvo á decir, que la llegada del desengaño les ha puesto tan distintos. Me explicaré.

En el tiempo que se hallaban en estado de hacer licitas conquistas (hablo con las que se quexan y me insultan) Vms. digo, se valieron para rendir sus maridos del chis-

chiste, del gracejo, del bayle, de la discrecion, y no perdonaron medios que no usasen para hacer valer estas gracias: hasta aqui vamos bien: lo peor fué, que por ser mas damas, mas graciosas, mas discretas, y por hacer lucir mas su ayroso arte en el baylar, todas estas cosas, que en la realidad son dignas de alabanza si se usan con una discrecion virtuosa, todas, todas se echaron á perder practicándolas con *marcialidad.* ¡Con *marcialidad*! Si, Señoras, con *marcialidad*. Esta fué la que les hizo desabridos sus chistes con el poco recato, deslució su gracejo con hacerse comun, afeò su bayle con la poca honestidad, y ocultó su discrecion entre el confuso tropel de pensamientos libertinos, mas propio de gente de teatro, que de damas á quien

el pundonor debe ser inseparable. Llega despues el desengaño, y quitando el velo de la pasion ciega de los ojos del marido, como todos regularmente quieren sean sus mugeres unas santas, aunque ellos sean unos diablos, y les hace conocer que se hallan casados con una *señora de marcialidad remarcable*, y ellos por haberlas escogido de esta naturaleza, se infiere no son de genio y proceder bueno, al punto se inquietan, se ponen desabrídos, y mudan de estilo, porque su malignidad, causada por nosotras mismas, infiere unas conseqüencias de antecedentes que, ni á Vms. les gustará el oírlos, ni á mi estado es licito decirlos: por esto, siempre temerosos, siempre impacientes, siempre gruñendo, maldicen su fortuna, su casamiento, y

abor-

aborrecen las mugeres. ¿Es esto verdad, señoras mias? ¿Se fundan mis pensamientos aora?

¿No es verdad que Mariquita, y Pepita, aquellas de quienes Vms. se burlaban con *marcialidad* quando solteras, llamandolas encogidas tontas, inaguantables, y huían de su compañia porque no eran *marciales*, y porque con gusto honrado, y digno de embidia vivian segun su estado, é ignorando lo que era *marcialidad*, y sus efectos, no pensaron mas que en llenar admirablemente el cumplimiento de su obligacion, sin salir de aquellas lineas, que la Religion, el pundonór, y el buen gusto han puesto á las doncellas, que han de vivir como tales, no es verdad que éstas se hallan hoy casadas con hombres de estimacion en la Republi-

publica, queridas y celebradas de sus maridos, sin que estos se cansen de estimarlas, porque el desengaño nada ha tenido que advertirles ? Las quisieron virtuosas, y las tienen virtuosas. Ellas les conquistaron con el recato, el miramiento, el pundonor, y el retiro; y asi ellos no tienen de que arrepentirse; porque se hallan con mugeres recatadas, de miramiento, pundonorosas, y retiradas: por que, valga una verdad, señoras mias, los hombres que mas celebran las *marcialidades*, interin que les son utiles las festejan y aplauden; pero en el fondo de su corazon son los primeros que principian á murmurar, y desagradarse de nosotras, porque todas las cosas reciben valor intrinseco de sus mismas qualidades: si estas son malas no es

de

de extrañar lo que se llora, y lamenta. Y asi, Señoras mias, volvamos una vez por nuestra reputacion, no salgamos de aquellos fueros con que nuestra mas respetable antiguedad se ha conducido en nuestras heroínas Españolas, que contentas solo con el cuidado de sus maridos, é hijos, aborrecieron como peste todas aquellas agenas extravagancias, que guian su veneno á la sencilléz del animo, y á la innocencia de una vida á que debémos siempre dirigir nuestros pensamientos. No salgamos de nuestro centro y propio estado, no nos suceda lo que al pez, á la hormiga, y á la ave.



Se advierte, que habiendo escrito este Discurso algunos meses há, sin intencion de que se diese á la prensa; por obedecer y obsequiar á una amiguita mia, me veo en la precision de públicarle sin innovar cosa alguna; porque el impulso que me alentó á escribirle, me quita las facultades de enmendarle.



Pen-

PENSAMIENTO III.

¡VAlgame Dios, y què curiosidad tan porfiada! ¿Què circunstancia es para aceptar estos Pensamientos el ansia de procurar conocerme? Yo estoy segura de que no lo consigan; pero valga la razon: ¿es deséo de aplaudirme, ó intencion de vituperarme? No puedo ponderar el gusto que he tenido al oír las diferentes opiniones que se han excitado sobre la oficina donde se forjan estos *Pensamientos*: de todo se ha dicho; pero siempre muy lejos de la verdad: porque todos porfian, y á su parecer con razon, de que no es muger la *Pensadora*. ¡Hay tal ignorancia! ¿Dios

ha dado á las mugeres otra alma distinta, y de menos facultades que la de los hombres? ¿O procuran hacer valer aquella antigua, y errada opinion, de que las mugeres eran animales imperfectos, extendiendola tambien á sus luces, á sus discursos, y á sus entendimientos? ¡Raro empeño! ¡Fuerte preocupacion! Pero, què me admiro, si las que habian de ser mas interesadas en defender lo contrario, son las que apoyan mas estos disparados raciocinios. Si, señoras, las mugeres son las que se alejan de este beneficio (de que la naturaleza no nos ha privado) con la ignorancia, y abandono á todo lo que es discurrir con fundamento, y con la incredulidad, teniendo por imposible que haya mugeres qne puedan disertar eruditamente como los hombres. A

A una dama, á quien le hacen estimable tanto su hermosura, como sus bellas luces (aunque ociosas) le presentaron uno de mis Pensamientos, la que despues de haberle leído, dixo en tono decisivo : desengañense Vms. , señores, éste es algun chusco, que valiendose del privilegio que las mugeres tenémos de hablar lo que se nos antojáre, ha autorizado sus pensamientos con esa mentida circunstancia de hacerlos hijos de una muger ; y asi lo creeré yo como volar. Què Doña Beatriz, ni què doña friolera habia de ser ésta, quando la que mas se adelanta de nosotras es solo á saber murmurar con gracia, hablar quatro bachillerías insubstanciales, y manejar un abanico con primor. ¡Bello discurso! ¡Valiente defensora hemos encontrado! ¿Què estra-

trañamos la falsa opinion en que todo el mundo nos tiene, si nosotras mismas defendémos su dictamen, y parece que agradecemos la injuria ? Desengañense Vms. muger soy, y muger que tal qual sé discurrir: y ojala que me fuera posible dexár de serlo, para de este modo alejarme quanto pudiera de un sexo que tan poco procura su explendor : y que::: pero no me acordaba que me esperan los señores hombres, á quienes tengo prometido un regalo.

Con quanto empeño se lee en libros, y se oye en las conversaciones, tanto de los doctos, como de los ignorantes, la vulgar declamacion contra nuestras modas, nuestros peynados, y nuestros afeytes: yá es pasto comun de toda conversacion la rigorosa

cri-

critica de nuestro modo de vivir: nos cuentan el tiempo (como si le pagasen de su dinero) que gastámos en vestirnos, en peynarnos, &c. Alabo la censura, si se adorna de buena intencion. ¿Pero quiero saber quienes son los que númeran tan exactos nuestros instantes, que esta curiosidad en mí es algo disculpable? ¿Quienes son? Los hombres. ¡Los hombres! ¿Esos que se componen, se adornan y se cuidan con tan escrupuloso y prolijo esmero? No hay duda; los mismos son los que satirizan nuestro natural, y aun casi disculpable inclinacion á parecer bien y estar adornadas. Ciertamente que es cosa ridicula oir á estos censóres *afeminados* hacer critica de un vicio, que tan despoticamente los posee: á unos sugetos en quienes es tanto mayor

esta falta, quanto mas se alejan de aquel ultimo fin para que ocupan la tierra. Las mugeres se adornan, no lo niego; pero es casi indispensable á su estado, á sus esperanzas, y muchas veces á su quietud. ¿Pero los hombres, que fueron criados para governar los Reynos, mandar exercitos, pisar catedras, y ocupar tribunales, se han de entregar á la delicadeza, al luxo, y á la *afeminacion*? ¡Verguenza grande!

No me pondré de proposito á referir el tiempo que consumen en peynarse, los afeytes con que muchos hacen resplandecer la delicada téz de su rostro, el cuidado de la blancura de sus manos, ni menos los olores, los moños y encages con que acompañan su desfigurada gentileza: tampoco contaré los quiebros, los

melindres, los suspiros con que se hacen presentes en las visitas, en las Iglesias, en las plazas, y en los paséos: son estas cosas demasiado notorias para que yo canse á mis lectores en numerarlas, quando ellas se dexan ver á cada instante en todas partes, aun de los ojos que mas procuran huírlas. Pretendo solo manifestar lo grave de la enfermedad por los daños que causa en la naturaleza; y digo bien, en la naturaleza; pues parece que está avergonzada de mirar cada dia mas y mas burlados sus intentos, y despreciados sus esfuerzos en producir *hombres*, *hombres*, y que se entretiene en franquearnos muñecos, que lexos de cumplir con la obligacion de su valiente sexô, solo piensan en ser *hombri-mugeres*, adulterando con *afeminacion*

lo magestuoso, lo respetable, y lo venerable de su hermosura.

Dixe hermosura, y discurro no he dicho mal; porque la hermosura no es otra cosa que la proporcion adequada de las partes que componen un todo; y asi propiamente se llamará hermoso todo aquello que en su linea llega á lo mas perfecto; de modo que por hermosura, no solo debemos entender la delicada y tierna que pondéran en las mugeres; igualmente son hermosos los hombres; pero no se deben llamar hermosos por una delicadeza de facciones que los *afemíne*: se hacen hermosos pareciendo hombres; esto es huyendo toda *afeminacion*, y acostumbrando su trage y cuidado á todo aquello que es mas propio del valor y la ciencia para que són destinados.

¿Cò-

¿Còmo estará agil y pronto á resistir los trabajos de una campaña, las necesidades de un sitio, y los horrores de un asalto aquel cuerpo que, entregado toda su vida á una delicadeza aborrecible, solo ha tocado la suavidad de los texidos y lo delgado de las olandas, y poseído de un continuo desvelo por componerse y rizarse, no ha hecho mas progresos que en el descubrimiento de nuevas modas? ¡Valgame Dios, y como estos mismos que se presentan con tanta *marcialidad* en un estrado, y llenan un paséo de un fingido desembarazo, estos mismos en una marcha forzada de noche, pisando horrores, tocando peligros y esperando riesgos, què nuevo país descubrirán á su temor, y delicadeza! ¡Aquel corazon solo acostumbrado al har-

mo-

monioso estruendo de los instrumentos, què ansias padecerá al oír el fulminante estrepito de una pieza de artillería! ¡Còmo se dexarán poseer de un temor pánico aquellos animos envilecidos entre lo agradable de las pasiones y delicias, quando miren á su lado los lastimosos estragos de las balas! No tienen que replicarme: estos mismos, abandonando todas las leyes del honor, huírán vergonzosamente; que no es escuela la guerra que enseña solamente en la campaña; deben aprenderse los principios desde los primeros años de la infancia, quando al formarse la razon se hacen elecciones correspondientes á la alta dignidad del sexo.

El entendimiento que toda su vida ha consumido en los pasatiempos inutiles, en realzar el mejor

jor modo de parecer galán y rendido. Aquel entendimiento que no admitió mas especies en los dilatados campos de su comprehension que los discursos inutiles de la delicadeza, regalo, y enfadosa prolixidad de su adorno: ¡este, què pesaroso y desayrado se verá, quando en los serios teatros de las Ciencias se mire atacar y convencer de aquellos á quienes muchas veces habia despreciado, porque su modesto exterior desdecia de las brillanteces del suyo! ¡Y què de congojas y embidia le martirizarán el animo quando vea á estos mismos elevados á las Magistraturas, á las Garnachas, y á las Togas, y que el mismo, no obstante la elevada torre de su vanidad, se vé en la precision de humillarse y obsequiar á los que aun no juzgaba dignos de que

le

le sirviesen! ¡Pero, còmo se le aumentará la pena quando vea, que aquellos consiguieron el premio de sus taréas como de justicia á sus heroycas virtudes, y que su juício, aunque conoce la causa, se halla tan poseído de su vergonzoso modo de vida, que ya no le es posible enmendar el yerro por tarde y dificultoso!

¡Aquellos á quienes mas escasa la fortuna fió solo los aumentos á su industria, y que su bien ó mal estár pende de su continuo trabajo y desvelo, estos entregados vergonzosamente á los dispendios, á las diversiones, y á la prodigalidad en los adornos, y escusados gastos, còmo se mirarán tristemente oprimidos quando á la ruína de sus fingidas abundancias se vean reducidos á las estrecheces de un asilo, donde

irremediablemente padecerán los funestos efectos de unas causas tan agenas de toda razon, y capacidad!

En fin todos los dias se están viendo estas tristes escenas, y aun temo que hoy se divisan bastantemente; y no obstante los hombres mas ridiculos, mas *afeminados*, y mas olvidados, en nada menos piensan que en corregir semejantes detestables abusos; pues continuamente se miran algunos tan pagados de estos mugeriles cuidados, y tan empeñados en excedernos en la delicadeza, en la compostura, y en los rizos, que para conseguir hacerse primorosos en estos indignos aséos, practican cosa que no se atrevería de verguenza la muger mas presumida de dama.

No pretendo (ni quiera Dios que sea tan necia) que los hombres se gradúen hombres por el desaliño, ni que les sea agena la gala y compostura, querer esto fuera irracionalidad: desèo si, que se adornen y cuiden, como que puede llegar el caso que defiendan una muralla, hagan una oposicion, y presidan un Tribunal; y asi solo se vestirán con lucimiento, pero sin cuidado; con explendor, pero sin esmero; curiosa y vistosamente, pero con trage que no desdiga de su valor, ni que *afemíne* su animosidad; asi serán mas estimados, venerados y queridos, y no tendrán que corregir en su exterior, quando ocupen los puestos á que deben aspirar todos aquellos que han nacido Individuos de tan noble sexo.

Pen-

Pensarán muchos que asi se hacen mas amables, y que quanto mas procuren imitarnos en los trages y en los adornos, otro tanto mas tendrán andado en nuestra estimacion; pero se engañan lastimosamente: todo sucede al contrario de lo que imaginan: en ningun tiempo se miran mas burlados de las propias mugeres y menos respetados que en el presente. Antiguamente las mismas eran las mugeres que las que hoy ocupan la tierra, en nada se diferenciaban: habia damas delicadas, señoras primorosas, y hermosuras presumídas, y éstas se prendaban de aquellos que mas se distinguían por el valor, la ciencia, ó la industria: era para ellas un acto positivo de merito extraordinario, no la delicadeza, los olores, y las ternezas;

y sí el esfuerzo, la animosidad, y el entendimiento: entonces los hombres eran obedecidos con un respeto gustoso; hoy se miran lisonjeados con una obediencia fingida: porque, valga la verdad: ¿Còmo ha de poner temor en su casa y á su familia un Adonís, que nada piensa menos que en hacerse respectar? Como le tengan pronto y á su gusto todo lo necesario para parecer un Narciso; como no encuentre la menor falta en estas frioleras, pasa descuidado por todo aquello que directamente mira á su honor y estimacion, y entonces toda su familia habiendo hallado el modo de engañarle, se desvela en este inutil cuidado para desviarle de otros, que le fueran mas provechosos á su conciencia, á su honor, y á sus intereses.

Julio Cesar, aquel Héroe, que con el mismo valor manejaba la espada que la pluma, aquel á quien los riesgos eminentes eran estimulos de los ardores de su esfuerzo; éste mismo dió muestras de la magnanimidad de su corazon, aun mucho antes de llegar á joven, en el descuido de su adorno, y en el poco cuidado de su vestido: eran incompatibles en aquel tierno pecho, (oficina donde se iba formando el mayor politico, el mayor guerrero, y el no menos docto) eran, digo, incompatibles las indignas baxezas de estos cuidados con las elevadas miras de sus maximas: el animo que ha de ser grande nunca es pequeño; asi como el Leon generoso desde el principio de su vida, dá señales de su animosidad, sin que jamás se entretenga en las

ridi-

ridiculeces propias de una mona.

¿No sé còmo un corazon, en cuyo espacio cabe la noble idéa de una conquista, y en cuyo seno se alimenta el virtuoso deséo de una Toga, puede dar igual lugar á las despreciables ocupaciones de los *adornos* que tanto le *afemínan*, y alejan de aquellos distinguidos objetos de que son capaces los hombres? Lo ignoro, y muchas veces reflexionando sobre este asunto, he sacado unas conseqüencias bastantemente funestas á la Religion, al Estado, y á la patria: desengañense, Vms. señores, el medio que han tomado de hacerse agradables, respetados, y temídos, es el contrario diametralmente á su intento. Todo patricio nace con la obligacion de concurrir á la gloria de su patria con la espada,

da, con el entendimiento, y con sus intereses. Pregunto ¿En las urgencias de ésta, quando se vea en la necesidad de el esfuerzo de sus hijos para defender sus posesiones; de sus discursos para hacer valer sus derechos; de sus haciendas para costear sus empresas; hallará hijos atrevidos, entendidos, y ricos entre tanto tropel como llenan las plazas, los paséos y los teatros, que no piensan mas que en *afeminarse* con sus atavíos, en entorpecer sus discursos con idéas pueriles y ridiculas, y en gastar sus patrimonios en lo costoso de su porte?

Los Fenicios que tanto se estendieron, si al principio por su comercio, luego por su valor: los Romanos que señorearon el mundo al continuado afán de un trabajo interminable: y la Republi-

ca de Cartago que asi mismo llegó á tanta extension, que estuvo muy cerca de obscurecer todas las glorias de Roma; todos cayeron miserablemente al infelice golpe del luxo, del fausto, y de la *afeminacion*. Estas Potencias que debieron tanta exaltacion á sus hijos, y se lisonjearon de invencibles, mientras el valor se llevaba las atenciones de sus patricios; estas mismas fueron lamentable despojo de la desgracia: luego que degenerando aquellos de las virtudes con que supieron hacerse inmortales en la fama, se entregaron vilmente á las diversiones, á el explendor, á la afectacion; en una palabra, mudaron naturaleza, se *afeminaron*.

Las mas de las pocas ocasiones que mi genio estudioso me permite concurrir á las visitas que

me

me son indispensables, me ha servido de diversion el ver la porfia con que todos nuestros Españoles procuran mas y mas aventajarse en lo ridiculo, y despreciable que nos atrae el continuo trato de todas las Naciones. ¡Lastimoso empeño! ¡Que de quantas virtudes morales se admiran en los estraños todas estas se desprecien, y que solo sea el objeto de nuestra curiosidad, é imitacion, lo que debia serlo del odio y del olvido! ¡Rara ceguedad! ¡Que no conozcan los hombres que la principal causa de su mérito consiste en ser verdaderos hombres, y que quanto mas se aparten de parecerlo, tanto mas pierden de su valor! No hay que convencerlos: la preocupacion está radicada con la costumbre y el exemplo; y sin

exâminar si éste exemplo y aquella costumbre son dignos de imitarse, sin pararse á reflexîonar si desdice ó conviene á su sexo, sin avergonzarse de ser el objeto de la risa de aquellos pocos que piensan con madurez, al instante se arrojan precipitados en seguimiento de las extravagancias que miran en otros, porfiando consigo mismos en excederlos, si pueden, con alguna otra novedad mas ridicula.

Este luxo, este brillante adorno, esta delicadeza en tratarse; en una palabra, esta vergonzosa *afeminacion* hace á los hombres cobardes, ignorantes, y descuidados de sus obligaciones: un pecho que piensa á sus solas como tendrá á el dia siguiente mejor color en el rostro, que peinado le servirá de mas adorno, y que ves-

vestido le hará mas galan; éste criará un animo endéble, temeroso y espantadizo; porque, huyendo de todo lo que puede ofender la simetrica colocacion de sus diges, huírá juntamente de todas las ocasiones en que pudiera aumentar su honor con alguna hazaña valerosa. Un entendimiento que se dexa llenar de especies sin substancia, haciendo objeto de sus idéas el galantéo, la visita, la comedia, y la compostura; éste nunca podrá poseer con perfeccion ciencia alguna, dexando con esto perder las proporciones que pudieran adelantarle y elevarle á las catedras y tribunales. Aquellos que anteponen el cuidado de su persona, y el contento de sus idéas á las forzosas obligaciones de su estado; éstos nunca conseguirán el fruto de sus taréas; porque, haciendo las di-

ligencias violentos y de prisa, las mas veces el no ser hechas á tiempo y con eficacia, es la causa de la pérdida de sus intereses y de sus creditos. Estos males, eslabonados unos en otros, y de unos á otros Individuos, son la ruína lastimosa de una Republica; y esta Republica, y estos Individuos se verán lastimoso estrago de sus desordenes; porque, degenerando del magestuoso varonil adorno, se envilecen con el ridiculo, y *afeminado*, propio solo de gente de teatro. *¿Què les parece á Vms. señoras mias, las he vengado de la semana pasada?*

Noticia Interesante.

A costa de las porfiadas diligencias de la curiosidad, se ha conseguido el feliz descubrimiento de la Pensadora Gaditana, *y solo se espera con impaciencia que los exploradores se convengan en las señas para manifestarlo al Público.*

PEN-

PENSAMIENTO IV.

BIen puedo llamarme dichosa, y hablar con libertad quanto quisiere sin temor de que me conozcan; pues se vé tan desatinada la curiosidad en este empeño, que antes parece que se pone á delirar que á inquirir. Yo misma no sé de mí que me trato muy de adentro, ¿y quieren Vms. conseguirlo? No se cansen, es trabajo perdído; que no soy tan tonta que no tomase muy bien las medidas para ocultarme antes de dar al Públlco mis *Pensamientos*. Tengo previsto que me habia de adquirir la nota de muchos, y quizá la aprobacion de pocos: son muy diferentes los gustos de los hombres, y no habia

bia de ser tanta mi vanidad que en la accion de manifestarme diese una clara idéa de ella: contentense Vms. con saber que la *Pensadora* es muger (que es lo cierto) que las demás circunstancias discurro no son precisas para la aceptacion de mis discursos: ellos solos serán los que se hagan su fortuna. ¿Y luego, para què es tanto empeño en este asunto? Yo imagino que es inutil; pues me parece que ninguno de mis lectores querrá contraer esponsales conmigo para què pretendan informarse de mi calidad y propiedades: pero si hubiere alguno que se hallase picado de mis *Pensamientos*, y quisiere hacerme dichosa, pida á Dios me ponga en animo de declararme; porque aora estoy muy lexos de hacerlo.

So-

Sobre mi estilo se dice mucho y bueno: cierto agudo ingenio le hizo tanto ruído un *què* de una de mis clausulas, que gastó dos dias para digerirle, y por fin se le ha quedado en el cuerpo: otro muy preciado de gramaticón se ha enamorado tanto de los *substantivos* de mis periodos, que dixo que trocaría de buena gana toda su latinidad por la facilidad con que los produzco: ¡aí que no es nada el elogio! Otro haciendo de profeta (pero falso) predixo con un tono catoniano: *Ella caerá sin duda: su estilo no es natural; y asi, á poco que piense, se le acabará la mina.* ¡Pobre de mí, que amenaza! Pero lo mas chistoso está en la inteligencia de un tonti-discreto que, haciendo paralelo de mis discursos con los del Pensador de Madrid, decidió muy ufano de es-

ta manera: *Desengañense Vms. que el Pensador de Madrid es mas hombre que la Pensadora Gaditana.* ¡Buena noticia! No he querido dexarla en el tintero, porque deséo que se aprovechen de ella. Parece que me diláto mucho sin objeto; no está en mi mano quando la pluma toma su vuelo: vamos al asunto.

¡Què dificil es corregir un abuso quando cuenta siglos de ancianidad su observancia! ¡Con què dificultad se arrancan del corazon humano aquellas idéas que se posesionaron de él, aun antes de haverse formado la razon! ¡Y què violencia y trabajo le cuesta á esta misma arrojar de sí aquel indigno huesped que la usurpó el principal lugar de su soberanía! Pocas veces lo consigue, y entonçes es solo quando el abuso aban-

abandona la posada por inutil, dexandola convertida en un triste espectaculo de penas, lastimoso efecto de la tiranía de sus yerros.

¡Quantas no serían infaustos exemplares de este discurso si al leerle reflexîonasen con viveza sobre su importancia! ¡Y quantos no mirarían el sagrado de su honor vulnerado si, inadvertidos, no permitiesen á sus mugeres é hijas la indigna costumbre de *taparse* en los templos, en las calles, y en los paséos; dandoles con este permiso una tácita licencia para exponerse á los mayores riesgos de una desgracia! ¡Y quantos, y quantas leerán estas reflexîones que, burlandose, prosigan infelizmente hasta que el golpe de la caída sea inutil aviso al precipicio!

El *taparse* las damas, con cuyo abuso se disfrazan para aventurar su modestia y honestidad, es el objeto de esta semana: circunstancia es esta de la *marcialidad* y efecto de su licencioso permiso. En todos tiempos se han favorecido de otros nombres los desordenes; pero en ninguno ha habido mayor atrevimiento como que la misma maldad pase plaza de desembarazo honesto, cubriendose con el aborrecible de *marcialidad*. Todo lo quiere disimular; claro indicio de que todo quanto se executa baxo este especioso pretexto es defectuoso; pues las acciones conformes á la razon y buen júicio no mendigan brillanteces que las apadrinen; ellas por si mismas se hacen lugar en los entendimientos no preocupados.

Siem-

Siempre ha sido indicio tenido por sospechoso el cubrirse el rostro: nunca se vieron sobre la tierra las traiciones, las vilezas, y los mas indignos delitos, si no es acompañado de esta traidora circunstancia: quien oculta el rostro dexa descubierto su pecho delinqüente; pues esta accion apadrina perfidias, no disimula inocencias: quita la verguenza al delito, no dá mas quilates al recato: en una palabra, con el *tapado* se le usurpa al pudor la jurisdiccion que tiene de manifestarse al rostro al cometer una accion indigna: con que, sin este freno ¿ á què delirios no se arrojará quien se alexa del caracter indeleble de la honestidad é inocencia?

Es el *tapado* vergonzosa reliquia de la dilatada esclavitud que llo-

llorámos baxo la tiranía de los Sarracénos. Solo las mugeres orientales, y de ellas toda el Africa, por la unidad de Religion y costumbres, usan el no dexarse ver en las calles, y de estas lo conservan nuestras Andaluzas; pero no dexarán de avergonzarse si saben el motivo porque aquellas lo practícan. Entre los Mahometanos son las mugeres las mas desgraciadas de todo el mundo: nada se les confia, nada suponen, ninguna virtud se les concede; pues hasta la brutalidad de su Secta les niega la fingida gloria que ellos esperan: de una vez, de nada bueno las piensan capaces; por esto las encierran, las ocultan, las obligan á que no se dexen vér de algun nacido, y las hacen vivir en el mundo como si no compusiesen la mas bella par-

te

te de su sociedad; todo efecto de la irracional desconfianza con que las miran: esta es la causa de su *tapado*, y esto es lo que les hace parecer (bien contra su gusto) sombras andantes, quando se dexan vér en sus Ciudades. Esto es el *tapado*, señoras mias, y Vms. muy contentas, ya que han nacido en una de las mas cultas partes de la Europa, donde la racionalidad de sus habitantes nos coloca en aquel lugar para que nos destinó la naturaleza, Vms. mismas procuran desfigurarse, y hacerse sospechosas; y luego se quexarán de que las encierren, y las traten con todo el rigor de los zelos.

¿Que me canso, si por los infelices efectos de este abuso, conduciré mas aprisa á la noble presencia del desengaño á mis Lectores?

tores? ¿Como podrá honestar una dama, á quien el caracter de su esposo la distingue entre muchas, la torpe *marcialidad* con que se cubre baxo de un manto en un paséo, y confundiendose con el infimo Pueblo, se equivoca con aquellas á quienes su desgracia, *ó estos mismos antecedentes*, hacen vivir en el mas abatido lugar del horror y del desprecio? Si se presentára segun el caracter de su nacimiento y fortuna, pregunto, ¿Què atrevimiento habría que osase profanar su entereza con la mas leve expresion del arrójo? Nunca he creído, ni espero creer, que la dama que ha gastado media hora en hablar tapada, haya salido tan inocente de este riesgo que no haya tenido de que arrepentirse; suponiendo que solo fuese efecto de la diversion

(co-

(como quieren decir) que ni aun esto creo.

¿Què podrá esperar una *tapada* (que solo lo executa por su genio *marcial*, y sin mas intento que gastar el tiempo) de la inmediacion de un joven, que por lo regular nada menos sabe que los principios de una conversacion honesta? ¿Què podrá esperar sino atrevimientos, desembolturas, é indignidades? Ageno todo aun de aquellos oídos que mas se precipitan á la vileza. Diganme Vms. señoras, ¿Si se hallasen en su casa, en sus estrados, rodeadas de su familia, se dexarian tratar en este estilo? ¿Acaso podrían escuchar sin rubór la mas indiferente expresion de las que oyen con gusto quando *tapadas*? ¿Se atrevería tal vez el que se las dixo á mirarla

tan

tan vilmente en su casa como lo hizo en el paséo? Claro es que nó (responderán) estaba tapada; no me conoció; yo me burlé muy bien de sus necedades: se acabó el *tapado*, se acabó todo. ¡O señoras mias! Y como pienso con bastante fundamento que no es asi como lo pintan; no se acabó todo aunqne se acabase el *tapado*; quedó el corazon dañado de aquel venenoso contagio de que debe huír toda muger de honor..

¿Habrá alguna de quantas se tapan en los paséos, que despues de haver gastado una hora en *pelar la pava* (¡graciosa expresion!) refiera en una conversacion séria, delante de gente de caracter, de su padre, ó marido, todo el asunto en que empleó tan mal la preciosidad del tiempo? Sé positivamente que nó; y que si tal vez hu-

hubiera quien obligase á alguna á que lo executase, que antes moriría al rigor de la violencia, que públicar aquellos indignos coloquios á que dá lugar el *maldito tapado*. ¡Valgame Dios, y que estén tan ciegas mis Gaditanas, que no piensen seriamente en esto, y que no teman las infelices conseqüencias que de tan siniestros antecedentes todos los dias se orignan! ¡No sé donde tienen la razon!

¡Que unas damas que gozan en toda Europa el embidiado nombre de discretas, y que al mismo tiempo es asunto de la fama los quilates de su hermosura; estas mismas se abandonen ruinmente al menosprecio de todos, por seguir una idéa tan fuera de razon, tan agena de su sexo, y tan llena de inconvenientes peligros, y ruí-

 nas!

nas! No hay que replicarme; que no espero haya en el mundo un solo entendimiento que pueda dar una razon, aunque debil, en abono de este abuso; pues solo podrán ser padrinos de estas extravagancias aquellos mismos que establecen sus conquistas en la infelíz ocasion de este descuido. ¡Quantas hubieran ocultado entre el laudable rubór de la modestia los mas agigantados principios de sus peligros, si no hubiesen tenido entre las sombras de un *manto* la funesta proporcion de declararse! ¡Y quantos atrevídos vanagloriosos se vieran con menor número de triunfos, si no se los facilitase el *tapado*!

Es la modestia el caracter mas propio de nuestro sexo, y aquel virtuoso atractivo con que licitamente se adquieren posesiones agra-

agradables, utiles, é inocentes; es la piedra filosofal de nuestras mayores felicidades: con ella se obliga á los hombres á ser cortesses, atentos, honestos, y comedidos: en nosotras mismas está el principio de sus aciertos; pues no habrá desenfreno tan arrojado que groseramente rompa las venerables lineas del recato quando se amenazan las osadías con el desprecio. ¿Què lastima ha de causar la inadvertida que entre las ruínas del escarmiento llora las desdichadas conseqüencias de este abuso, si esta misma dió motivo á su desgracia con la *marcialidad endiablada del tapado*?

¿No sé còmo aquella dama á quien su nacimiento y fortuna la caracteriza distinguida entre muchas puede atemperarse al grosero estilo del *tapado*, y hacer

pasen sus oídos de las afectuosas expresiones del respeto, á las viles é indecentes frases de las truhanerías mas osadas? No puedo contener el juício. Es casi siempre una triste señal de lo dañado de un corazon el ocultar el rostro; y no puede menos de estar muy cerca de la ruína quien sín temor corre tan inmediata al precipicio. Querer honestar este desorden, con que es solo diversion de un animo *marcial*, es pretender disimular un delito con otro. ¿Pues què, no hallan estas señoras diversion en la alameda y otros paséos, presentandose con aquellas prendas, y magnificencias de que se vén en posesion unidas á la honestidad, modestia, y urbanidad? No, señora, eso es bueno para las viejas, aora que somos niñas es preciso divertirnos;

nos; demos al tiempo lo que es suyo. Convence la replica. ¡Quando con el atractivo de la hermosura, la brillantéz de la juventud, y la poca reflexion de la edad se cuentan los peligros por instantes, aora se ha de seguir el riesgo, se ha de amar la ocasion, y se ha de buscar la desgracia! Y luego sucedida, entran los llantos, los suspíros, los arrepentimientos, el no pensé... no juzgué... no discurrí... ¿Y esto, quando? Quando no tiene remédio. ¡Què infelicidad de locura!

¿Què buenas conseqüencias se pueden seguir de una conversacion, que uno de sus principales primores es olvidar lo cortés de todo trato politico, y corresponderse mutuamente con una llaneza atrevida, ocasionada, y desatenta? ¿Quàl será la ocasion de

este ruín permiso? Yo la diré: No gastar el tiempo inutilmente: buena respuesta. ¿Pues en un lance en que todo es inutil, se mira con tanto rigor el emplear bien el tiempo? disparate parece; pero la lastima es, que sin ser Disparate, es una verdad sólidisima. En aquel odioso modo de hablar, solo se procura dirigir la idéa sin pérdida de un instante á procurar parecer discretas sin rienda; esto es, discurrir *marcialmente* sobre lo que ocurra. ¿Y quales son las bellas ocurrencias de un *tapado*? Todos las saben. Hay cosas que se explican mejor con el silencio: para este fin despreciando por inutiles el *vstéd*, *señora*, *caballero*, y otros modos con que se hace entender la buena crianza, y el entendimiento no siniestramente ocupado, se echa por el

me-

medio, y con el *tú* por *tú* se pasa una tarde. ¿Y quienes? Las mas veces una señora distinguida con un picaro bien vestido, que éste despues la sigue con cautela; y habiendola conocido, publíca por triunfo de su fortuna, que hablò con Doña N. en la alameda, que le favoreciò mucho, y que::: ¿Y dònde lo dice? En los trucos, en los cafeés, y aun en las barberías delante de otros como él, que á las dos horas lo tienen estendido por la Ciudad. ¡Què bello crédito! ¿Donde está el honor, señoras mias?

Todo esto es digno del odio, no tiene duda; es la misma maldad disfrazada *marcialmente*. ¿Pero què dirémos de los infelíces exemplos con que nuestras inocentes doncellitas son conducidas á estos peligros? Nada hay que extra-

extrañar en las desgracias con que se arruinan las familias, se pierden los maridos, y se vulnéra el mas delicado honor; pues las mismas madres que habian de ser las que educasen sus hijas en la honestidad y recato; éstas mismas no cansadas de ser locas, aun en los años que mas raya la razon, se *tapan*, *y hablan tapadas*, y llevan por compañeras á sus hijas: y aquella madre que en su casa simula con fingido zelo el cuidado de sus hijas, delante de su marido, procediendo muchas veces con un rigor imprudente; ésta misma en un paséo la abandona, la arroja, y la permite á la solicitud de un joven, que éste nada otra cosa hará que inspirar en aquel tierno pecho las mas contrarias idéas á la virtud, honestidad, y decoro: y ésto por la tris-

te ceguedad de estar ella entretenida con otro de la misma esfera. ¡O què desgracia! ¡La puericia, y la juventud que son las dulces esperanzas de un Reyno, para lo que la razon, y propio interés están abogando por su buena educacion incesantemente, se les ha de dar tan malos exemplos, y se les ha de permitir estos desordenes! Aqui está clara la razon de este inveterado abuso; y mientras los que pueden hacerlo no impiden á aquellas que están á su cuidado este ilicito desahogo, ni el mal irá á menos, ni dexarémos todos los dias de llorar funestas ruínas del sosiego, de la quietud, y del honor.

¿Pero còmo podré yo lisonjearme de que la rudeza de mi persuasion estorve un mal tan radicado, quando ni aun el precep-

to, y desvelo de nuestros Superiores lo consigue? No sé còmo la menos advertida no se corre quando reflexìona que ha llegado á tan alto grado el desorden, que para contenerle es preciso rodearlas de centinelas; y que nuestros Jueces, como padres de la Patria, movídos de las repetidas noticias de las ruínas que causan los *tapados*, se valen de la fuerza para impedirlos, viendo que el propio interés, y modestia no se interesa en olvidarlos: reflexìonen tambien, què desayrado papel harán las damas Gaditanas en el teatro del mundo, siendo notorio á todo él, que ha llegado á tanto nuestra libertad, que para contenerla aun no basta la continua asistencia de las patrullas, ni la repeticion de vandos; y esto en una Ciudad tan culta, y tan regis-

gistrada de todas Naciones. Reflexionémos una vez, señoras mias, sobre nuestros principales intereses que son el honor, y modestia; no nos abandonémos tan fácilmente á la ociosidad y contemplacion de los hombres; cumplámos con la obligacion de nuestro delicado sexo, y lograrémos en utiles estimaciones el premio debido á la virtud y recogimiento: y no me insulten por rigorosa en el consejo, que hay tal calidad de males, que para su perfecta curacion les son precisos los cauterios displicentes.



PEN-

PENSAMIENTO V.

NO puede menos de alentarse mi timidéz con la buena acogida que han tenido mis *Pensamientos*: pues aunque conozco nace esta felicidad, mas de la benignidad agena que del mérito propio; no obstante es noble estimulo que cada dia me pone en nueva obligacion de no ceder en mi empresa, aunque sea á costa de mi sosiego. Es la verdad una virtud naturalmente amada de todos; pues aunque la pasion, y el engaño la usurpen el dominio del corazon de los hombres, no obstante la oyen con gusto, y la quieren quando con animo sencillo la reciben: no se aborrece la

ver-

verdad como tal: se huye de ella, se desfigura, y se oculta, porque dominado el corazon del falso bien que apetece, le disgusta todo aquello que puede servirle de estorvo á sus erradas idéas. Con esta reflexion me prometí siempre muchos contrarios; porque, como mis discursos dirigen sus máximas al mas perfecto honor; y al desprecio de la mentira y engaño: estando (por nuestra desgracia) tan preocupados los corazones de falsos principios, que los obliga á apetecer aquello mismo de que con mayor solicitud debian huir, con bastante fundamento recelaba el poco lugar que lograrían mis *Pensamientos*; pues me he lisonjeado combatir con ellos los abusos, las modas, y las irregulares diversiones que directamente envilecen aquellos animos,

mos, que havian de ser la gloria de la sociedad.

Sin mérito mio (vuelvo á decir) miro gustosa la piadosa acogida que han merecido mis reflexîones; y esta fortuna que pudiera envanecerme y llenarme de satisfaccion propia, solo ha servido de hacerme mas amante de la verdad; pues ésta, embelezando dulcemente los ojos y discursos de mis Lectores con su hermosa presencia, ha impedido miren con desprecio los toscos adornos con que se viste, y el organo por donde se les comunica. Véan aqui bien claro la causa que me aníma; pues aunque mas de quatro veces, al mirar mi insuficiencia, he deshecho la rueda de mi confianza; mi genio estudioso, y el amor por el bien de mi patria no me permiten estar ociosa: asi

me divierto; y asi espero hacer conocer á muchos entendimientos no prevenidos los riesgos que causan los abusos, aunque estén autorizados con la antigüedad.

Son tan distintos los caminos por donde los desordenes se adquieren la estimacion de las gentes, y tantos los pretextos de que se visten para ocultar su fealdad, que no aprovecha el impugnarlos en comun; es preciso atacar vivamente sus particulares modos, porque hay discursos que se elevan tan poco sobre las cosas que tratan, que no conocen otra region que aquella que alcanza la tierna vista de su entendimiento; es hablarles en Griego, si no se les explican las cosas á su modo, y se frustra la diligencia del aviso por la corta extension de su capacidad. Hablé la semana pasada

de los *tapados*, y sus riesgos. ¿Quièn habrá que dude, que en estos entrarían las neverías, la Puerta de tierra, y las noches de San Juan, y San Pedro? Muy ciego ha de estar quien no registre luego, que baxo el nombre genérico de *tapado* se comprehenden todos los modos de hablar las señoras indebidamente; esto es, sin las precauciones que necesita la que verdaderamente es amante de su honor: todos dirán que quando hablé de los *tapados* no dexé de comprehender quanto se executa con este peligroso pretexto; todos lo dirán aora, es verdad; pero no lo dixeron quando leyeron mi *Pensamiento*; pues hubo una madama (tenga paciencia la que lo dixo) acerrima sectaria de este error, que hermosamente enojada profirió impaciente: Mañana

se pondrá á murmurar esta señora Mari-sabidilla contra la *Puerta de tierra*, las *neverías*, y aun contra el gustoso estilo de las *noches de San Juan, y San Pedro*, sin dexar diversion alguna que no nos censure con su ignorancia. ¡Valiente error! Sí señora, de todo quiero hacer critica. ¿Pues què, tan poca razon me asiste, que he de callar, porque ésta, ó aquella inconsiderada me insulte y censure, sin mas justicia que la poca que la acompaña? No es mi pluma tan cobarde que se dexa preocupar de un temor falso: es muy amante de la verdad, y de todas aquellas acciones que conspiran á formar corazones desengañados: no nace en mí esta determinacion de una osadía grosera; la causa si, el amor á lo justo, al honor, y á la regularidad

de la conducta de mis Patricios: tenémos *todos* una obligacion precisa á promover nuestra gloria, poniendo cada uno de su parte, segun sus fuerzas; yo haré de la mia quanto pudiere; hagan todos lo mismo, y se logrará en un punto el objeto de los buenos deseos.

¡Què lastima causa á los ojos de todos quando se divisa bastantemente un marido desgraciado, y un padre infelíz, que lloran su honor ultrajado al delinqüente impulso de un atrevimiento! Grande es este golpe, no lo niego; pero mayor es el de aquellos, que por descuido, ó ignorancia dieron causa suficiente á este daño. Los primeros, si padecen esta lamentable suerte, mas á la violencia de la desgracia, que á los tristes efectos de una confianza necia, deben ser el objeto de nuestra compa-

pasion, y el exemplar para nuestro gobierno. Pero aquellos que ignorantes de su misma felicidad, jamás forman una reflexion séria sobre lo importante á su familia, ni sobre los peligros á que está expuesta por su descuido; estos solo podrán ser causa del desprecio, y la risa, quando se lamenten del menoscabo de su honor; pues ellos son el principal motivo de este desorden; y en esto está su mayor desdicha. No podrá hacerse objeto del respeto la dama que, quebrantando el venerable sagrado de su estimacion, hace diversion gustosa de la vileza, abatimiento, y desembarazo: lloren y sientan estas desprevenidas los efectos de su locura; y no estrañen la voz; pues no puede estar en su juício la que se expone voluntariamente á la censura de los hombres,

y á ser el blanco de sus delirios.

¿Còmo se ha de atrever á castigar una osadía, ni á contener un atrevimiento aquella *tapada* que se dexa festejar de un hombre no conocido? Claro es que no encontrará voces para el rigor honesto quien se pone en la precision de emplearlas en corresponder el obsequio que permite. Es la idéa principal de los hombres (hablo de los viciosos) la ruína temible de nuestra estimacion, no dexando máxima que no practique su antojo, para que se logren sus premeditadas empresas: sus entendimientos acostumbrados á discurrir y meditar en asuntos de consideracion, los emplean con bastante logro, y menos cuidado en el daño infelíz que nos procuran: aunque pocas veces (no tiene duda) hallan ocasiones en que fatigar

tigar

tigar sus discursos; pues nosotras mismas nos adelantámos á mas de la mitad del camino.

¿Quàndo la ociosidad ha procurado conquistar aquellos elevados animos, que siempre con la mira al riesgo, no se permiten á la menor licencia, con què fatigas se conduce por los imposibles que encuentra al querer comunicar su veneno por las voces? Toda es desconfianzas, toda es desvelos, nada le promete seguridad, hasta que por descuido del objeto logra la ocasion de manifestar sus fingidos sentimientos: conseguido este principio, todo vá bien, nada es contrario; porque aquella que incauta se arroja á escuchar gustosa, está muy cerca de mostrarse compasiva: no se inquieten, ni censuren; no quiero me lo concedan, solo me conten-

tento con que allá en su interior junten estas razones con los sucesos de su vida; que asi me prometo harán buena acogida á este discurso.

¿Si de las palabras solas se causa tanto daño, las que admiten la merienda, el refresco, y el regálo, què les sucederá? Es preciso ser agradecidas en señal de buena crianza. ¿Y este agradecimiento en què pára? Respondanse Vms. á si mismas, que yo no ignoro la respuesta. ¡Que de quantas presumidas se vén en estos paséos que casi quieren apostar á deidades, què no guarden la quarta parte de aquella fingida sériedad para estas infelices ocasiones! No señora, no lo espere Vm. el *tapado* dá licencia para todo; la dama que sale *tapada* lleva permiso de su marido, de

su

su padre, y aun de su mismo honor para olvidarse de sus obligaciones: tiene privilegio especial la *tapada* para andar entre el fuego, y no quemarse; son burlas de la *marcialidad*; no hay que temer. Si hay que temer; y lo peor es, que siempre queda que llorar.

Pocos habrá de mis Lectores, que no me dén la razon; aunque sean aquellas, y aquellos que mas se entregan á estos peligros. ¡Pero què lastima! ¡Que pueda mas en su corazon el abuso corrompido que la sana razon del desengaño! ¡Que no miren mis paysanas un dia con reflexion lo que vale la estimacion, la buena fama, y el credito honesto, y lo que pierde, quien todo esto pierde.

Pero si volvémos el discurso á las noches de *San Juan*, y *San* *Pe-*

Pedro, donde la licencia mas pervertida franquéa de par en par las puertas del corazon para toda maldad, ¿què dirémos? ¿Dirémos que la modestia olvidada, y el recato despedido, todo es indignidades y ruínas? ¿Dirémos que perdiendo el juício mis Gaditanas, están estas noches fuera de toda razon, cuya locura á muchas les dura largo tiempo, y para las mas es incurable? ¿Dirémos que aventurandose entre las tenebrosas sombras de la noche á todo lo ilicito, le quitan al pudor la jurisdiccion de contener los desaciertos? Mas se puede decir, que es mucho el campo que se descubre.

Vocéan las damas que los hombres son unos desatentos y mal criados; pues ya no las estiman y venéran con aquel respeto,

to, con que sabe el honor permitirse al agradecimiento, sin abatimiento de su soberanía: levanten el grito ponderando sus prerrogativas y privilegios contra aquellos que se los derogan: insultenlos, que todo esto es increpacion contra su misma conducta. Ya no hay razones que contengan sus osadías, quando nosotras mismas somos causa de sus arrojos. ¿Una muger honesta, y bien criada que todo su cuidado debe ponerle en su proceder, què sacará de hablar toda una noche á una rexa, expuesta á oir y sufrir quanto la brutalidad del desorden dá de sí? ¿Què ha de sacar? Yo lo diré: osadías, atrevimientos, desverguenzas, por lo comun de los hombres mas indignos del pueblo, ó á lo menos de los mas viciosos. ¿Y una dama recogida y

de razon halla diversion en estas cosas? ¿Son gratas á sus oídos las barbaras retoricas del vulgo, con que indignamente sabe pintar sus pensamientos? ¿O la audacia del distraído con que hace manifiestos sus errados discursos? Ciertamente que es una extravagancia muy perjudicial, y una diversion absolutamente aborrecible: todo es horrores quanto encuentra la modestia en estas noches; todo se pervierte; y lo peor es, que no se quiere conocer el daño.

¿Què dirémos de un buen marido que haciendo alarde de su paciencia, permite á su muger hable por la ventana en tales noches; y que mucho tiempo está bien inmediato oyendo y celebrando las bachillerías de adentro, y los disparates de áfuera? ¿Dirémos que no tiene honor, ni ha vis-

to

to el honor, ni sabe lo que es el honor? Si, todo esto dirémos; pues expone desprevenido al precipicio, ó á lo menos á la censura la honra, que una vez perdída, por ninguna diligencia se restaura. ¿Podrá asegurarme éste Juan de buen alma que se muestra tan incauto (mejor dixera necio) que la virtud y capacidad de su muger (y muger que á esto se expone) puede salir de aquel riesgo sin la menor lesion, ní que de aquellas fingidas burlas se originarán unas veras que atropellen su quietud, su hacienda y reputacion? Respondanme, y digan si están tan firmemente asegurados que podrán afirmarlo con juramento? Dirán que no, que jurar, que por si solos, y no mas. ¿Pues si no pueden esto, para què permiten aquello? ¡O señora Pensadora, y què rigor tan cruel!

cruel! Es una diversion no mas: está una rexa por medio; y yo no muy lexos: ?què puede suceder? Nada. ¿Nada? preguntaselo á la desazon con que tu muger anda desde aquella noche; lo que descuida sus obligaciones, y el nuevo esmero con que se adorna; las devociones, y Novenas que ha principiado y fingido con que los mas dias está en la calle: preguntaselo á éstas cosas, que ellas te responderán *categoricamente.*

Todo esto es digno de la mayor reflexìon, no tiene contra: pero què será el lastimoso abandono con que á las niñas, y madamitas se les concede permiso, para que estas noches hablen por las ventanas, se prevengan de cedulas, y aun éstas solicitadas por sus padres, y solo con la guardia ò

custodia de una vieja loca que á la media hora se duerme descuidada, ò se retira prevenida, y quedan aquellas sencillas é incautas entregadas á la disolucion de todos los que llegan, expuestas á quantas clases de malos exemplos ha inventado la malicia. ¡O que reflexìon esta para quien sabe què delicado es el honor! ¡Què papel harán aquellos aun no formados entendimientos entre tantas libertades de palabras, y aun de obras! Basta para ponderacion de lo dicho la preciosa explicacion de las cedulas que comunmente se reciben. Què extrañamos los matrimonios desgraciados y desiguales que se vén á cada paso, quando tanta causa se dá con este permiso. Un padre, y una madre que deséa tener hijas bien criadas y honestas, debe no solo estorvarlas

estas licencias, pero á ser posible, que ni aun hablen con aquellas que hallan diversion en esta locura. ¿Còmo se formará una muger honrada y temible la que tiene unos principios tan funestos? ¿Ni còmo podrá adquirir una posesion felíz la que la procura por tales medios? Desengañense Vms. señoras; nosotras mismas con estas locuras sacrificamos nuestras conveniencias, nuestra quietud, y nuestra estimacion á las sacrilegas aras de la maldad, procurandonos en recompensa el desprecio que padecémos.

Si nosotras mas cuerdas nos negáramos cuidadosas á las diligencias de la curiosidad, y franquëáramos menos las gracias con que nos adorna la naturaleza y el arte, haciendo que un prudente retiro fuese causa de una opi-

nion

nion mas juíciosa, entonces sí que el poder que nos concede la ciega pasion y el deséo, fuera un poder sòlidò, venerado por el buen juício, la prudencia y capacidad: aquel influxo que nos atribuyen sobre todos los sucesos, sería en este caso debido á nuestra discrecion, buena intencion, y honestidad; y no á la hermosura, al gracejo, y al chiste, que mas cerca está de ser oprobio que elogio.

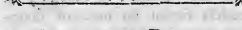
No me acordaba que habia dexado á las niñas á la ventana. Puesta en la rexa ésta juventud desprevenida, todo es peligros quanto toca, todo es escollos quanto mira, en nada tiene seguridad su inocencia. ¡Pero (me impaciento al reflexìonarlo) unas niñas de estimacion y de honor que á nada mas están sus oídos acostumbrados que á expresiones comedidas

das y decentes, han de escuchar (vuelvo á decir) los indignos modos con que se explica la grosera barbaridad del infimo vulgo! ¡O què ruínas causará en aquellas tiernecitas murallas del honor la desarreglada batería de tanto ignorante como se precipita por las calles! No tienen que decirme: vulgo, y muy vulgo; ignorantes y muy ignorantes son los que aquellas noches ocupan las ventanas, y llenan las calles: pues aunque la curiosidad de algunos que se exceptúan, suelen malgastar asi una noche, son pocos; y estos, sino están apestados del contagio vulgar, á lo menos se hacen sospechosos.

¡Valgame Dios que no vean Vms. señoras mias, que todo en este mundo se estima segun cuesta, y que las mas veces se dá valor

lor á las cosas por la facilidad, ó dificultad de conseguirlas! Conozcan Vms. de una vez, que jamás lograrémos aquella estimacion debida á nuestro sexo, mientras no correspondan nuestras acciones al caracter de que debemos estar vestidas. El mundo, la sociedad amable, la razon, y la justicia tienen en nuestros dominios depositada la mayor parte de su honor, confiando á nuestra fidelidad alhaja de tanto precio; con que me parece que estamos obligadas por nuestro interes, y en pago de la confianza á volver por nosotras, apartando de nuestros ojos, y arrojando de nuestos corazones aquellas mentidas apariencias del engaño con que se solicita nuestra ruína: conozcámos una vez lo que vale la buena fama, y la despreciable figura

que hace sobre la tierra aquella infelíz que llegó á perder su esmacion. *Ya será razon que Vms. descansen, madamas; atrevidilla he andado, no lo niego: ¿què se ha hacer? No puedo mas con mi genio.*



NOTICIA AL PUBLICO.

Se asegura por cierto, que la observacion de algunos conoció la Pensadora: no sé el sitio: solo he podido indagar que hubo Galones, Libro Francés, *y mucha erudicion de parte de la madama: puede ser que acierte.*

PENSAMIENTO VI.

CASPITA; y què buena defensora nos hemos echado á la cara (diran mis Gaditanas) lindo modo de desagraviarnos, y vengarnos de los hombres, es dirigir el satyrico corte de su pluma contra nosotras, despues de lisonjearnos con que salía á la plaza del mundo en favor nuestro: esta es bellaquería de mas de marca. No, madamas, no es bellaquería; ni tampoco falto á mi palabra; es otro el motivo; y para desenojarlas se lo diré en confianza: son tan malos los hombres y tan vengativos, que si abiertamente presentára las baterías de mis *Pensamientos* contra el dilatado campo de sus desordenes, al verse

sorprehendidos de mi critica, soltarían la maldita (que ya nos exceden en esto) y con dicterios, apodos, y burlas me quitarían la estimacion y crédito en dos dias; y en este caso mis papelillos sería preciso depositarlos, y repartirlos entre los Montañeses para que me los hiciesen *especiales*: no, señoras mias, primero soy yo: Vms. como de casa suplan mis impertinencias, que los de fuera no tienen tanta obligacion; y consuelense Vms. con que no se quedarán riendo, pues no soy manca de discursos, ni fuera de idéas, que aun durmiendo me veo combatida de *Pensamientos* como lo verán por el presente que voy á referir.

Si antes que me hubiera puesto á pensar en la utilidad agena, se inclináran mis reflexiones á mi

propia conveniencia y descanso; ni yo me viera aora con mil inquietudes, ni mi tal qual entendimiento se hallára fatigado de objetos, que temo, y con bastante causa, que la complicacion de sus especies me haga perder el juício, y que una fatal demencia me descubra antes que lo logre la porfiada curiosidad; pues se amontonan tantos pensamientos, idéas, y reflexiones en mi fantasía, que al continuado repetir de sus instancias, me veo tan agena de mi tranquilidad estudiosa, que parece mi imaginacion un càos de confusiones; pues atropellandose los asuntos con porfia, ni yo soy señora de mis acciones, ni ellos toman el lugar que merecen en mi atencion: en la mesa estoy pensando; en casa pienso, en la calle pienso, en la Iglesia pienso, en

las visitas pienso, y en fin lo poco que duermo es pensando como me sucedió noches pasadas; que como mi fantasía está tan preocupada de especies *pensadoras*, vistiò sus sombras del color de mis idéas.

Me pareció hallarme en un Tribunal, donde lo magestuoso, honesto, y lucido hacían un discreto maridage entre la obstentacion cuerda, y los bien colocados adornos; pues allí no se registraban las necias superfluídades, que mas sirven á la vanidad y sobervia, que á lo util, y decente: en la fachadá principal de la sala se elevaba del pavimento poco menos de una vara un Trono que, cubierto de un dosél de terciopelo carmesí sin galones, daba autoridad y gala á un personage de mediana edad, vestido á

lo

lo moderno de un medio color obscuro, y sin cuidado al parecer en su trage; estaba con su peluca bien peinada, sombrero proporcionado, y todo él con una curiosidad agradable; pero causaba tal respeto la compostura de su semblante, que al mismo tiempo que robaba la voluntad, infundía veneracion: ocupaba una silla de una materia que no supe distinguir, si bien reparé que no era de algun metal precioso: al lado derecho, sentada junto á una mesa, estaba una hermosisima muger vestida de blanco, cubierta enteramente con un velo, que cortés no escaseaba los brillantes rayos de sus ojos: había por la sala diferentes personas de mas inferior calidad, aunque todos eran igualmente agradables, y curiosamente vestidos: yo estaba fuera de mí

al ver escena tan séria, y admiraba el religioso silencio que todos observaban; hasta que aquel hermoso Presidente, volviendo dulcemente el rostro á la que tenia á su lado, la dixo: Ya bellisima *verdad*, amada compañera mia, llegó la ocasion en que todos aquellos que, preocupados de tu hermana la *mentíra* viven ciegos, llamados por el *buen juício*, vengan y comparezcan en este Tribunal formado á instancias de la *razon*, á dar cuenta de sus errores y ridiculeces, y llevar el castigo correspondiente á sus delitos; y pues ya veo algunos que esperan licencia para entrar, manda al *propio conocimiento* les franquée la puerta; y descubrete enteramente, *ó verdad divina*, para que á los rayos de tus luces miren con mas reflexìon el *desengaño.*

gaño. Entonces la *verdad*, respirando fragrancias, dixo: Ya era tiempo, *ó verdadero honor*, inseparable hermano mio, que saliesemos de la esclavitud, y abandono en que há algunos siglos que vivimos; pues desde que los Sanchos, Alonsos, Cordovas, Leyvas, y otros verdaderos hijos tuyos desaparecieron de la tierra, todo es locura, engaño, y falsedad quanto se mira; y pues me veo elevada al alto puesto de Fiscal de los mortales dese principio á la vista de sus causas, y al castigo de sus delitos; y asi, ó tú *propio conocimiento*, dexa pasar al *tribunal del verdadero honor* á ese primero que mas de cerca te procura. Abriò la puerta el *propio conocimiento*, que era uno de aquellos que hacían corte al *verdadero honor*, y á la *verdad*, y entró,

y se presentó como reo en aquel justo tribunal un hombre de poca edad pobremente vestido, que haciendo infinitas cortesias á todos, y postrado á los pies del Presidente, dixo temeroso: Yo, Señor, soy Don Anselmo Cyrilo de Mendoza, Guzmán, Sylva, y Portocarrero, hijo de nobilisimos padres: como por mis esclarecidos apellidos se conoce; pero la fortuna contraria á los nobles pechos, me tiene constituido en la mayor pobreza; y como el mundo ignorante no estima mas que el oro, y este me falta, y mi *honor* me estorva le busque por medios indignos á mi sangre, todos me desprecian, y nadie se duele de mis trabajos; y asi vengo á tus piedades para encontrar alivio á mis desdichas. Levantóse la *verdad* arrojando el velo que la cubría

bría (á cuya accion se quedó el pobre caballero corrido) y haciendo una reverencia al *verdadero honor*, habló de esta manera: Aquí está, señor, uno de los muchos que falsamente engañados de su amor propio y vanidad, disfrazan su delinquente pereza y ociosidad con el *honor* que no conocen: piensan éstos que el honor consiste en tener una vida inutil, viciosa, y libre, sin que se mezcle en los laudables pensamientos de adquirir honestamente con que vivir; quando pudieran, si procuráran conocerte, hallar infinitos medios que otros tan honrados como ellos han adquirido hacienda, estimacion, y virtud; y no que por seguir sus erradas idéas, viven en un estado diametralmente contrario al *verdadero honor*, siendo el cansancio y molestia

lestia de todos, y entregandose á todo genero de vicios é indignidades, haciendose cumplices de agenos delitos, son los azáres en las casas de juego, y el coco en todas partes; pues todos, luego que los vén, les vuelven las espaldas temerosos de sus pedidu-ras; y todo esto sufren y toleran por su honor, y por no manchar su honor: ¿Aora vea V. Alteza, si es digno de castigo el abuso? Mesurose el Presidente, y con semblante airado le dixo: Vén acá, infelíz, y vengan todos los que son como tú ¿la nobleza, y el honor que pone á los hombres en la obligacion de ser virtuosos para sí, y utiles para su Principe, es impedimento para buscar la vida? ¿Acaso es de mas honor verse en la ultima miseria expuestos á ser el desprecio de todo un pueblo,

blo, pidiendo, y chasqueando á quantos se conocen? ¿No es un deshonor claro el abatimiento, la pobreza indigna y desnudéz en que vivís por vuestras falsas idéas, queriendo ser honrados por caballeros solo de vuestra boca, por no humillar vuestra vanidad, que es el origen de este desorden? No aconsejo, ni mando que se ocupen en empléos viles; esto sería locura: hay mil modos indiferentes en los que muchos han encontrado el còmo hacer resplandecer su nobleza que tenian obscurecida con la necesidad: y luego el que es noble, y como tal quiere portarse, Regimientos hay, fusiles no faltan, y principien la carrera, pues están tan á los principios: por aora en pena de vuestra culpa, mando que tú, y todos tus compañeros vayais por seis años á la Corte

te á ser cocheros de pretendientes, para que siempre os veais caballeros, trateis de caballerias, y andeis arrastrados con la nobleza mas pública del mundo; Baxó la cabeza, y salió de la sala echando ternos en señal de que principiaba á obedecer.

Ocupó el puesto, conducido por el *propio conocimiento* un hombre con bastante decencia, de un semblante adusto, la vista inquieta, y frente arrugada, que haciendo una cortesía violento, dixo desentonadamente: Yo, señor, soy un caballero digno hijo vuestro, que amante de mi *honor*, he arriesgado mi vida por conservarle claro y limpio mas que el Sol. Levantóse la *verdad* impaciente, y dixo: El reo que miras es uno de aquellos, que ofuscando su entendimiento con las siniestras lu-

ces á que miran el honor, todo lo atropellan, lo insultan, y desazonan, siendo el ruído de sus compañías, el encuentro de las conversaciones, y el dedo malo de la sociedad; pues siempre ignorantes discurren consiste el honor en ser desabrídos, descorteses, porfiados, y atrevídos, mirando á todos con desprecio, y siendo para estos un delito de pena capital la menor reconvencion de sus disparates, sin jamás dar oídos al desengaño; pues llenos de una necia pasion propia, discurren está su honor en no confesarse inferiores, aun á aquellos que les exceden sobradamente, haciendo punto de su despreciable honor las ridiculeces mas propias de la risa, y las porfias mas inutiles del mundo, arriesgando su salud, sus amistades, y su sosiego con estos dis-

para-

parates. Si tú me conocieras (*dixo el verdadero honor*) luego al punto te trocarías en otro muy distinto del que eres. ¿es *honor* ser ignorante, presumido, y no convencerse de la razon y buen juício? ¿Consiste el *honor* en mirar con desprecio el resto de los hombres, no disimular los defectos de los amigos, y hacer causa de *honor* defender una sinrazon á todo riesgo? Engañado has vivido: el hombre de *honor verdadero* es afable, cortés, comedido, sugeta gustoso su entendimiento al dictamen ageno quando es acertado; disimula á sus amigos los defectos que directamente no hieren su estimacion; ama á todos, sirve á todos, y es el regalo, el deleyte, y el descanso de las compañías: á todos procura ser grato, y de todos es deseado: esto le hace amado de

los

los hombres, y honrado aun de sus enemigos, y en esto consiste el verdadero *honor*: y pues tu delito parece incorregible, determíno y mando vayas por veinte años á la casa de los locos, y que allí te aprisionen en una jaula donde todos te insulten, te contradigan, y dén en rostro con tus disparates y locuras, para que de esta manera te acostumbres á oir tus defectos, y con la continuacion de escucharlos, se gaste la odiosa acritud de tu genio. Se encogió de hombros, y salió de la sala mal contento.

Presentóse á la vista con mucho desembarazo otro ricamente vestido, y en su seguimiento venian muchos pobres que le hacían repetidas suplicas; pero él con notable seriedad pasó sin mirarlos, y llegando al trono con

una profunda reverencia dixo: Yo, discreto Presidente, y amado objeto de mi idéa, soy un hombre de distinguido nacimiento, tengo un empléo que es de mucho *honor*; pero lo contrario de los tiempos, y las pasadas guerras le tienen tan sin producto que no alcanza á la mitad de lo que necesito para los gastos precisos del porte correspondiente á hombres tan *honrados* como yo: esos hombres que me siguen, me molestan para que les pague algunos restillos que les debo de mis galas y diversiones; les tengo dicho que se esperen, y que miren soy un *hombre de honor conocido* á quien no se mortifica con estos atrevimientos, que ya les pagaré, y con sus crecidos premios; pero ellos como son gente baxa, y no conocen el *honor*, solo quieren su dinero;

nero; y asi te suplico me libres de carga tan pesada, y para lo futuro me concedas privilegio para que todos me fien y presten, noticiandoles soy *hombre de honor.* No tengo que alegar contra este reo (dixo la verdad) pues su misma relacion es la mas propia acusacion fiscal de su causa; portanto, ó ilustre señor, pues miras la calidad de tal delito, decreta el castigo correspondiente. No dexó el *verdadero honor* de afligirse, viendo que con su nombre se hacian tales desaciertos, y prorrumpiendo en un *ay* lastimoso dixo: ¡O ceguedad de los hombres hasta donde llegas! ¡O mala inteligencia de mis propiedades lo que ocasionas! ¿Dime, infelíz, Zangano despreciable de la Republica, es motivo para que todos te sirvan, todos te obedezcan, el que

tu dicha, ó la fortuna loca te ha distinguido de los demás? ¿Consiste en esto el *honor*? ¿No sabes que el hombre verdaderamente honrado es aquel que ampara á los pequeños, alivia á los necesitados, dá á cada uno lo que es suyo, y no procura aprovecharse del trabajo, y sudor ageno? Si tus rentas no son bastantes para ese infame fausto que ostentas, recoge los buelos, mide tus posibles, no excedas de tus alcances, y te verás mas honrado, mas aplaudido, y mas bien-quisto. ¿Què derecho te ha dado ese fingido honor de que haces alarde para que usurpes á las pobres abejuelas sus trabajos, y les comas las dulces cosechas de su industria? El dia que midas los gastos con tus fondos, y de estos minóres para poder satisfacer las quexas de esos des-

desdichados que te siguen, ese dia te admitiré entre mis verdaderos hijos, y distinguiré con el caracter de la estimacion noble de todos aquellos que ostentando *honor*, viven en el concepto de los buenos deshonrados; y en pena de tu culpa, mando te pongan en la públicidad de una plaza por tres dias, sugeto á la voluntad de todos tus quexosos, para que cada uno te vaya quitando lo que le hubieres usurpado; pues ya que como ignorante Corneja te adornas de agenas plumas, igualmente como ella te veas desnudo para ser la risa y desprecio de todos: despues te llevarán á campaña por diez años donde servirás de simple soldado, y estarás sugeto á que un Cabo te dé leccion, y enseñe la doctrina del *honor verdadero*, y hasta que estés bien firme

en sus máximas, servirás de mochilero en un Regimiento; y esto se executará sin embargo de suplicacion. Alabaron todos la discreta sentencia del Juez; y el desdichado se retiró sufriendo mil satyras de los que le seguian.

Limpia la sala de honor tan pestilente, entró conducida por el *propio conocimiento*, y *buen juicio* una muger, que su presencia me causó mil inquietudes. Venía vestida honestamente, aunque no le eran estraños á su trage el aséo y curiosidad: su semblante macilento, y confuso excitaba tristeza y melancolía en el corazon mas alegre; los ojos hundidos, y fixados en el suelo, demostraban un animo ofuscado y desabrido; tan flaca y consumida que parecía retrato de la misma necesidad: yo la miraba *pensativa*, y me parecía

cía haberla visto otra vez. Puesta delante del Presidente, ni levantó la vista, ni habló, ni hizo caso de nadie; tan recogida en su *pensamiento* que mas parecía estatua de carton con manto y saya que muger viviente: llegó á ella el *propio conocimiento*, y tirandole del brazo, la advirtió del lugar donde se hallaba: volvió en sí al aviso, y dando un profundo suspiro, exclamó afligida: ¡*O tempora*! ¡*O mores*! Y luego sin proseguir volvió á su entusiasmo; lo que visto por la *verdad*, dixo: En tu presencia tienes, ó rectísimo Juez á la *Pensadora Gaditana*.... Al oír esto quedé fuera de mí sin saber que hacerme; pues viendo mi persona duplicada, temí me hubiesen sacado en estatua al tribunal, tal vez acusada de los que me entienden siniestra-

men-

mente para que me castigasen; recelé fuese en la persona, si me conocían, y recogiendo el aliento medrosa, me oculté quanto pude; y volví á escuchar á la *verdad* que decía: Aquí está *Doña Beatriz Cien fuegos*, que engañada de quatro bachillerías que conserva en la memoria, ha tenido atrevimiento para aspirar al *honor* de Escritora y reformadora de las costumbres de su tiempo; y pues en esto se manifiesta su ignorancia, pues con fuerzas tan enanas se atreve á empresa tan gigante, merece, *ó excelso honor*, la impongas perpetuo silencio, y castigues severamente su osadía. Antes, ó Ilmo. Principe, (dixo mi segunda persona) que informado de la *verdad* de mis yerros, pronuncies la sentencia merecida; te suplico recibas por descargo de

mi culpa la buena intencion de mis escritos, y el trabajo á que voluntariamente me he entregado; pues aunque otros motivos hayan sido el impulso de mi pluma, no obstante no carece de aplauso la idéa: tú, ó *verdadero honor*, eres el objeto de mis *admiraciones*, y la causa de mis *preguntas*, y el fin á que procuro conducir al mundo: bien sé que es mucho lo que intento: ¿pero porque no consiga mis deséos, perderé la gloria de emprenderlo? Discurro que no. Y asi recibiendo en pago de los cargos que resultan contra mí, lo mucho que padezco en ocultarme, viendome precisada á oír baldones sin poderme defender; alabanzas sin agradecerlas; sufriendo á necios, y tolerando á presumídos; viendo, en fin, que algunos con un desprecio fingido van re-

recogiendo en aplausos el premio de mis desvelos; lo que me causa tal pena, que me quita la pluma de la mano: en cuya atencion espéro de tu recto proceder el indulto que solicito. Ciertamente (dixo el *honor*) ó muger, que eres rara entre todas las de tu sexo. ¿Quièn te ha metido á *pensar*, y *criticar*, exponiendote á la censura de todos? Y esto por el ruín honorcillo de que te tengan por discreta aquellos que, si te alában, es con intento de engañarte con la lisonja para que te descubras, y luego poder burlarse de tí, y hacerte el objeto de sus satyras. Tambien te atreves á un empeño tan grande sin la erudiccion necesaria; pues llenas dos pliegos de hablar, y mas hablar, sin apoyar tus idéas con autoridades, citas, historias, similes, y

otros

otros primores que hacen agradable la lectura: pues aunque (segun mi parecer) persuade mejor la verdad sin tanta digresion; has de saber, que la que se pone á escribir ál público, ha de sazonar un manjar agradable á todos, y si no puedes vencer este imposible, arroje la pluma, y dexe la empresa á ingenios mas elevados: y asi en castigo de tu atrevimiento, y en pena de tus ignorancias, te mando por seis años á que gobiernes las niñas del Hospicio, donde podrás exercer tu génio gruñidor, concediendote para esto el mero-mixto imperio sobre aquella puericia: y respecto á que con tus mismos *Pensamientos* dás el castigo mas cruel á tu necedad; te se concede licencia para que pienses todos los dias el espacio de una hora y no mas, apropian-

piando el producto de tus trabajos para mi Real Fisco, y penas de Camara. *Se proseguirá otra semana.*



PEN-

PENSAMIENTO VII.

¡VALGATE Dios por carta, en què precision Me has puesto! Me obligas á faltar á mi palabra, y das motivo á que me censuren de inconseqüente; pues habiendo ofrecido proseguir mi sueño, interrumpo su narracion con otro asunto. ¿Pero, por què me contristo? ¿Quando prometí dar mis *Pensamientos* al público, hice obligacion de su coordinacion? Nada menos que eso: quanto mi fantasia me proponga, tanto he de públicar sin sujetarme á orden alguno: saldrán los discursos segun me ocurran, y mis Lectores los recibirán de buena fé, como se los ofrezca sin censurarme la variacion de idéas;

pues

pues discurriendo con libertad, serán mas tolerables mis producciones. Convencida de esta reflexîon, doy al público la siguiente carta; pues aunque fue siempre mi animo dexar esta idéa al Pensador como suya propia, la repeticion de algunas que he recibido, y el objeto de esta última que es muy de mi gusto, me han precisado á que mude de parecer, y la dé á luz, porque merece algunos instantes de reflexîon su contexto.

CARTA.

" SEñora Pensadora: El haber
" leído con algun cuidado sus
" *Pensamientos*, y notado en ellos
" el laudable empeño con que com-
" bate los abusos sin que amedren-
" te su animosidad el riesgo á que
" se ha expuesto de ser el blan-
" co de los tiros de la ignorancia

» (que la licencia siempre es pia-
» dosa con sus afectos) ha sido
» para mí un estimulo virtuoso
» que me ha obligado á tomar la
» pluma, y escribirla esta carta,
» solicitando por ella me dé un
» consejo y me saque de una du-
» da: pues aunque no la hemos
» merecido el convite de admitir
» cartas para públicarlas, como
» pierdo poco en esta, la aventú-
» ro á su voluntad: si le gusta el
» asunto, puede responderme, y
» si al contrario, rompala que no
» me daré por agraviado.

» Yo, señora, estoy puesto á
» oficio de casado, soy marido,
» y marido dichoso; tengo por
» muger una *señora petimetra*, y
» *hermosa*, tan enamorada de su
» belleza, que me dice muy á me-
» nudo, que nadie iguala mi fe-
» licidad en todo el mundo, pues

» po-

» poséo una muger de sus pren-
» das. Yo que soy por naturale-
» za algo tierno, y verdaderamen-
» te la amo, la concedo su opi-
» nion sin disputa, y procuro de
» todos modos que una dama de
» tanto mérito viva gustosa, y ha-
» ga el papel que le corresponde
» en el teatro del mundo. Mi es-
» posa que es de un génio *mar-*
» *cial* y *brillante*, y de un cora-
» zon franco y sencillo, se hace
» tan amable de todos, que tiene
» mil apasionados que continua-
» mente están honrando mi casa,
» y me hacen repetidos favores,
» con lo que estámos siempre en
» una continua alegría, sin que
» jamás se nos atreva la odiosa
» tristeza. Quien mas concurre á
» festejar á Emilia, que éste es el
» nombre de mi esposa, es Celio
» mozo rico, sugeto de las mas
» apre-

„ apreciables qualidades que hay
„ en esta Ciudad, y á quien debo
„ tantos ofrecimientos y prome-
„ sas, que me tiene de corazon
„ obligado: no sale en todo el
„ dia de casa, siempre procuran-
„ do que Emilia esté contenta y
„ alegre: la dá noticia de quanto
„ sucede en la Ciudad, asi de ga-
„ lantéos secretos, como de bodas
„ públicas, y está encargado por
„ ella de tomar perfectamente en
„ la memoria quantos géneros de
„ vestidos, peinados y adornos sa-
„ can en el dia en la comedia,
„ paséo, y opera las demás se-
„ ñoras, cuya noticia acompaña
„ regularmente con una diserta-
„ cion sobre el País, el Inventor,
„ etymología, y utilidad de la
„ nueva moda; y está tan diestro
„ en estas noticias (como se mi-
„ ra tan adornado de bellas lu-

 „ ces)

» ces) que dias pasados empleó
» eruditamente una hora en refe-
» rir, y hacer vér á toda la tertu-
» lia felíz invencion de las *blon-*
» *dinas*, sus progresos en todas las
» Cortes, caminos por donde ha
» llegado á esta Ciudad, y las uti-
» lidades que resultan de su uso á
» las damas: con esto está mi mu-
» ger *loca* de contento; porque
» me refiere algunas veces que
» Celio es sus pies y sus manos,
» y que á sus noticias debe los
» mayores quilates de su hermo-
» sura: le quiere muchisimo: es
» verdad que él lo merece, por-
» que es un pobrecito, y no hará
» mal á nadie: en sacandole de
» las modas, hacer un paso de
» comedia, decir una relacion,
» baylar, y estar en casa todo el
» dia; lo demás para él está en
» Arabigo: jamás se molesta por

» noticias, ni se cansa en noveda-
» des de guerras, porque dice (y
» tiene razon) que todas son pa-
» parruchas; que las Gazetas,
» Mercurios, y otros escritos se-
» mejantes, solo sirven de gastar
» el dinero sin fruto; pues á un
» particular nada le importa sa-
» ber si el Rey de Prusia vá, si
» Daun viene, si hay paces, ó
» guerras: confieso que de este
» dictamen solo son él, y mi mu-
» ger; porque todos los demás
» sienten muy diverso. Un dia (y
» agradezcame Vmd. la noticia)
» habiendo Celio leído el tercer
» *Pensamiento* en que Vm. reflexío-
» na sobre la nímia afeminacion
» de los hombres, se puso como
» un demonio, y dixo: que no sa-
» bía como se permitía escribir ta-
» les desatinos en Cadiz, que si
» los hombres habian de andar

» con calzas atacadas y botarga
» á la moda de los Cides, y Ber-
» nardos; que eso era bueno pa-
» ra aquellos tiempos en que no
» sabían mas que andar á lanza-
» das, ni conocian mas primor
» que saber dar buenas cuchilla-
» das á los Moros; que aora era
» otro tiempo, donde el aséo, com-
» postura, y buen gusto en los ves-
» tidos se llevába la primera aten-
» cion, y los hacía apreciables
» en los mayores festines; que si
» conociera á la *Pensadora*, la di-
» ría que era una bachillera igno-
» rante, que pretendia regular el
» corazon magnanimo de los ricos
» por la poquedad y miseria del
» suyo; que se entretuviese con la
» escoba, y soltase la pluma. No
» agradó este discurso á mi mu-
» ger, porque ciertamente está
» muy pagada de los *Pensamien-*

» *tos*, y es acerrima defensora de
» que son producciones femeni-
» nas; y aun discurro que ha di-
» cho conoce á la Autora de vista;
» y está tan gustosa con la idéa,
» que me parece quiere sacar la
» segunda parte de la *Pensadora*:
» por éste motivo riñeron los dos,
» y salió Celio dezasonado de ca-
» sa: á Emilia se le apretò tanto
» el corazon con la disputa, por
» defender á Vm. que ni comió,
» ni sosegó en todo el dia; y la
» familia toda se alborotó, por-
» que á la pobrecita la dieron mu-
» chos accidentes: una tia suya
» me aconsejó (Dios se lo pague)
» que buscase á Celio, y le obli-
» gase á volver á casa; hicelo
» con prisa, roguéle, y vino co-
» mo una ovejita; la pidió perdon
» de la grosería, y al punto se
» acabó todo: aquella noche se

» hizo un bayle en celebridad de
» la mejoría de Emilia; y repre-
» sentaron los dos diestrisimamen-
» te el paso de la comedia del
» *Tercero de su afrenta*, y como
» mi muger conservaba aun al-
» gunas centellas de su enfado,
» hizo el papel de Violante á las
» mil maravillas. Este caballero
» tiene tal modo de ganar las vo-
» luntades á todos, que mas de
» quatro amigas de mi muger se
» están muriendo de embidia, por-
» que no vá á su casa con la fre-
» qüencia que á la mia; mi mu-
» ger se rie, canta la victoria, y
» lo lleva á todas partes consigo,
» menos quando vá (segun dice)
» á confesar, que entonces, como
» es tan buena christiana, sale de
» casa con una criada, sin com-
» postura, despeinada, y sin aséo;
» y pienso lo hace por peniten-

» cia;

» cia; porque otras veces no sal-
» drá al estrado sin gastar dos
» horas de tocador primero: he
» reparado que el dia que esto
» sucede, está Celio muy triste,
» y nada le gusta, aunque Emilia
» tiene buen cuidado de que le
» suceda esto muy pocas veces.
» He referido á Vm. *señora Pen-*
» *sadora*, tan por menor estas
» cosas, para que informada por
» extenso de este particular, me
» aconseje lo que debo hacer, y
» me saque de la duda en que me
» ha puesto una lengua atrevida.

» Es el caso, que estando
» habrá ocho dias en una junta
» de amigos, tube unas palabras
» con uno, el que imprudente
» me llamó *gurrumino*, y me di-
» xo, que yo era la muger de mi
» casa, y que se me divisaban las
» enaguas desde cien leguas, que

» que merecía ser un .... y lo di-
» xo redondo. Quise vengarme,
» y la interposicion de los demás
» estorvaron el lance, y nos hi-
» cieron amigos. Retiréme á mi
» casa, y avergonzado interior-
» mente de lo que me había di-
» cho, he procurado reparar con
» cautela en la conducta de mi
» muger, y aunque me parece que
» nada tiene de reprehensible, no
» obstante la estimacion de mi ho-
» nôr, y el deséo de apartar de
» mi casa los motivos que fuesen
» capaces de ponerme en tal opi-
» nion, me impelen á tomar la
» pluma para preguntar á Vm.
» *señora Pensadora*, me advierta
» con su delicada critica, si lo
» que llevo referido es digno de
» enmienda; y si esta debo hacerla,
» còmo me he de portar; por-
» que como mi muger está tan

» acos-

» acostumbrada á esta vida, si
» procuro alguna novedad, me te-
» mo con bastante fundamento
» (porque tiene el genio un po-
» quillo sobervio) que suceda una
» desgracia en mi casa. Esto la
» suplico, y espero de su gustosa
» inclinacion á corregir abusos,
» franquée el consejo que la pi-
» do, con el que me prometo ha-
» llar sosiego á la inquietud en
» que me miro: soy de Vm. &c.

RESPUESTA.

MUY Señor mio: ¡Què un hombre que discurre tan bien como por el contexto de su carta se conoce, dude, y pregunte sobre un asunto que tan claramente está demonstrando las infelices conseqüencias de su permiso! Ciertamente que es necesario

rio ser negado de razon para dudar, y preguntar de este modo: reflexionémos por partes, y Vm. mismo deducirá la respuesta.

Supone Vm. y dá por noticia que su muger es petimetra, y hermosa, y esto sería fortuna grande, si procurára que Vm. solamente lo supiese; pero hacer obstentacion de estas prendas delante de tantos que deséan servirla, no es intrinsecamente malo; pero es gusto muy arresgado; á lo menos manifiesta claramente que la posesion de su estado no ocupa enteramente su corazon; porque quien blanquéa la torre llama mas palomos que la habiten. Dice Vm. la estima mucho, y en esto cumpliera con su obligacion si lo regulára con la prudencia; pero dar motivo á que le pierdan el respeto debido por ma-

nifestar un amor inconsiderado, es hacer una causa noble principio de conseqüencias infames. Permitir la demasiada comunicacion de estraños, siempre ha sido motivo de las desgracias; y no debe quexarse el incauto si esto le sucede; pues fué la ruína de su quietud la indulgencia de la precaucion: pero este no es el riesgo mayor, otro mas eminente desconcierta la hermosa armonía del matrimonio. ¡No sé como un hombre de entendimiento jamás forma una reflexîon juíciosa sobre asunto que tanto le importa! ¡A un joven entregado al fausto, al bien parecer, y á la ociosidad permitirle en casa á todas horas del dia, y las mas de las noches, exponiendo á su mismo honor á las ocasiones mas arresgadas! ¡Què fatuidad! Toda conversacion pri-

vada es origen de sospechas y recelos; raros se inclinan á lo mejor: y si acaso el marido no sospecha de su muger, el mundo sospechará del marido. ¿Què utilidad podrá sacar una casada, que solo debe ser su principal cuidado el gobierno de su familia, de la peligrosa ocupacion de gastar todo su tiempo en hablar y tratar con un hombre, á quien por la continuacion de oírle, ha de mirarle á lo menos con alguna particularidad? Yo temo y recelo mucho malo; pero tal vez este temor será hijo de mi génio cabiloso. Haga pausa la pluma en este asunto.

Por sus razones infiero que es hombre de animo sencillo, docil, y sin malicia; pues tanto descuida del buen regimen de su casa: ¿què importará sea un Lince

en muchos asuntos sérios, y que la vivacidad de su comprehension pueda manejar dependencias agigantadas, si en lo que mas le importa es un topo? Ningun Emperador Romano fué mas politico, ni venciò mayores guerras, tanto con la espada, como con sus discursos, que el grande Augusto; pero tampoco ha habido hombre mas descuidado del gobierno de su casa. Este Héroe que no tenia segundo para regir el mundo, y que su acertada conducta ocupaba en la admiracion de los estraños los principales clarines de la fama: éste mismo era el desprecio de su casa, y la burla de sus domesticos: y no fueron capaces las glorias que adquirió con sus triunfos á borrar las sombras que originaba con su descuido; y por fin vino á conocer su ignorancia al avi-

so infelíz del mayor desorden.

Vm. ciertamente es el principal motivo de los defectos que anota, pues permite neciamente confiado vacíle la opinion de su crédito entre sus amigos, y dá lugar á que se arriesgue una inocencia que realmente lo fuera, sí apartára de sus ojos los peligros. No sé en què seguridad tiene fundado su sosiego, quando la desgracia atrevída, tal vez aun sin este descuido, sabe hacer tantos infelices, que en nada mas discurrian, que en alejar de sus familias las delinqüentes ocasiones de una fatalidad. Me admiro, y no sin causa, de su poca reflexîon, pues hasta aora no ha discurrido prudentemente sobre un asunto en que es el principal interesado: no por esto se debe inferir que pretendo aconsejarle que encierre á

su muger, y que la obligue á vivir fuera de toda sociedad; esto sería atrevimiento en mí, y en Vm. ignorancia; solo sí quisiera que no tuviera en sus visitas estrechez particular con ninguno, y que los que visitáran su casa fueran todos llamados de la eleccion de Vm. y no de la suya: pues me persuado que siempre escogería aquellos á quienes la razon, y el buen juício tienen en posesion de hombres formales y de honor; porque los jovenes, á quienes las pasiones dominan tiranicamente, miran con indiferencia las sagradas leyes de la amistad; y tal vez hacen pretexto para sus conquistas los vinculos mas estrechos de una correspondencia.

Vm. alaba de hombre de entendimiento á Celio porque representa, bayla, y es rigoroso modis-

dista, teniendo en su memoria los *veletes*, *las respetuosas*, *las corbatillas*, *los marlines*, y otras drogas; y confiesa ingenuamente que fuera de estos asuntos discurre como una bestia en todo lo que es mas digno de un racional: ¡y Vm. llama entendimiento aquel que solo se ocupa en lo inutil, y abandona ignorante lo necesario! ¿Còmo querrá Vm. que este hombre, que nunca ha formado una reflexîon sobre el verdadero honor, ni sobre las leyes de la prudencia, se porte en su casa prudente, y anteponga la gloria del vencerse al sórdido interés de sus pasiones? No, señor mio, nunca pensará utilmente sino es para sus deséos, y pocas veces será impedimento á sus idéas la misma confianza con que Vm. lo trata; pues en nada menos ocupará su discur-

so que en corresponder agradecido á este beneficio.

Todas las mugeres somos naturalmente inclinadas al obsequio, y al festejo; y las mas contamos por otros tantos triunfos de nuestra hermosura quantos se declaran apasionados y rendidos: los hombres saben que esta es la mina principal para hacer volar en incendios nuestra entereza; *sirven*, *alaban*, *cortejan*, y no dexan máxima que no practiquen para hacer faciles sus empresas: es una traidora maquina su conducta, que puestos en movimiento todos los resortes de sus idéas, derriban con ella el mas encastillado edificio del honor: todo esto sucede quando hallan resistencia que rebata sus esfuerzos: ¿pero si se les confian las fortalezas, si se les hace dueños de la Ciudad, y se entregan á su ar-

bitrio las guarniciones, què nos debémos prometer? ¿Què debémos esperar? No lo repito, porque ya lo tengo dicho muchas veces.

Mucho me temo que su indulgencia é insensibilidad no se origine de una confianza ciega, y si de un descuido simulado, para con este pretexto llevar Vm. el fuego á otra casa, y consolarle con el vulgar adagio de *dar que van dando*: y si es este el motivo, Vm. tiene muy merecida su desgracia, y es acreedor del mas indigno desprecio: pues el que descuida de su familia por asistir mas solicito en otra parte, dá permiso y amplia licencia para que usen en su casa el derecho de represasalias; y no tendrán fuerza sus rèprehensiones quando autoriza el desorden con el mal exemplo.

El hombre que pretende ser amado de su muger ha de quererla como marido, no como galán: de aquella manera tendrá en su casa una muger de honor á quien respetar amante: De este modo se verá en compañia de una dama, que toda melindres se juzgará agraviada por la menor falta que presuma: y como menosprecio hecho á su belleza, discurrirá donde colocar esta alaja que mas la estimen; y lo que había de ser motivo de seguridad, vendrá á ser causa de un continuo recelo.

No espere Vm. dé mas respuesta á su carta; pues habiendole hecho presentes los daños á que está expuesto, quien como Vm. se descuida de su casa, me parece que podrá inferir con poco trabajo el modo mas facil de procurar su sosiego: este discurro lo-

grará Vm. si (segun pienso) abandona como perniciosos esos cuidados, que tal vez le divertirán de sus obligaciones: principie Vm. á regular su conducta, é interesese mas en lo que tanto le importa; velando sobre el proceder de su familia, no con una ignorancia zelosa que abulte por delitos grandes las venialidades de una contingencia; si con un recelo prudente que distinga entre las casualidades, y las prevenciones; para que sabiendo hacer crisis de lo que observe, disimule lo involuntario por inocente, y refrene la malicia como perjudicial á su sosiego, á su estimacion, y â su honor.

La Pensadora.

PENSAMIENTO VIII.

ANDABA mi vanidad atropellando mi modestia, viendome adornada con el brillante titulo de *Pensadora*, y aora ha cobrado nuevas fuerzas su atrevimiento, quando casi me mira poséer la habilidad de la Astrología. Pronostiqué (aun sin levantar figura) á mis *Pensamientos* muchos trabajos luego que dirigiesen sus discursos contra el sagrado respetable de los hombres; y bien á pesar mio veo cumplido el pronostico: pero no por esto desmayará mi pluma; pues teniendo á las damas de mi parte como mas dociles y mas afables, con su patrocinio nada me queda que recelár. Todos

los felices progresos de mis papelillos son hijos de sus piedades; pues amparandome por su igual, tratan mis borrones como de casa, y los alaban como propios. Y ciertamente que siento haber sido tan poco agradecida á tales finezas; pues parece que por lo mismo he procurado ocupar mi pluma, mas en la inquisicion de sus defectos, echandoselos en cara, y haciendolos públicos á todos; pero me alentaba el tener de mi parte su aceptacion, y deséo de corregirse: que bien sabía que no me había de suceder, lo que con los señores delicados hombres, que al verse convencidos vivamente con el ruído desentonado de sus gritos, me han obligado á despertar de aquel dulce sueño en que tan gustosa se miraba mi imaginacion.

Es la Poesía el mas propio idioma del alma, con el que excediendose á sí misma, se enfurece divinamente para explicar aquellos objetos que mueven, ó su admiracion por heroycos, ò su desprecio por ridiculos: es un modo de conceptuar tan dulcemente elevado, que con la hermosa simetría de sus números, roba gustosamente las atenciones mas descuidadas, sin que puedan eximirse de su imperio la rusticidad mas grosera, ni la erudicion mas profunda: todo lo arrastra, á todos mueve, y en todos exercita el hechizo agradable de su armonía; pues es un dulce encanto, que aun entre las Naciones mas incultas mereció la estimacion más sublime: es el mayor realce de un entendimiento; y esta gracia con discrecion poseída, eleva á los hom-

bres á ser dignos objetos de la fama.

Tubo principio esta hermosa habilidad en los corazones religiosos, que para desahogar dignamente el fuego divino de la adoracion al Criador supremo, exalaron sus ansias en tiernos hymnos, convidando con ellos á los hombres al conocimiento de la divinidad. Pasó á segundo exercicio su destino, que siempre grande, no dió paso en sus principios que no fuera por el camino del acierto: para celebrar aquellas grandes acciones de los Héroës, y excitar á la juventud á su imitacion, compusieron númericos elogios, que reservados en la memoria, eran á un tiempo que funebres exequias de los muertos, exemplares estimulos de los vivos; cumpliendo en una accion

con

con dos obligaciones, como era hacer el obsequio debido á sus pasados, y mover á una virtuosa embidia á los presentes.

No contenta la Poesía con extender su dominio sobre lo grande, dilató sus limites á lo ridiculo, y pequeño; pero siempre con idéas sublimes é intentos magnificos: pues viendo que celebrando las acciones heroycas, se movian los hombres á su imitacion, se propuso hacer asuntos de sus satyras los vicios; y ridiculizando las extravagancias, logró muchas veces vér que aquellos que á los principios fueron el objeto de sus picantes sales, pasasen avergonzados á ser la idéa de sus elogios, corrigiendo con aquel impulso el desordenado proceder de sus pasiones.

Tenemos á esta hermosa hija de Apolo alabando la Deydad, y empleando justamente sus primores en la explicacion de su esencia. La admiramos celebrando las grandes acciones, y conservando en nuestra memoria vivos aquellos que por sus obras merecian ser eternos. Tambien la divisamos gustosamente entretenida para hacernos odiosos los defectos agenos con la satyra, y apartarnos de aquella vil imitacion con sus números. Estos son los empléos dignos y peculiares de la Poesía; y en estas cosas se emplean propiamente sus métricas cadencias. ¡Pero què desgracia! Esta hermosa dama que toda primores solo se entretuvo en preciosidades, está por nuestros Españoles destinada á lo indigno, á lo inutil, y á lo perverso, haciendo que sirvan

sus

sus números de lastimoso tropiezo á los incautos: pues envilecen su nobleza con emplearla en conservar en la memoria de los hombres aquellas acciones, que merecian ser entregadas á un eterno olvido.

¿No es un agravio claramente cometido contra esta hermosa deydad., destinarla por muchos de nuestros Patricios para alabar, perpetuar en la memoria, y excitar á su imitacion los delitos mas atrevídos contra el Cielo, el Rey, y la Patria? ¿Quàndo la ocupan indignamente en esos asquerosos *Romances de nuestros guapos Andaluces* que otro empléo le dán mas que obligarla á celebrar unos hombres, que por viles, ó murieron entre las fatigas de un lazo, ò á las iras crueles de una venganza? Ciertamente ignoro còmo

ha

ha podido durar este abuso tanto tiempo en un País tan culto, donde la piedad y religion tienen su asiento. No hay que replicarme con que semejantes producciones son despreciadas por la gente discreta; que rigorosamente no se tienen por obras de Poesía por su estilo humilde, y despreciable; y que solo andan entre la gente mas infima del Pueblo; que esta réplica es el mayor estimulo á mis reflexîones, y la que me obliga á hacer eleccion de este asunto.

Tiene la Poesia, como llevo dicho, dominio sobre los corazones de los hombres; y los mueve insensiblemente á la imitacion de los objetos de sus alabanzas. Habla con todos, y á todos adequa sus conceptos, y segun el asunto que se propone, ó se calza el grave coturno, ó el humilde zueco;

de modo que regulando sus adornos por la idéa, unas veces la admirámos triunfante en las batallas, y otras Pastora en las riberas; pero siempre tan despotica de las voluntades, que igualmente obliga quando noble, que quando villana; siempre tiene la misma fuerza. Por esta causa quando injustamente hacen servir sus cadencias en las Relaciones de aquellos hechos indignos de nuestros imaginados valientes, aunque no la hermoséen con los primores propios de su merito, no por eso la quitan el dominio sobre los animos; pues si entonces no mueve á los entendimientos no vulgares, antes bien los causa náusea su lectura, arrastra infelizmente á todos aquellos que sin facultades para distinguir lo apreciable de lo inutil, se dexan llevar gustosos de lo apa-

aparente; y estos como por lo comun son los más, es regularmente el daño grande, y los sucesos funestos repetidos.

No se ciñe lo vulgar en este asunto á las montéras y polaynas; se estiende lastimosamente á las Ciudades, y á las pelucas; y hace estragos funestisimos aun en aquellos que están mas lejos de parecer apasionados de este delirio. Pero no es mi intento elevar la reflexîon sobre sugetos tan altos; los discurro con bastantes principios para que á la menor insinuacion reformen sus idéas: quiero sí contentarme con hacer vér las ruínas que ocasiona este abuso en aquellos que se proponen por objetos de su valentías, este, ó aquel picaro celebrado en dichos Romances; pues llega á tanto su locura en este asunto, que

mas

mas de quatro veces se han ocasionado peligrosas disputas sobre hacer ridiculos paralelos de las obscuras acciones de sus fingidos heröes. Raro será el miserable, que haya finalizado su vida en la infamia de un patibulo, que no procurase imitar en sus atrevimientos alguno celebrado por valiente, y que no tuviese en la memoria una docena de estos Romances, tomando en aquellos pasages el exemplar para los que premeditaba. ¿Còmo no se moverá un infelíz tocado de esta locura á parecer un *Francisco Estevan*, si vé de letra de molde (circunstancia para estos casi divina) los sucesos de su vida, y proclamado por inimitable en el valor: ésta sola será unica prueba de mi discurso; pues es la principal y maestra, y la que encierra los mayores deli-

delitos laureados: y no echén menos los chistes en este asunto; pues habiendo el inimitable Quevedo compuesto sus Xacaras para desterrar este infame abuso, tan llenas de sus naturales sales, y no conseguido el fin; quiero en tono mas sério hacer presente á los que pueden remediarlo los daños que se originan; y no extrañen mi atrevimiento, que muchas veces se consiguen cosas grandes con instrumentos pequeños.

Es el principal asunto de estos Romances hacer odiosos á todos los Ministros que zelan la Real hacienda, y nunca se vén nombrados que no sea para hacerlos el blanco del desprecio, pasando á tanto la osadía que llega al sagrado de los Jueces. En la quinta parte de los Romances de *Estevan* alabando á este picaro, dice:-

Ya

Ya saben que su exercicio
era andar al contrabando,
y que en el Andalucía.
Guardas, Ministros temblaron
de oír su nombre, y los *Jueces*
tiemblan de verlo enojado......

No se puede autorizar mas un atrevimiento. Esto que, aunque fuese verdad, siempre fue un delito contra la divina, y humana Magestad, ¿por què se ha de permitir que ande en las bocas de todos, y que sea un exemplar para criar atrevidos? Siempre somos inclinados á la libertad, y aborrecemos la sujecion, aunque sea justa: ¿Pues como se corregirá, ni intimidará á tales géneros de gente que todos los dias defraudan al Rey sus rentas, y atropellan sus Justicias, si vén con el comun (aunque vulgar) aplauso celebrados estos delitos, y que es el camino corriente para hacerse me-

morables? ¿De dònde nace el odio comun que muestran las gentes á los sugetos de qualquier calidad que sean que son nombrados para el resguardo de las rentas Reales? ¿De què se origina la delinqüente aversion con que se habla de las Justicias, que han castigado, ó castigan esta infame canalla? ¿De dònde? De estos Romances. ¿Podrá aquel, cuya atencion se dedica á este género de diversion oir con gusto, y respeto el nombre de aquellos Ministros, ó Jueces que al sugeto de su cariño pusieron justisimamente en un palo? De ninguna manera. Antes herido vivamente de un necio dolor de ver muerto aquel hombre que era el estimulo de su admiracion, aborrecerá de corazon á todos aquellos que fueron causa de que finalizase la carrera de sus vicios,

aun-

aunque para él gloriosas empresas. ¿Y què se seguirá de aqui en lo presente? Que quando algun infame delinqüente sea osado á procurar executar iguales desatinos, si imita en ellos á aquel cuya Relacion sabe de memoria, de la misma manera odiará las presentes Justicias, y se lastimará de aquel infelíz, no con una compasion racional, sino delinqüente que solo excitará su lastima, porque quitan del mundo un Guapo que era el terror de todos, y que había con su atrevimiento cometido delitos enormes, bien que para él hazañas prodigiosas.

Los homicidios freqüentemente celebrados en este género de Romances, son los materiales mas preciosos de sus alabanzas, y por donde lo gradúan con los nombres de terror del mundo, leones,

tigres, &c. y no fueran mal traidos estos similes, si les diesen la apropiacion correspondiente á sus fieras brutalidades; pero la lastima es, que los elevan de esta manera á su modo de explicarse al grado mas alto de invencibles para alentar á los ignorantes á su imitacion. En la primera parte de Estevan dice:

..... Sucedióme en un camino,
que me faltaron dineros,
y en la venta donde estaba
me reventaba el Ventero,
porque le pague la costa,
y paguéle tan de presto,
que á la otra vida volando
se partió dexando el cuerpo.....

¡Bella obra de caridad! ¡Gloriosa hazaña! ¿Què han de hacer los infelices que leen esto, sino dexarse llevar de esta locura? Semejantes desgracias se vén repetidas en nuestros tiempos, y aunque rectamente castigadas, mientras

no

no se arranque de la memoria de los hombres estos exemplares, servirá de poco el castigo; pues siempre con mas facilidad abandona la memoria lo contrario á su gusto que lo propicio á la inclinacion.

Quiero, antes que se me pase esta especie, llamar la reflexîon de mis Lectores para que me ayuden á ponderarla: no procuraré mas que hacer una leve insinuacion; y cada uno en el fondo de su corazon y piedad mire si son compatibles los delitos quese celebran con la casi continua invocacion de los principios de los Romances. Tercera parte de Estevan.

Santo Christo de la luz,
Señor de Cielos y Tierra,
desatad mis torpes labios,
y dadle voz á mi lengua,
mientras la tercera parte......

En la quarta.

O Soberano Señor,
que sustentais Tierra, y Cielo,
governad mi rudo estilo,
dad luz á mi entendimiento,
para que cante y explique.....
. . . .
porque no quede en bosquexo
este arresto temerario....

¡Què suplica tan á tiempo, y para què piadoso fin solicitada! ¡No sé donde está el entendimiento! Quiero dexar á todos campo abierto para que discurran sobre este particular.

Lo que mas eleva este delinqüente sobre la estimacion de los hombres, fué aquel atrevimiento hecho en Granada con el Presidente de aquella Real Chancillería: nos cuentan que le pidió muy cortés que rompiese la criminal causa de sus feos delitos, lo consiguió, y luego salió en premio del desacato, regalado del mismo Juez; y esta accion aerevida contra Dios, con-

conta el Rey, y contra la Patria es tenida por una de sus mayores hazañas. No contento su atrevimienro, cuenta el necio Cronista de sus hechos, que practicó lo mismo en Antequera, tratando sin respeto á aquel Juez, quando dice:

.... Embidiosos mas de ciento
tuvo, y en particular
el Corregidor *sobervio*
de la Ciudad de Antequera.....

¡Esto se imprime, y se permite que ande entre la juventud que, por ser la mas indocta, es la mas expuesta á ser viles imitadores de estos desacatos! Bien sé que nunca habrá sido reflexìonada esta materia por los que pueden corregirla; porque los grandes entendimientos pocas veces se humillan á noticiarse de cosas tan rateras y despreciables; pero mi génio cabiloso á todas partes se dirige, y de qual-

qualquier pelillo se agarra, como encuentre abusos en que exercer su crítica.

Pero volviendo á mi idéa: ¡Podrá darse mayor atrevimiento que elevar sobre toda alabanza á un indigno á costa del decoro debido al supremo nombre de los Jueces! ¿Serán inutiles los recelos, de que este abuso sea la ruína de muchos, y la causa de infinitas desgracias? ¿Será arrojo decir que todos, ó los mas que se entregan á la obscura vida de los robos, homicidios, y contravandos tuvieron su téorica en esta escuela? No será; quando se miran estas mismas cosas ser los fundamentos sobre que estrivan el aplauso, la aceptacion, y alabanza de aquellos guapos: ¿Hicieron todos los mas en el discurso de su vida otra cosa que contravandos,

dos, homicidios, y robos: hazañas para el vulgo ignorante, por las que los eleva y canoniza por héroes, conservando en la memoria unos objetos tan llenos de vicios, y tan descaradamente delinqüentes? Dirán muchos que solo el ínfimo pueblo tiene este riesgo, porque es el que mas se entrega á esta lectura. ¿Y el ínfimo pueblo no es acreedor mas que los doctos (porque tiene menos luces) á que se le aparte con industria, ó con rigor de las ocasiones en que pueda pervertirse? ¿Son acaso de poco momento las conseqüencias que de esto se origínan? Bien sé que no; y todo entendimiento no preocupado discurro me dará la razon.

Aquellos libros de caballería que tan felizmente desterró Cervantes con su célebre Quixote, nun-

nunca fueron tan perjudiciales, ni tan ocasionados á los Lectores: en ellas se miraba lo fingido tan claro, que el mas estupido conocería el imposible de aquellos cuentos: empleaban mal el tiempo, y le gastaban en mil locuras inutiles; es verdad: pero fuera del famoso Manchego, ninguno se atrevió á ser caballero andante; y no obstante fué precisa su correcion; y ya á Dios gracias estamos libres de aquella peste. Pero los Romances de los *guapos de la Andalucía* tiénen mil sectarios, y lo peor es, que á cada paso se oyen con lastima las hazañas con que procuran imitar á sus maestros en el arte de la maldad; todo lo que estaba remediado quitando del mundo y de la vista de los hombres los aborrecibles escritos que tienen por argumen-

gumento principal de su eficacia, disfrazar los mas vergonzosos y atrevidos delitos, para mover á su imitacion á los ignorantes, haciendo sean iguales en los fines desastrados con aquellos de quien aprendieron á ser indignos; valiendose para esto de la agraciada Poesía destinada solo para las divinas alabanzas, célebrar, y perpetuar en la memoria los verdaderos héroes, y ridiculizar, y hacer odiosos los delitos.

ADVERTENCIA.

En las Librerías donde estos Pensamientos se venden, podrá el que gustáre de escríbirme entregar las cartas; que como no pasen de dos pliegos, y sean de asuntos decentes se imprimirán:

PEN-

PENSAMIENTO IX.

Carta de una Dama.

SEÑORA PENSADORA: El gusto con que leo sus producciones, y la viveza con que noto rebate los abusos, me obligó á esperar que sus Pensamientos, á lo menos igualmente se dirigiesen asi contra nuestras preocupaciones, como contra las de los hombres: pero advierto que el empeño mayor de su crítica es hacerla de las damas; y en estos asuntos es donde toma un tono mas alto y un ayre de magistratura mas rigido en sus reflexiones; circunstancia que me hace creer, que

que con nombre supuesto es alguno de los muchos que solo se deleytan quando nos censuran y hacen objetos de sus conversaciones nuestros descuidos: para cuyo fin cubriendose con los privilegios de muger, nos hiere mas á su salvo y hace mas profundas las heridas. Es verdad que los defectos que nos ha motejado son dignos de remedio. ¡Pero valgame Dios! ¿No ha encontrado su pluma en las costumbres de los hombres que reprehender, que solo se entretiene su pensamiento con nuestras faltas? ¿Tanto miedo tiene á esos Señores que no se atreve á descubrir sus ridiculeces, y á criticar sus manías? Yo discurro que alguna causa oculta la obliga á hacer tan mala distribucion de sus asuntos; pues con una obligacion donde se verá precisa-

cisada muchas veces á revolver mil idéas para encontrar qué disertar, huye voluntariamente de tanto como se presenta á los ojos mas dormidos en las acciones y proceder de los hombres: pero pues Vm. se aparta de este camino, sea por olvido grande, ó cuidado no pequeño; quiero me deba en esta carta la noticia de un asunto que por comun y público dudo se le haya ocultado á su pensamiento, y que es digno del mayor reparo, quando tan infelizmente se halla autorizado con su extension.

Es el objeto principal de todos los hombres hablar del honor, ponderar el honor, y manifestarse acerrimos defensores de su honor: una de las principales partes de esta hermosa sombra la tienen (como Vm. ya há dicho) co-

colocada baxo el dominio de las mugeres, y nosotras por esta confianza nos vemos en la obligacion de darle mayor aumento; dependiendo de nuestras obras la salud, ó enfermedad de esta delicada circunstancia: pero de ninguna cosa hablan con menos tiento que de aquellos sugetos en quienes tienen depositadas las llaves de su estimacion. ¿No le parece á Vm. señora mia, que es este un asunto digno de critica y de la mas pronta correccion? No tiene duda; pues escucheme Vm. y me oirá *pensar* aunque no tengo titulo para ello.

Los hombres que rectamente educados y verdaderamente caballeros pretenden llenar todo el espacio de su obligacion, deben rigorosamente observar aquellas leyes que son anexas y peculiares á

los corazones no vulgarmente instruidos, y que hacen ostentacion de su práctica. ¡Pero què desgracia! De nada están mas lejos que de este laudable uso; y de ninguna otra cosa hablan con mas deleite que de aquellas que satyrizan nuestras acciones y conducta. Es ya asunto ordinario de toda tertulia el motejarnos y pintarnos con los colores mas odiosos á la piedad, y buena crianza, haciendonos el motivo mas ridiculo de su risa, y descubriendo nuestras faltas como si no tuvieran obligacion por hombres, por bien criados, y por caballeros de defender nuestra estimacion á todo riesgo, como principales interesados en nuestra buena opinion.

Es la mas comun de todos (á nadie exceptúo) que quantas desgra-

gracias han sucedido en el mundo, se han originado por nosotras, y hemos sido la causa eficiente de estos infelices sucesos: este es el supuesto inconcuso sobre que se fundan todas las siniestras inteligencias que forman de nosotras, y la piedra fundamental de este vergonzoso abuso: pero esta errada opinion está bien rebatida por otras plumas: me ceñiré solo al particular de mi idéa.

Temerosa pongo la pluma en el papel, porque la fealdad de especies que se me presentan, me llenan de un pavor horroroso, al considerar que los mismos complices y causas principales de nuestras desgracias sean aquellos que mas se burlen y que mas nos censuren. ¡O què ignorancia! Miran los atrevidos deséos de un joven una muger que en nada piensa mas

que en alejarse de toda ocasion arresgada; ó que solo por una diversion honesta concurre á una visita, á nn paséo, &c. quando sobre las extravagancias de su delinqüente antojo forma maquinas osadas que se destinan á derribar aquella fortaleza de la seguridad de su buena intencion: asi como lo piensa lo pone por obra; *solicita*, *escribe*, *paséa*, *suspira*, *ruega*, *y finge* (que es lo mas cierto) y si honrada se resiste á su persuasion, hace sobervio empeño de la conquista; y aquel que no tendría animo para formar corage contra un mosquito, se enoja altamente contra la virtuosa repulsa; y como empeño que de no lograrle se aventura su crédito, adelgaza los discursos, dobla las baterías, menudéa los asaltos, hasta que al continuado teson de

su

su porfía, consigue crean sus mentiras, y tengan por finezas sus engaños. ¿Quièn discurrirá que este mismo que es la principal causa de la inquietud de aquella descuidada dama, sea el primero que censúre su conducta? ¿Quièn lo creerá? Todos quantos lean esta carta, porque todos traerán á la memoria diferentes casos semejantes: este, pues, ó movido de su indigna vanidad, ó de su maldita mordacidad descubre el lance en secreto á uno, ó dos amigos (ò tres, ó quatro que en esto son pocos escrupulosos) y hace ostentacion de su conquista como efecto grande de su mérito: quanto mas se distinga aquella infelíz por su caracter, tanto mas aprisa se hará público su descuido; porque luego entre estos ignorantes se cuenta como hazaña grande, y no se

dexa circunstancia por referir para hacer que mas resalte el vencimiento: de estos cada uno lo dice á otro en confianza, y á pocos dias este suceso á media voz se publíca entre todos. ¡Crisanto què fortuna tiene! Emília le favorece mucho, se muere por él, y es el dueño de las cargas. ¿Y estos son hombres, cuya principal obligacion es mirar por las mugeres? ¿Estos están bien criados, y hacen ostentacion de tales, á quienes los primeros rudimentos enseñan todo lo contrario? ¿Estos son caballeros, cuyo principal instituto es dar honra, no quitarla, y que deben por su sangre defender las mugeres y encubrir sus faltas? No son lo que parecen: son monstruos que fingiendo gemidos, engañan las incautas para quitarlas luego la vida en la estimacion, en el crédito, y en el honor.

¡Estraña cosa! De nada mas hacen los hombres vanidad que de bien hablados, y de que sus tertulias son utiles á las letras, á la Patria, y á la sociedad, porque en ellas se discurre con acierto en las Ciencias, en la Politica, y en la direccion de las costumbres: pero los mas de nada están mas lejos: solo las mugeres gastamos nuestro tiempo en futilidades, en niñerias, y en murmuraciones: quando ellos continuamente nos están imitando (mal he dicho) los hombres son el original de nuestros yerros. Con què gustò se escuchan unos á otros quando se habla de las mugeres, y como cada uno dá á entender su sentir siempre contrario á nosotras. No sé còmo pueden tolerar aquellos entendimientos tan preciados de doctos en sus diversiones el indigno

digno abuso que tan extendido se mira de hablar mal por lo comun de todas las mugeres. No es mi intento comprehender en esta carta el desprecio con que miran nuestros entendimientos; ya está este asunto controvertido: solo quiero ponderar el delinqüente gusto que muestran quando sin piedad alguna nos hieren en la honra, descubriendo, ó suponiendo faltas que todos debian encubrir. Nise (dice uno) es hermosa dama, el marido la estima mucho: què tiene que es muy loca, y se vale del buen génio de su esposo para mil cosas no regulares; y lo peor es, que lo quiere disimular con aquel modíto y aquella fingida compostura: ¡Fuego de Dios, y quien se habia de fiar de mugeres al ver esto! ¿Hombre (dice otro), què hablas? pues yo

la tenia por una santita: ¡Es posible que aquella muger no cumple con su obligacion! Vaya que estás engañado: es verdad que hay poco que fiar de la mejor; y asi bien me estoy yo de esta manera, que no quiero perro con cencerro. Buena friolera (replíca otro) ¿Pues què piensas que te has de escapar? No amigo en este tiempo ninguno se escapa: ¡tales son ellas! Dirá alguno, que estas son expresiones muy vulgares, y que solo entre la gente sin obligaciones se escuchan semejantes desatinos: ¡Ojalá asi fuera! Que á lo menos viviriamos gustosas, con que los verdaderos Hombres daban la estimacion debida á nuestro estado, á nuestra delicadeza, y á nuestro sexô: pero lo peor es, para discurrir contra nosotras todo es vulgo; y es una

especie de galantería festiva bien recibida en las conversaciones de los principales, el autorizar esta critica injusta con sucesos chistosos que dirigen toda la idéa á pensar siniestramente de nosotras, confundiendo á todo el sexô en particulares delitos de que los mismos hombres son motivo.

No sé còmo no reflexîonan quando se divierten tan ruinmente en murmurar de las mugeres, que son ellos sobre quiénes caen directamente los efectos de estos coloquios. ¿Quièn será el que se ponga á decir mal de nosotras que no tenga madre, muger, ó hermana, &c. cuyo honor le toque como á principal interesado? Es el caso, que cada uno quando habla, no piensa mal de sí, todo se halla en casa agena; asi lo hacen todos; con que todos promiscuamente

mente se deshonran y hacen infelíz instrumento de esta desgracia sus mismos dichos.

No puede tener buena sangre, ni puede saber lo que es honor aquel hombre que cruel ensangrienta su lengua contra las mugeres; ni puede saber las leyes de caballero el que hace objeto de sus satyras la indefensa delicadeza de nuestra estimacion. Es una de las principales leyes de un bien formado duelo no acometer á su contrario quando se halle indefenso; antes bien se debe esperar á que se prevenga: tambien es regla de la ordenanza del honor, que viendo al enemigo acometido de fuerzas superiores, se le debe ayudar con la espada, y defender su vida, para luego tomar satisfaccion honrosa: esto es preciso (dicen los hombres) usar con

aque-

aquellos enemigos que los han agraviado y han sido instrumento de su deshonor: á estos declarados enemigos se les guarda estas cortesias y politicas para hacer una venganza sin borron que la desluzca. ¿Y para las pobres mugeres que no somos sus enemigos, antes bien (segun nos pintan) su descanso, su quietud, y sosiego: y que nos miran sin defensa, y sin facultades para intentarla: para nosotras, que nos hallamos rodeadas de tantos enemigos, quantos son los distinctos y diversos caminos por donde peligra nuestro delicado honor: para nosotras no previenen las leyes de la Nobleza, nos dén armas con que defendernos? ¿Ni se pongan de nuestra parte para ayudarnos? Antes al contrario, todo el mundo puesto en arma contra la debili-

dad

dad de nuestra mugeril resistencia, nos arruínan con las satyras, y nos martyrizan en el honor con la mala opinion que forman de todas, sin hacer distinccion sus malditas lenguas de mugeres: todas infelizmente nos miden con una propia medida; y es antecedente bastante para inferir mal de todo el sexô qualquiera ruindad cometida por aquellas que solo tienen de mugeres la figura.

¿Pero quienes serán los principales que contra nuestra fama mas emplean sus discursos? ¿Quienes han de ser? Aquellos mismos que mas vivamente nos persiguen, y que hacen mayores empeños para solicitar nuestra ruina: estos aunque poseídos de un deséo desordenado de festejarnos, son los que en todas conversaciones procuran ponderar nuestros defectos,

fectos, y con un odio luciferino contradicen y rebaten qualquier discurso no engañado que nos defiende; y murmuran gustosamente aun de aquellos sugetos á quienes deben mas obligaciones. Parece paradoxa esto que propongo. Es verdad que á la primer vista se oponen mil contrariedades que lo dificultan; pero careando este asunto con lo que á cada paso se escucha, no parecerá paradoxa, será un suceso verdadero que nos coloca en la mas fnnesta infelicidad.

Si es delito grande hacernos objetos de su maledicencia quando se valen para esta indignidad de hechos verdaderos; ¿Que nombre se dará á la detestable libertad con que públican unos defectos que solo tienen su existencia en lo pervertido de su júcio? ¿Habrá

brá algun racional no preocupado con la pasion que sepa decirme el modo de explicar este desorden? ¡Quantas infelices de nosotras que en su vida imaginaron en la menor venialidad contra su decóro, se hallan oy siendo el objeto lastimoso de un pueblo, porque éste, ó aquel inconsiderado dió cuerpo á un delito, que solo le tubo en su maliciosa idéa! *O señora Pensadora*, y què asunto tan util ha usurpado á su pluma; y còmo célebraría que Vm. le hubirera tratado como acostumbra.

Están cinco, ò seis de estos *caballeros* á la puerta de un Templo (que aun en el sagrado estamos libres de su injusticia) y vén salir de la Iglesia una muger á quien su marido estima, y por tanto procura que su porte sea del

mas

mas lucído; y apenas es objeto de su curiosidad aquella inocente quando dice uno que casi no la conoce: Caballeros ¿no repáran Vms. en Filida, què séria que pasa, y què llena de vanidad por aquellos quatro trapos que lleva, como si no supieramos que no es todo oro lo que reluce? En fin Dios le dé salud á Anfríso, que mientras él viva, no la faltará que gastar: es verdad que es su compadre, pero yo no me fio de estos compadrazgos. Calle Vm. hombre, (dice otro) aora su compadre, que es un miserable, había de costear ese fausto: esto que Vm. vé, es efecto de una crecida mesada que le ha dexado Celindo que se embarcó para la America; pues antes de hacer viage no salía de su casa. Muy atrasados están Vms. de noticias (replica otro) que yo

sé

sé por persona segura, que un Criollo muy rico ha tomado por su cuenta favorecer á su marido, y le franquéa quanto necesita: es verdad que á mí se me hace durillo creer que esto sea á humo de pajas; pero dexemos esto, y sea quien se fuere, y no murmurémos; lo que á mí me parece es, que toda *marcialidad* no ha de vivir ociosa. ¡Pobre infelíz, y en què hora tan desgraciada saliste de la Iglésia! No está aquí lo mas delinqüente de esta conversacion; sino que á poco rato se apartan aquellos indignos de ser hombres, y cada uno con un empeño diabolico hace asunto de sus conversaciones en todas partes las injustas sospechas que formò de aquella descuidada inocencia; y al siguiente dia, como pasa la noticia á otros tan buenos como

ellos, es público por la Ciudad, y es el asunto favoríto del dia en las tertulias las galas de Filida, y el supuesto motivo de donde proceden. ¡O què dolor! ¡Què tiranía!

¿Pero, si atendémos á que muchos, ó por venganza de haver sido despreciados, ò por vanidad jactanciosa, aun sin haver saludado á las que nombran, se públican dueños de sus favores, què diremos? ¿Habrá retorica que sepa pintar esta osadía con aquellos denegridos y odiosos colores, que hagan de una vez presente á los ojos del entendimiento su horrible deformidad? No discurro que pueda la pluma mas eloqüente colorir bastantemente la ruíndad de estos habladores ¡Y què hombres que se tienen por tales, y que blasonan de bien criados, y de otros mas distinguidos privilegios, se arrojan

sin repáro, ni verguenza de tal accion á decir mal y suponer delitos á las mugeres! ¡De aquellas á quienes la razon, la excelencia de su sexô, y la misma naturaleza fiaron á su amparo, para que las favorezcan y liberten de las osadías y las custodien de los atrevimientos! ¡Y estos mismos son los que mas las persiguen, las arruínan, y procuran usurpar la estimacion que es su mayor felicidad! ¡O pluma, y què tibiamente lo ponderas!

Vea Vm. Señora Pensadora, propuesto mi asunto, y tal qual reflexîonado. Vm. corrijale, y si le parece déle á la prensa, que no dudo será admitido, á lo menos de las de nuestro Sexô, quienes deben premeditar con bastante reflexîon que, si las que advertidas huyen laudablemente de dar oca-

sion para ser objeto de las satiricas conversaciones de los hombres, y no obstante sus honestas máximas, aun no pueden verse libres de sus torcidas intenciones, ¿què serán aquellas que, descuidadas se arrojan sin reparo á los chistes, á las chanzas, á las amistades, y otros peligros, que desde cien leguas descubren sus no reguladas conseqüencias? Las que no podrán formar quexa en tono tan alto, porque conociendo el riesgo eminente de ser públicos sus descuidos, se arrojan y precipitan ignorantes, engañadas de las fingidas adulaciones con que estos (como Vm. los llama) enemigos nuestros procuran engañarnos y conducirnos á la mayor infelicidad; haciendo de nosotras el mas despreciable retrato en todas sus juntas, no escusando para esto

desfigurarnos con los mas negros borrones de sus sospechas; pues estos señores no saben murmurar de cosas leves, que como de corazones grandes, aun en lo delinqüente quieren parecer gigantes. No extrañe Vm. se haya dilatado mi pluma, porque como la materia dirige sus discursos en favor de nuestra estimacion, aun no queda contenta con todo lo dicho, y quisiera ser interminable sobre este particular. Soy de Vm. su afecta de corazon.

La Desengañada.



PENSAMIENTO X.

¡VAlgame Dios, Señor Público, no se conformará Vm. en sus dictamenes para que mi pluma acierte á darle gusto! Que sean tantas sus aprehensiones, que pretenda casi siempre lo imposible como facil, y nunca se dé por satisfecho de lo que le ofrecen! Ciertamente que es Vm. muy ingrato, y de una delicadeza extraordinaria: nada le gusta, á todo tuerze el semblante; si es dulce, porque empalaga; si agrio, porque exáspera; si se habla con chiste, es truhanería; si con sériedad es Sermon: ¿ Còmo ha de ser esto, Señor mio? ¿No será mejor que se conforme Vm. en

una idéa, en un solo gusto, y me lo participe, y verá como le sirvo? No se detenga, soy naturalmente inclinada á complacer, y mas tardará en determinarse, que yo en servirle. Pero me dirá que pido un disparate, que no puede jamás ser uno el parecer de tantos, que siempre serán los votos, quantos fueren los individuos. Me agrada la respuesta. ¿Luego porquè quiere Vm. que mis discursos sean siempre á gusto de todos? (Aqui está el imposible que pretende) Se vé mi pluma en la precision de variar de idéas, de asuntos, y de estilos, porque todos son acreedores á mi trabajo, y es mi obligacion procurar contentar á cada uno, y como son tantos los gustos, mudo manjares por lisonjearles el paladar. No tendrán á mal les haga una pregunta, por-

que

que en su respuesta me prometo hallar satisfaccion á uno de los cargos que me hacen. ¿O son verdades las que aconsejo, ó son mentiras? Si verdades, ¿què mas autoridad necesitan? La verdad siempre desnuda convence, todo á su hermosura se rinde; y es agraviar injustamente su mérito querer aumentarle con extraños adornos, quando es peculiar solo á la verdad, ser hermosa sin afeytes, y triunfar sin padrinos. Si son mentiras mis proposiciones, por mas autoridades que cite, ni exemplos que amontone, siempre se quedarán mentiras, y habré gastado el tiempo inutilmente en publicarlas. Yo quando me propuse esta idéa, no intenté hacer ostentacion de erudíta con aglomerar similes, traer exemplares, ni citar Autores. Bien sabe el docto, que esto

es

es pequeño trabajo; pues hay tantos *Indices generales*, *Diccionarios*, *Repertorios*, *Anotaciones*, y *Escolios*, que á la pequeña fatiga de registrar sus Abecedarios, hallaría minas abundantes de esta superficial erudicion: fué y es mi principal objeto atraer los entendimientos con la verdad desnuda, no entretenerlos con fingidas apariencias; que el génio tetrico de una *Pensadora*, mejor se dexa llevar del entusiasmo para convencer, que de los adornos para agradar. Vamos al asunto.

Què descuidada, y sin zozobra pasa los rigores del erizado Invierno la prudente hormiga en las estrechezes de su cuevecilla; enterrada se mira, pero se halla abundante; porque en el tiempo de su felicidad, no solo fueron sus ansias los gozos presentes, llama-

maron su atencion las futuras escasezes; y previniendose discreta, nada le falta, siendo todo regalo su retiro. En este no despreciable animalito pudieran aprender á vivir quantos desgraciados de ambos sexôs andan por esas calles oprimidos de la ultima miseria, siendo el cansancio importuno de muchos, y ocasiones virtuosas de pocos; y no se vieran á cada paso tantas infelices viudas que fundan su corto alimento en el penoso sonrojo de buscarle de puerta en puerta; ni tantos ancianos que, en la mas estrecha angustia de la escaséz, buscan el pan con doble sudor de su rostro; sudan en adquirirle mendigando; y sudan con la verguenza de haberle de procurar pidiendo. ¡O què desgracia! ¡Que suerte tan infelíz! ¡Pero què locura! Son estos en-

ten-

tendimientos mas estupidos que el de una hormiga ; pues en el verano de sus abundancias: no hicieron un recuerdo para el Invierno de la necesidad; todo lo disiparon, y en necias, y delinqüentes prodigalidades consumieron, ó los intereses de su industria, ó los de sus patrimonios: siendo de sí mismos los mas crueles enemigos, y la desolacion mas lastimosa de sus casas.

Este abuso, ó ciega preocupacion de los corazones arrastra infelizmente á todos aquellos que, no contentos con su suerte, hacen esfuerzos extraordinarios para igualarse á otros mayores; y como violentan las facultades de sus posibles, se precipitan ignorantes quanto mas procuran ensalzarse: son ranas jactanciosas que, hinchandose sobervias por conseguir

un imposible, rebientan en el empeño, y mueren para el contento al golpe de su altanería. Es hijo este defecto del demasiado amor propio con que nos estimamos; pues queriendo no parecer menos que aquellos á quienes la fortuna, ó sus méritos ha elevado sobre nosotros, nos arruínamos infelizmente por imitarles; y todos estos lucimientos como no medidos con nuestras fuerzas, son momentaneos y poco existentes, adquiriendo por este medio el desprecio y la risa de los que miran nuestras locuras.

¿No sé, como no se mueven los hombres á formar escarmientos de tantos exemplares como todos los dias se les presentan; ni como no les pone temor y recelo el ver á otros que han llegado á las fatigas de la hambre, y á las

penas

penas del desprecio por el mismo camino que ellos corren desprevenidos? Parece incurable la dolencia; pues los fieros syntomas de este achaque se resisten tenaces á lo prudente del remedio: está radicado el mal en nuestros corazones: y mientras no arrojémos con violencia lo extraño de estas idéas, ni tendrán fuerza los especificos de la razon, ni se minorarán los accidentes desgraciados.

Pero en quien tiene mas tirano imperio este abuso es en las damas, pues naturalmente inclinadas al fausto y lucimiento, arrastran, y atopellan con sus antojos su descanso la fortuna de sus maridos, y las esperanzas de sus hijos; disipando á impulsos de su vanidad en poco tiempo aquellos medios que habian de ser su decencia toda la vida. ¡Con què empeño deséa

una

una muger, cuyo caudal no llega á mediano, el igualarse, y aun exceder en galas, modas, y diversiones á la mas ricas! ¡Y què de medios usa dentro de su casa por usurpar del marído lo necesario para sus desperdicios! Todas lo saben muy bien; y yo no lo ignoro; pues hay quien por comprar un abanico de moda, sin necesitarle, una bata, &c. malvarata muchas cosas para poder conseguirlo, que son, ó precisos muebles, ó prevenidos alimentos de sus casas: bien conozcen digo la verdad, y si quieren negarlo; Gitanas hay en Cadiz, que complices de estos ocultos negocios, sirven de corredoras de estas ilicitas ventas; y las que saben hacer que un marido compre una alhaja dos, ò tres veces, para que la señora de casa tenga adornos

nos que no la competen. De estas repetidas pérdidas y continuos desperdicios que les parecen nada se originan los empeños, las deudas que no se pagan; y por fin se hallan quando menos lo esperan, en una viudéz pobre, abatida y miserable, pagando entre desdichas y miserias las locuras de sus profusiones, y las deudas que originaron con sus extravagancias. Raro será el que esto lea, que no pueda señalar media docena de estas viudas, que quando tenian, ó vivia quien ganaba, triunfaban y gastaban; y hoy miseramente se vén precisadas á servir de estorbo en las casas, y á sufrir mil desprecios de todos.

Pero lo odioso de este abuso no consiste en las inadvertencias de la mocedad; defectos son, pero de gente inconsiderada por los pocos

cos años: lo indigno de él se mira, en que estas mismas, que con su poco juício fueron motivo de la ruina de su casa; hoy que en edad desengañada viven en ocasion de mostrarse arrepentidas, de nada estan mas lejos; pues siempre hinchadas con la memoria de sus grandezas, no solamente las recorren para aborrecerlas, sino que continuamente están haciendo ostentacion de ellas para amarlas: pues ya que no pueden en el efecto usar de sus prodigalidades, se muestran deseosas de repetir aquellos desordenes si pudieran; dando con esto un exemplo perjudicial á las jovenes que las oyen, para que practiquen lo mismo, y arruínen á sus maridos como ellas lo executaron. Se desvela uno de estos en el manejo de sus negocios, exponiendo su salud y sosiego para

ra el decente porte de su familia; pero la muger envanecida con álgunos prospéros sucesos en los intereses de su casa, funda torres de viento, eleva castillos de sobervia, y haciendo dispendios extraordinarios fuera de los terminos de sus posibles, despues de malgastar los laboriosos efectos del sudor de su marido, le imposibilita con los atrasos que causa, para que en adelante se le proporcionen ocasiones de sus aumentos; y el infelíz en pena de su ignorante condescendencia es la triste victima inmolada en las infames aras de la vanidad.

¿Pero quien se admira? Si los hombres que saben las fatigas y cuidados que cuesta la adquisicion de lo necesario para la vida, son comunes y freqüentes exemplos que nos enseñan los medios mas con-

conducentes para apurar crecidos intereses. Muchos se quexarán de los gastos causados por sus mugeres como principios de sus desgracias; y no echarán de ver los suyos tan mal consumidos y con tanta profusion derramados. ¿Què importará arriesguen sus vidas en un leño, expuestos á los mayores peligros; si apenas principian á coger el fruto de sus trabajos, quando se dán tanta priesa á gastar, que parece que se les vá á finalizar la vida, y que ambiciosos quieren en pocos meses disfrutar lo de muchos años? Está este abuso tan introducido, que con la misma satisfaccion refiere uno de mediano caudal el importe excesivo de una comida que ha dado á sus amigos, como si tuviera para soportarla los fondos precisos á este gasto: y no sé como no se corren

de

de esto que hacen y dicen; pues reflexionadas estas locuras, aunque mas se utilizan de ellas, las murmuran, motejan, y hacen causa de su desprecio: estos medios que á muchos les parece son conducentes para aumentar sus creditos, sirven solo de aniquilar los caudales, y de aventurar su opinion con los amigos que les favorecen.

Ninguna cosa está mas fundada sobre la buena fé, y fama de los hombres que el reciproco comercio, pues es bastante la posesion sola de un honrado proceder para atraer á su manejo los mayores intereses; logrando por este medio adquirir útiles correspondencias que fomentan al bien opinado, y muchas veces lo que no consigue un rico que se sabe es pródigo, mira á su disposicion

un principiante que tiene de su parte la notoriedad de su acertada conducta; por cuya causa ningunos están mas obligados á la regularidad de su porte, ni á la moderacion de los gastos, que aquellos que dependen sus manejos y utilidad de agenas voluntades; pues tienen otros tantos testigos que velan sobre su proceder, quantos amigos viven interesados en sus dependencias: pero todo vá errado, nada de esto se reflexìona. Apenas se han juntado algunos miles, quando como si fueran enemigos de su vida, procuran echarlos y arrojarlos de casa, cambiandolos ignorantemente por los escasos lucimientos de quatro dias; sujetandose el resto de la vida á mil necesidades, y á pasar una vejez lastimosa. No piensen que es ponderacion, que asi sucede;

por-

porque como los gastos irregulares llamaron las atenciones de los correspondientes, y notaron la prisa que se daban á lucir y triunfar; improvisamante les piden sus creditos, y por no arriesgarlo todo se contentan con lo que encuentran, y nuestros generosos manirrotos se hallan sin lo ageno, sin lo suyo, y sin credito para entablar nuevas dependencias; con que de esta manera se atrazan infelizmente, y faltandoles el lucido porte, y el cebo para los amigos, se quedan solos á llorar sus desordenes; y entonces; aunque conocen sus descuidos, los sienten; pero mas sienten el no poder proseguir en sus extravagancias; pues por este amor desordenado á la obstentacion, tal vez despues se arrojan á delitos, que infelizmente los conducen á ser pú-

blicos exemplares de los demás.

La continua exclamacion de mis Conciudadanos con que pretenden elevar las grandezas de Cadiz sobre el resto del mundo, es ponderar lo brillante de los trages y del comun sobre-saliente adorno, aun de la infima plebe: es éste el argumento demostrativo (á su parecer sin replica) para probar que es la mas rica, mas opulenta, y abundante del Orbe; y que sus moradores son los mas acaudalados, y los que logran, y poseen los apetecidos bienes de la fortùna: pero á la verdad, nada excita mas mi compasion ni me aflige, que esta uniformidad de galas, ni este empeño odioso por excederse de aquellas reglas á que cada uno está obligado, por su estado, y por sus posibles. En cada uno de los que miro haciendo

figu-

figura en los sitios públicos, y representando distinto papel, que el que les compete, diviso con harto dolor aquellos mismos que despues han de buscar los sagrados, han de gemir en las prisiones, han de ocupar las Porterías de los Conventos, y han de morir en los Hospitales: no son estos temores efecto de mal fundadas cabilaciones; son en realidad precisas conseqüencias de tales desordenes; y no me arguirán de triste en mis reflexiones, si cada uno vuelve la vista por los que hoy padecen estos trabajos, y trae á la memoria aquellos tiempos en que estos mismos infelices llenaban esos paséos con el pomposo fausto de su fingida grandeza: y á excepcion de algunos que viven sobre lo sólido de sus fondos, de su nacimiento; ó de sus Patrimonios,

nios, todos los demás me parece los veo caminar rapidamente á ser objetos de la lastima, en la triste penalidad de su merecida miseria. ¡Pero què exceptúo! Si el daño es tan general, que á medida de las posesiones se aumentan los excesos, y tocados todos de esta lastimosa demencia, parece apuestan á ser desperdiciados, y á emplear en inutiles profusiones, ó el bien cuidado sudor de sus mayores, ò los estimables efectos de sus industrias.

Si los trabajos, y desgracias originados de estos desordenes, se mirasen solamente en aquellos, ó aquellas que dieron suficiente motivo para adquirirlos, darían compasion, es verdad; pero vér que los infaustos fines de estos principios comprehendan á sus familias, á sus tiernos hijos é hijas, es un do-

dolor que nunca será bastantemente ponderado. En nada menos piensan estos inadvertidos pródigos que en educar á sus hijos en las reglas de la razon y prudencia: antes por el contrario, desde su puericia los acostumbran y crian en la delicadeza, en el regalo, y la profusion, sin enseñarles otras maxîmas para buscar la vida, que el bayle, los instrumentos, las diversiones, afeminando sus corazones, y apartandolos del amor industrioso á saber vivir. Cae precipitada al golpe inevitable de sus gastos la aparente torre de su grandeza, y sorprehendidos aquellos tiernos animos de la inesperada desgracia, vacilan inexpertos sin saber què medios elegir para su alivio: todo quanto se les propone como descanso, atormenta la alta vani-

dad en que están criados, y primero quieren morir á manos de la hambre, que baxar un punto de aquella elevacion en que sus padres les pusieron: á nada se acomodan; la lastima es que para nada son buenos; y creciendo á expensas de su arruinada casa mientras viven sus padres, quedan por su falta sin aquel, aunque pequeño arrimo, expuestos á todo genero de vicios, y huyendo siempre del virtuoso trabajo para alimentarse. ¡O què ruínas tan lastimosas! ¡Y, ó què infelices efectos de una locura!

Pero quien mas experimentan los crueles rigores de este abuso, son las pobres hijas, pues mas expuestas, y con menos proporciones para vivir, se miran las mas veces lamentable objeto de las inconstancias de la fortuna, la que las lle-

lleva infelizmente al total abandono de la desgracia: por estas causas se vén tantas mugeres bien criadas, siendo el desprecio de todos, y buscando lo preciso para la vida, á costa de la infausta muerte del honor; pues educadas con regalo, y entre tantas diversiones hacen materia de estado aquel lucimiento, y faltando intereses que le conserven, libran lastimosamente contra sus mismos creditos, y pagan con pérdidas considerables, la manutencion de aquellos falsos oropeles

No dudo replicarán muchos, que la decencia, y honrada ostentacion, son las mas veces médio oportuno para el aumento de los intereses, y la maxima mas proporcionada para adquirirse amigos utiles, y decentes; con cuyas amistosas alianzas se aumentan las correspondencias

respondencias, crece el crédito, y se proyectan expediciones grandes, cuyo manejo pone en la posesion de mayores fondos. No hay duda: yo tambien soy de este mismo parecer: pero se deberá advertir, que por decencia y honrada ostentacion, se ha de entender todo aquello que no desdice del sugeto que lo practíca, y que en su exêcucion proporciona los empeños con sus fuerzas; y entonces asi arreglado, logrará en felices efectos el premio de su prudencia: pero querer llamar precisa decencia y honrada ostentacion tantos excesos como se advierten cada dia en los trages y faustos de las familias, quando estos solo son pasageros resplandores, que parecen exâlaciones que apenas se divisan quando se esconden; es procurar cubrir con capa de virtud una ac-

cion defectuosa y delinqüente: porque ¿cómo podrán disimular ni ocultar la injusticia que hacen á sus hijos, y á si mesmos, quando, por dar á extraños, y parecer mas de lo que son, destruyen aquellos bienes que habian de ser la esperanza de su vejez, y el adelantamiento de su descendencia? Ciertamente que es una usurpacion que les hacen los padres de familias de aquellos caudales, que si no los gastáran infructuosamente, ayudarían á sus establecimientos, y los apartaría de las mas infelices ocasiones de su ruina. ¡Pero què desgracia! De nada están mas lexos los padres y las madres que de este cuidado; pues en proporcionando lo preciso, y aun lo superabundante para el fausto, el luxô, y los pasèos al campo, donde se consume tanto inutilmente; to-

do lo demás se olvida; y solo se piensa en representar un papel de esplendor en el teatro del mundo, que apenas dura en el corto espacio de una escena: pues como no son verdaderos personages en lo que aparentan, á la primer mutacion en que la fortuna corre los bastidores, se hallan desnudos, sin destino, y confundidos con el infimo pueblo; desde cuya baxeza satirizando á los que les suceden en sus extravagancias, y despedazandose el corazon con una infernal embidia, acaban infelizmente su papel entre los lastimosos ayes de sus penas. Desengañemonos de este infame, y peligroso abuso, y formemos una vez discursos sólidos sobre el verdadero fondo de nuestras utilidades: no demos lugar á que la miseria vergonzosa, y desprecio cruel de los amigos,

sean

sean nuestros maestros para saber discurrir (aunque tarde) en lo perteneciente á nuestro propio estado y conveniencia; que en este lastimoso caso el conocimiento de lo ya delinquido, será el mas impio verdugo de nuestros yerros.



PENSAMIENTO XI.

TEMEROSA tòmo esta vez la pluma, pues me veo en la precision de emplearla en dirigir una súplica á quien (sin duda) discurro tan lejos de concederla; pero ¿què he de hacer? Paciencia. No hay otro remedio para libertarme de unos contrarios, que me ha adquirido el favor de mis lectores; pues procurando elevar mis producciones al alto grado de benemeritas; involuntariamente las han precipitado al desprecio de aquellos mismos que mas las celebran: es el caso, Señores mios, que Vms. con la porfiada curiosidad por conocerme, han variado tantas idéas sobre el Autor, ó Autora de esta

Obri-

Obrilla, que quando pensaban acertar atribuyendo este trabajo á unos sugetos tan eruditamente instruidos, que son el embeleso de toda conversacion; entonces ha sido, quando mas han errado el pensamiento. Gozaba con bastante satisfaccion mia el aplauso de estos doctos; pues era una prueba del acierto la aceptacion benigna con que leían mis borrones: ¡pero què desgracia! Apenas se vén ofendidos altamente con la sospecha de que son los que tan mal piensan, quando trocando en odio aquellas antiguas piedades, no solo no admiten con cariño estos discursillos, sino que empeñados en desterrarlos del mundo, se ponen muy de espacio á despreciarlos y vestirlos de las mayores faltas que se hallan en escritos: yá no son nerviosas sus reflexiones, sóli-

sólidas sus idèas, ni utiles sus asuntos: todo lastimosamente se ha trocado, y donde había que admirar, solo se encuentra que reír: los discursos son languidos, los chistes frialdades, y los objetos odiosos; de modo que á la *pobre Pensadora* se le acabó la mina, se le secó la afluencia, y se le obscureció el numen. ¿Vèn Vms. Lectores mios, el daño que me han hecho con querer *autorizar* tan altamente mis *Pensamientos*? ¿No les parece á Vms. que tengo bastante causa para suplicarles que no inquieran ni soliciten mas noticias de mí; pues todo es inutil, y han errado el camino de encontrarme? Discurro que no serán fuera de tiempo mis ruegos, quando se dirigen á solicitar de todos, no agravien á hombres tan grandes por su ciencia, con atribuirles estas fruslerías;

por-

porque estos mismos, como se miran sin objeto para tomar la satisfaccion de esta tan indigna impostura, cargan los efectos de su justo enojo sobre mis *Discursos*, pagando estos pobrecitos inocentes lo que no merecen por su buena intencion. Valga la piedad: y si alguno me buscase, yá saben estoy desterrada al *Hospicio*, donde el *verdadero honor* de mi estado me tiene defendida y custodiada de quantos Zoylos, y Aristarcos ha producido la embidia, sin que tenga que hacer para esto mi sufrimiento; pues toda la costa la pone mi paciencia.

El asunto de esta semana es uno de aquellos que mas freqüentemente se miran, y con menos reflexion se reparan, y de los que se originan tantos inconvenientes, quantas son las infelices que los

toleran; pues expuestas por el abandono voluntario de quien debía cuidarlas, muchas lastimosamente son victima de una desgracia, que nunca se hubiera atrevido á tocar sus umbrales, si aquel incauto que debía mirar por alexarse no la hubiera atrahido con su descuido. Nada mas freqüentemente se escucha que ausencias de maridos á las mayores distancias de la tierra, donde van con la misma satisfaccion que si todas sus obligaciones las llevasen en la faltriquera. Me admira grandemente el ver con la serenidad que un hombre á quien su primera obligacion es el cuidado de su casa, de su familia, y de su honor, emprende un viage á la America por tres, ó quatro años, y las mas veces muchos mas, sin reflexionar lo que aventura, y pierde, aunque mucho

gane en èl. No sé còmo tienen valor para arriesgar los intereses propios de su estado, de su sangre, y de sí mismos por adquirir unos caudales, que tal vez le cuestan su sosiego, la decadencia de su familia, y el menoscabo de su estimacion, causado todo por una ausencia que pudieran escusar, si fueran verdaderos amantes de sus mas importantes intereses. ¡Pero ó locura de la vanidad, que haces, que á este indigno idolo que nos usurpa la razon, se sacrifiquen todos los dias gustosamente la estimacion, el buen juicio, y todo quanto debe idolatrar el que se precia de hombre de bien!

No es mi animo incluir en este asunto aquellos sugetos que por sus empleos se hallan constituidos en la precisa obligacion de hacer ausencias largas de sus casas: á

estos venéro con las mayores veras, porque los discurro martires de dos obligaciones, una que los manda detener, y otra que los precisa á caminar; á quienes imagino de corazones magnanimos, pues anteponen los intereses agenos á los bienes propios; y son por lo comun los mas bien afortunados en premio de lo recto de sus determinaciones. Hablo sí con dos generos de gentes, unos que teniendo arbitrios, ó fondos suficientes para pasar una vida honesta y descansada, el ansia de adquirir para las profusiones, y dispendios, los entorpece la razon, y los saca de sus casas á las mayores distancias sin el menor sobresalto: y los otros á quienes su pobreza, ó su desidia, por no sujetarse á buscar el alimento con fatiga, los arrojan de su tierra, exponiendose á mil

trabajos, y dexando aventuradas y sujetas á una necesidad extrema á sus pobres mugeres é hijas; no quedandoles mas fondos para mantenerse que la cortedad de sus industrias, ò lastimosamente la infelíz ocasion de una maldad. Estos son los que mueven mi pluma, á la que quisiera teñir de los mas vivos colores, para saber pintar con la mayor propiedad los riesgos á que se exponen los desprevenidos, que *sin necesidad urgente* hacen estas dilatadas ausencias. Pero, ¡ó què dolor! Si casi llegan á mis oidos las risas que han de dar estos inadvertidos al leer mis reflexìones, tratandome de temeraria, mal acondicionada, y pusilanime!

¿Còmo podrá formar una justa quexa contra su infelicidad aquel ambicioso que sin màs objeto, que

amontonar superfluidades, y sin necesidad que le obligue, dexa su casa, y emprende un viage tan arriesgado, y tan incierto de su regreso? ¡Si no obstante los cien ojos de la mas cuidadosa vigilancia hay mercurios atrevidos que saben adormecer el desvelo mas despierto, y robar la prenda mas sagrada de la estimacion! ¿Què podrán prometerse los que insensibles á los virtuosos impulsos de los mas fundados temores, atropellan por todo, y dexan sus obligaciones fiadas á la soledad mas ocasionada? *Señora Pensadora*, Vm. es muy funesta en sus discursos (dirán los mas) yo dexo para la asistencia de mi casa sobradamente lo necesario, no se conocerá mi falta en esta ausencia, todo le sobrará á mi Familia para su regalo, y descanso. No le sobrará todo,

Señores mios, le faltará lo principal, la cabeza que gobierne; la industria que dirija, y el temor que contenga: la sombra de un marido en su casa es el mayor caudal que la enriquece, y el remedio mas eficaz contra los accidentes desgraciados: ¿què importará sóbre todo lo superfluo, si falta lo necesario? ¡O què de fortalezas se miran desgraciadamente arruinadas á los combates de una porfia por falta de un gefe que las gobierne! Todas quantas precauciones se discurren para evitar el peligro, son inutiles si en la ocasion de una sorpresa no hay quien véle para contrarrestar las osadías: todos duermen en la ausencia, y solo velan las traiciones, las perfidias, y los engaños; siendo traidoras armas contra sus dueños los mismos que debian ser centinelas para

ra su defensa. ¿Si el principal interesado, y á quien mas en el corazon debe herir el golpe de la fatalidad, se descuida, se alexa, y se entretiene en otros cuidados; como este mismo pretende que otros que nada les vá en su fortuna, se entreguen al cuidado de preservarla ilesa, quando tal vez fundan sus intereses en su ruína? ¡O què ignorancia tan comunmente recibida!

Pero si estos son aquellos que algun tanto prevenidos dexan fondos suficientes para el alimento de sus casas. ¿Què les sucederá á los que atropellados por la desgracia, discurriendo evitar sus tristes conseqüencias dando de mano á sus obligaciones, y dexandolas expuestas á las mayores necesidades, se ausentan, y se entretienen en la solicitud del oro que tanto los ciega?

ga?

ga? Poca eloqüencia se necesita para demostrar bastantemente los precisos fines de esta locura; y será forzoso para que no se verifiquen estas infelices conseqüencias, que un milagro contenga en lo recto aquellos corazones tan expuestos al peligro. Si reflexionáramos en los motivos que á unos y otros les mueve á solicitar tales viages, hallaríamos nuevas causas para alargar este discurso. No puede blasonar de verdadero amante de su muger el que voluntariamente se aparta de su lado para divertirse en otras idéas contrarias á la principal obligacion de un matrimonio; ni podrá jamás hacer alarde de buen marido, quando con tan poco recelo expone á la pérdida de su honor la causa de su mayor estimacion. No me arguyan con que es ofender con estas descon-

fian-

fianzas la fidelidad de las mugeres: en nada menos pienso; soy muy interesada en su opinion: antes por el contrario, estas mismas reflexìones elevan su mérito hasta la cumbre: pues como á todas las discurro cuidadosas de su estimacion, me quexo en nombre de todas, de este infeliz abandono con que los hombres dan lugar á las mas cautas para los acasos de un precipicio: ¿Pues quièn habrá que blasone seguridades en medio de las inconstancias del golfo? ¿O què ignorante se alabará de invencible rodeado de enemigos y sin armas para defenderse?

Es hijo este Pensamienso de las reflexìones de mi noveno discurso; pues si allí rebato el odioso abuso de hablar mal de nosotras; aqui me empeño en ponderar mas este delinqüente atrevimiento: porque:

no sé còmo se atreven los hombres á insultarnos y satirizarnos, quando ellos mismos son las mas veces la causa de nuestros desordenes. Y si no, digame el mas desapasionado, ¿quantos son los que viven en las dos Americas, que en nada menos piensan que en el cuidado de sus mugeres; antes entregados neciamente á la ostentacion, al juego, y á otras mas delinqüentes diversiones, se burlan de las lastimosas cartas de sus pobres mugeres, y en un irracional olvido, viven como si no tuvieran honor de quien cuidar; ó este ruinmente le posponen á la desconcertada pasion de sus preocupaciones. ¡O ambicion, y como infelizmente te haces dueño de los corazones de los hombres trocandolos en fieras! Pero digo mal: que las mismas fieras los enseñan el modo

mas propio de cuidar de sus obligaciones; pues estas se exponen casi siempre á los mayores peligros de perder la vida por defender su compañera y libertarla de todo lo que le puede ser perjudicial.

Pero lo que algunas veces me hace reir, y me obliga á burlarme interiormente, es vér á muchos de estos viageros ignorantes, que habiendo tenido paciencia, quietud, y aun olvido, para vivir seis, ocho, ó mas años, dos, ó tres mil leguas apartados del cuidado de sus casas; y muchas veces sin haber mandado medio real para su socorro; vienen despues de tanto tiempo, y muy preciados de honrados y cuidadosos de su estimacion, encierran sus mugeres, las zelan neciamente, y aparentan un empeño grande por la conserva-

cion de su honor; y esto suele ser con tan ignorante prolixidad, que en lugar de causar alegria, paz y quietud en sus casas; fomentan disensiones, levantan quimeras, y por qualquier sombra que imaginen, hacen de los escrupulosos, y mortifican á las pobres infelices. ¿No es ésta una extravagancia digna de todo desprecio? ¡Que haya hombres en el mundo tan necios, que despues que voluntariamente descuidaron por tan largo tiempo de su primera obligacion, se vengan luego con la gracia de ser zelosos de lo mismo que abandonaron gustosamente! Riamonos todos que esto no merece otra ponderacion. De estos efectos se infiere claramente, que nunca formaron una racional confianza sobre el proceder de sus esposas, y que quando emprendieron el viage, se

antepuso en su estimacion el ansia de acaudalar al cuidado de su honor; porque nunca podrán alegar, que quando vivieron tanto tiempo ausentes, les alentaba la honradez de sus esposas, è hijas; pues á estas mismas, estando presentes las zelan, desconfian de ellas, y las apartan de todo trato politico, temerosos (fuera de tiempo) de un riesgo que en otras ocasiones despreciaron.

¿No es asunto digno de lastima vèr á muchos, que teniendo en sus casas con su industria, ó empléo lo preciso para su estado, todo lo dexan, y haciendo esfuerzos fuera de sus posibles, por juntar un principal sobre que levantar las torres de su ambicion, se arrojan á esos mares, y muchas veces en un triste naufragio, pierden todas sus esperanzas, y tal vez la vida; de-

dexando pobres y viudas á sus mugeres, sin mas amparo que la corta produccion de su aguja? Cierto que es una extraña locura digna de la mas seria reflexîon; pues estos hombres que la fortuna los habia puesto, ò les habia proporcionado en un modo capaz de mantener sus obligaciones; llevados de las ambiciosas idéas de ser ricos, desprecian estas ciertas y seguras posesiones, por aquellas dudosas y contingentes esperanzas, que las mas veces se desvanecen como humo, ó no se consiguen por dificiles; siendo por esta causa el motivo principal de la ruína de sus familias, y de la pérdida de su credito.

No dudo que muchas de las de mi Sexô desean con vivas ansias, que sus maridos hagan viages, aunque sean dilatados, y las mas ve-

ces

ces los incitan á ellos, porque á su vuelta esperan conseguir los medios para sus vanidades; y no digo mal; pues para lo honesto y preciso sin Indias se consigue; pues solo un desordenado deseo de lucir y brillar, las hace ser crueles consigo mismas, exponiendo la causa de su quietud á las incertidumbres de unos viages tan remotos; manifestando en estos deseos lo poco que estiman á sus maridos; por eso, á estas no las tengo lastima, pues ellas mismas se labran su desdicha.

Son tantas las infelices consequencias que se siguen de la freqüencia de estos viages, que si de proposito me pusiera á referirlas, antes de conseguirlo me faltára papel y paciencia para anotarlas; pero no dexaré de tocar algunas de paso para dar motivo á mis lectores,

res á que reflexionen en las demás. Es la ausencia el mayor enemigo de una amorosa llama, y la que sabe hacer que unos ojos apasionados miren, despues que ha pasado por ellos, con menos preocupacion el objeto amado: el trato continuo es aquel que las mayores fealdades hace tolerables, y el que se hace desentendido á los mas visibles defectos por la costumbre de mirarlos siempre: esto supuesto, ¡ quantos Matrimonios que antes se estimaban y correspondian, al verse despues de una larga ausencia, como se halla la pasion mas tibia, divisan claramente aquellos defectos que antes no encontraban, y quando se esperaba que se aumentase el cariño, es quando se disminuye sensiblemente, y pára en odios, que las mas veces duran con la vida!

Muchos son los que habiendo dexado mugeres mozas, y bien parecidas, con el dolor de la ausencia, y lo mas cierto, con las necesidades que han padecido, se han desfigurado notablemente; de modo que, quando la ignorancia de estos discurria hallar aquella hermosura que abandonó, solo encuentra una muger á quien los trabajos y las necesidades en pocos años han robado la primavera, y el verano de su gentileza: y ya en el otoño de su atractivo les es notablemente desagradable; y como por el contrario nuestros navegantes se han regalado, divertido, y cuidado con abundancia; y lo mas cierto sin ningun cuidado, vuelven mozos, robustos, y bien parecidos; y les pesa sobre manera tener á su lado tal compañia; de pesarles principian las

desa-

desazones, de aqui el distraherse; y en pesadumbres, y en crueles zelos recibe aquella pobre las abundancias que esperaba con la venida de su marido: y estos Matrimonios que antes del viage eran embidiados de todos, despues son causa de la lastima y compasion de quantos los conocen.

Los hijos que deben ser siempre el principal cuidado de los padres para educarlos y dirigirlos por los caminos proporcionados á sus adelantamientos, son á los que no les toca pequeña parte de estas desdichas; pues criados con solo el cuidado de una afligida muger, que lo mas del tiempo le ocupa en sentir la ausencia de su marido, y en llorar su olvido; crecen entregados á todo genero de libertad; y como no han tenido quando pequeños quien los guie

con rigor y doctrina, aunque el padre á su vuelta quiera corregirlos, los halla ya duros, y casi siempre es su trabajo inutil; y no pocas veces son ellos mismos la causa de que coja en pesares lo que habia de poseer en gustos, si no hubiera salido de su casa; pues como han tratado poco á quien les ha dado el sér, no le tienen aquel amor y respeto debido á un padre, y solo piensan en disfrutar lo que pueden; ò en alejarse por huir de la sujecion á que no estaban acostumbrados, exponiendose como mozos, y mal criados á ser tristes objetos de una desgracia.

Esto les sucede á aquellos que dexaron mugeres honradas y juiciosas, que fueron felices en su ausencia: ¡pero quantas novedades hallará el que por su culpa se vé confundido en el numero de los des-

desgraciados! Bien podrá ostentar lucimientos, hacer dispendios, y ser el objeto de todos; ¡pero què lastimoso objeto! todo el aparato con que se manifieste al Público, será una campanilla que vaya llamando á todos los mordaces del pueblo para que le motejen; y aquellos resplandores de su porte, serán las mejores luces para que se divisen sus desdichas. ¡O ambicion desordenada, hasta donde precipitas á los hombres!

No ignoro que la carrera de las Indias ha de ser precisamente freqüentada por hombres, y que estos no todos pueden ser solteros y libres; estoy hecha cargo de esta dificultad: pero quisiera que la freqüencia de estos viages en los ya ligados con los vinculos del Matrimonio, fuera mas rara, porque ¿què otra cosa se vé por esas

calles

calles que pobres abandonadas, buscando el pan pidiendo, ó con otros medios menos licitos? ¿No se sabe viven infinitas dentro de sus casas, padeciendo los mas tristes asaltos de la necesidad y de la perfidia, que como mugeres de mayor estimacion, son mas crecidas sus urgencias, y por consiguiente su estrechez? ¡O, y què combates tan recios sufrirán estas desgraciadas al verse casi espirar al rigoroso cuchillo de la hambre!

¡O Señores, y como era razon que una vez reflexîonasen con madurez sobre este particular, y considerasen sériamente sobre las ocasiones á que exponen sus familias! Sè ciertamente que aquel entendimiento poseído de la razon y desinteres que se páre un poco sobre este discurso, que se verá muy lejos de apetecer estos viages co-

mo contrarios á su quietud y buena opinion; pues desengañado felizmente, conocerá que su presencia, y los tales quales medios, hijos legitimos de su industria, podrá mantener su casa, arreglada su familia, y cuidado su honor: no será rico, es verdad, pero será dichoso y felíz en su estado: no poseerá abundancias, ni se verá lisonjeado, pero tampoco tendrá desgracias, ni será motejado: pobre será, pero alegre; pues la felíz posesion del amor de su muger, el cariño de sus bien educados hijos, y la dulce esperanza en sus virtudes de sus adelantamientos, serán otras tantas flotas que llenen los vacíos de su corazon, sin dexar lugar al indigno interés para que le arrastre infelizmente á ser la triste causa de su ruina.

✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳✳

ADVERTENCIA.

En el suplemento de la Gazeta de Martes 13. de Septiembre se publíca, sin mi noticia, esta obra impresa en Madrid; aumentando la circunstancia, de que son *Pensamientos sobre el Pensador de Madrid*; y esta es una impostura que me suponen; pues como saben todos, de nada estoy mas lejos que de impugnarle, ni de discurrir sobre lo que tiene escrito: venéro su opinion, y critica por la mas juíciosa.

PENSAMIENTO XII.

POR mas que se desvele la mordacidad en tirarme tajos y rebezes, estoy muy segura de que me hiera su intencion; pues defendida con el invencible escudo de la verdad, á poca diligencia mia quedarán burlados sus esfuerzos: bien podrá este, ó aquel génio escrupuloso hallar en mis escritos algun motivo para hacerle objeto de su critica; no lo dudo; no soy tan vana que esté tan pegada de mi pluma: leerá descuidos puestos en el papel, mas por efecto de una inadvertencia, que por causa de malicia: soy sola para escribir, y sola para enmendar; porque el ansia de hacer mi secre-

secreto impenetrable, me tiene ceñida á sola mi consulta; y como ésta es de parte tan propinqua, se mira algo apasionada por mis producciones, y como lee con los ojos del afecto, no percibe muchas veces los descuidos de la pluma: pero ésto solo se deberá entender en el modo, no en los objetos de mis *Pensamientos*; porque estos son tan racionales, y tan unidos con la misma verdad, que si alguno se empeñase en impugnar lo que defiendo, se vería precisado á formar un alegato en favor del *vicio*, la *mentira*, y lo *indigno*; y en este caso su mismo esfuerzo por contradecir, sería la Apología mas sólida en mi defensa. No ignoro que hay *tapadas* de medio ojo, que con una impugnacion vergonzante andan por las plazas, las calles, los Conventos, y Es-

trados, pidiendo de limosna un poco de atencion á sus discursos. ¡Pero què discursos, quando tanto se ocultan! Què cosa es impugnar, y con què poca costa de trabajo se hacen *papelones*: esto no pide *ingenio*, *estudio*, ó *ciencia*; de qualquier pelillo se agarran, y como muerdan mas que no aprieten: de esta manera atolondran los ignorantes, pasan plaza de erudítos, y aunque sea á costa del credito del mismo que impugnan, no se detienen; representen el papel de entendidos, que todo lo demás es como sus escritos, frioleras, y venialidades; porque no son proximos, y asi se les ha de dar hasta la pared de enfrente: pero me sirve de consuelo (aunque no me inquietan estas noticias) que por mas que satirizen, se hallarán sin objeto que despedazar, pues
mi

mi secreto no llega á tres, y estoy muy segura del segundo: ahora he sabido que está la sospecha por sugeto mas baxo; ¡què gusto quando un secreto está bien guardado! Este será el asunto.

Es el secreto, aquella señal inseparable de todo hombre juícioso, y la prueba mas eficaz de su rectitud: no puede darse hombre cabal sin que sepa guardar secreto, y es el mas triste indicio de su ignorancia la poca reserva para encubrirle. Todos promiscuamente estamos obligados á poseer èsta hermosa prenda, y nadie podrá eximirse de esta obligacion, aunque se le ofrezcan los mayores intereses: es una de las partes mas principales que constituyen un hombre de bien; faltando esta, todo falta; pues nunca se dará bondad perfecta sin la mas exâcta integri-

tegridad de sus partes; porque basta para perder una cosa su perfeccion el menor defecto que se le note. A todos se les oye comunmente hacer alarde de hombres de bien, y que saben llenar todo el hueco de sus obligaciones; y á los mas se les advierte con mucha serenidad, y sin avergonzarse quebrantar un secreto, y faltar á una confianza: siendo esta la primera obligacion, y á la que se debe aspirar como precisa. A la deidad del secreto erigió Roma altares en la profundidad de los subterraneos, para que aun los cultos fuesen iguales á los preceptos de la Imagen: escondian en la tierra las adoraciones, porque siendo destinadas á un numen todo misterios, era preciso, que aun los sacrificios pareciesen enigmas: dando á entender en esto, que á solo

el

el nombre de secreto, le habian de servir de custodia los montes para que no se trasluciesen sus arcanos.

¡Con què facilidad uno preciado de docto, y de que sabe cumplir con su obligacion, descubre inmediatamente una confianza, que por amistad, ó precision se la ha confiado sin que se ponga el menor reparo del daño que se le puede seguir á su amigo! parece que oculta en el pecho algun aspid, y que quanto mas le detiene, mas expuesto está á sus furores; y como si procurára su mayor salud, busca otro á quien darle el mismo cuidado, haciendole noticioso de aquello que nada menos le importaba; volviendo de la conversacion muy contento como si descansára de una gran fatiga: este mismo á poco

rato

rato por la menor etiqueta ridicula, sacará la espada, se expondrá ignorante y muy preciado de hombre honrado, querrá hacer creer á todo el mundo que es el mas perfeto observador de las leyes del honor verdadero. ¡O què delirio, y què preocupacion tan vergonzosa!

¿Còmo se dispondrá para los empléos de las mayores confianzas de una Republica, aquel, que no sabe, ni puede guardar el secreto de un amigo? ¿Si en la cortedad y estrechez de su pecho no cabe la pequeñez de una confianza amistosa; còmo intentará éste ser elevado á aquellos empléos, cuyo manejo encierra la obligacion de los mayores y mas sagrados arcanos? Se hallará sofocado con tanto empeño, y como no acostumbrado en las cosas

me-

menudas, estará sin práctica para las grandes, y se verá desgraciada víctima de su misma ignorancia. Todas las conquistas, y grandezas de Roma fueron hijas del secreto inviolable que aquel respetable congreso guardó en sus resoluciones; eran muchos Senadores á oír, y por muchos siglos no hubo uno que se determinase á hablar; y asi aquel venerable cuerpo de hombres juiciosos y de sólidos entendimientos, logró con el imperio del Universo el premio debido á su heroico silencio: pero apenas elevaron á la dignidad de Togados á hombres no acostumbrados á guardar secreto, quando mudó semblante su fortuna, y fué arruinandose aquella grandeza al ruín impulso de las lenguas mas viles.

No sé còmo no se oculta en

lo mas escondido de la tierra aquel indigno, que facil en sus conversaciones, refiere sin reserva las noticias mas secretas, y á las que tiene mas obligacion de custodiar: es esta accion la mas ruin, mas despreciable, y mas ignorante de los hombres; y el que asi lo practíca merece ser tenido, y en efecto lo es, por el mas vil, el mas barbaro, y el mas intratable de todos; se debe huir de él como de una fiera, pues cruel con su honor, y con el ageno, debe solo ser habitador de los montes, y desterrado de la sociedad: son estos habladores como los sapos (sabandijas asquerosas) todas boca, y nada pecho, que apenas la abren quando se les registran los escondrijos mas ocultos de sus entrañas: y como á tales se les debe negar aun la cortesia menos po-
 litica:

litica: son peste causada por los indignos vapores de la vileza, que al menor contacto infeccionan á las confianzas mas robustas. ¡O perversidad de espiritus que no elevando sus discursos á lo sublime, se contentan como sabandijas en arrastrarse por las indignidades de lo delinquente!

Estaràn muchos creídos que, porque un secreto no sea contra el honor ó estimacion de quien le confia, que no están obligados á guardarle. ¡O què ignorancia! Todo hombre de bien, todo caballero, y todo bien educado tiene obligacion indispensable á reservar una confianza, aunque le parezca impertinente; ¿puede acaso saber los motivos de aquel que se la reserva? ¿No podrá ser que lo que á él le parezca inutil, para el otro sea una cosa de mucha im-

por-

portancia, y quizá y sin quizá lo que mas en toda su vida le pueda interesar? No tiene duda: ¿pues por què hemos de ser tan faciles en descubrir los secretos agenos, quando de su falta se le puede seguir al amigo, ó conocido tal vez algun grave daño? No hay replica; quien asi lo executa, ni será hombre de bien, ni caballero, ni parecerá bien educado, aunque se esfuerze neciamente por parecerlo todo: será como las estatuas que aparentan los mayores afectos del animo, y el interior todo es tosquedades, rudeza, é insensibilidad; sin que ninguno, aunque las mire llorar, ó reir, se persuada á que pueden reir, ô llorar.

Es la fidelidad aquel atractivo amable de la sociedad mas regulada, y la basa principal sobre que estriban los mayores progresos de

toda correspondencia: faltando esta, se destruye el trato civil y politico; y los hombres quedan expuestos á ser el objeto de las insidias, osadías, y traíciones; pues no teniendo una fè firme que los asegure en sus negocios, vendrá á ser la comunicacion de las gentes, no correspondencias racionales de hombres, y si acometimientos de fieras que se destruyen entre sí; de la fidelidad es la principal circunstancia el secreto; y si éste no se guarda, no existe la buena fé, se echa menos lo mas esencial para hacernos comunicables; porque aunque notámos freqüentemente en las tertulias, estrados, y conversaciones aspirar los hombres al trato sociable, en la practica de nada están mas lexos; pues tan facilmente, y tan sin pudor se niegan á lo mas preciso

ciso para conseguirlo. ¡Infelíz desgracia! ¡Que un requisito tan poco costoso para completar perfectamente el todo de nuestra principal obligacion, se abandone por el odioso abuso de una ruindad! ¡Què no se llegue á conocer el indigno nombre que adquiere entre las gentes aquel, que sin temor á su mismo daño, se precipita á faltar á la fé mas sagrada del secreto! Todos se quexan regularmente de esta falta de correspondencia en sus amigos; y lo peor es, que todos parece hacen empeño en ser los delinqüentes.

Es una prueba real de la mala inclinacion y escaséz de entendimiento en un sugeto, quando se le advierte propenso y facil para esta accion tan odiosa; porque antepone el ruin gusto de hablar, y descubrir lo que no le cabe en el

pecho al sagrado mas respetable de su obligacion. ¿ Còmo podrá ser de un genio amable, de un entendimiento sério, y de una amistad apetecible el que le falta resistencia para ocultar en el silencio lo que es importante á su amigo? No puede ser: es preciso que sea de un genio cruel, de un entendimiento estupido, y de una amistad aborrecible y traidora; pues, ó no le apiada, ó no conoce, ó le deleyta el ageno daño que de su necio hablar se origina casi siempre; estos hombres merecian habitar los montes, apartarlos de los manejos pùblicos; ó á lo menos ser conocidos de todos para que huyesen de ellos como tocados de la enfermedad mas pestilente; y en este caso serían las Ciudades el centro de la paz, la buena intencion, y la verdad.

Pien-

Piensan los mas que solo está obligado á guardar secreto aquel á quien se le hizo dueño de la confianza; y que todos aquellos que se inteligencian de lo ageno, ò por la infidelidad del primero, ó por otro qualquiera accidente, que no están comprehendidos en la misma obligacion: y este es un abuso tan malo como el primero. Todo hombre prudente, y que quiere proceder con rectitud, debe antes de hablar, premeditar, si de sus razones se le puede seguir daño á alguno para escusar con el silencio lo que tal vez despues no podrá remediar: esto se debe entender, quando una noticia, aunque haya pasado por tres ó quatro, todavia guarda la forma de secreto, que quando es pública por la repetida malevolencia de los noticiosos, yá es claro

no obliga; porque ya no es secreto, y entonces pierde el derecho de callarse. Tambien hay muchos que quebrantan el secreto, é incurren en este abuso, quando con una porfiada curiosidad procuran saber lo que alguno intenta ocultar por sus fines particulares; y asi todos los esfuerzos que ponen para conseguirlo, son otras tantas acciones viles é ignorantes que los coloca en el numero de los necios, y los alexa de tener el nombre de juíciosos, y hombres formales. Porque si Pedro oculta este, ó aquel particular que á tí te parece, no tiene motivo para callarlo; y tú por tu ruín curiosidad te desvelas en notar acciones, juntar descuidos, y hacer preguntas repentinas: ¿què otra cosa intentas, que descubrir el secreto ageno, que no puedes saber, lo

que

que le importará su silencio? Tan reo eres tú por tu impertinente curiosidad, como el otro á quien fiandoselo el mismo interesado le quebranta indignamente: no nos cansémos: de qualquier manera que se falte al sagrado silencio de la confianza, es una accion vil procedida de mala crianza, peor sangre, ó perversa inclinacion; y merece el dueño de ella el odioso titulo de *enemigo cruel de la Sociedad.*

Pero me dá risa quando veo á algunos que mas por vanidad que por amor á la virtud, hacen ostentacion de silenciosos, y pretenden que todos les dén muchas gracias, y les alaben porque saben guardar un secreto: ¡pretension ridicula! Es tan de esencia del hombre de bien ser silencioso y fiel á lo que le confian, que por su falta

mere-

merece el mayor desprecio, y por su observancia no es acreedor de las admiraciones que pretende; porque practica una accion que es casi el constitutivo de su rectitud. ¿Porque no fuera cosa de risa, el que un hombre hiciese ostentacion de tener ojos, manos, y pies, quando sin estas cosas, mas sería tronco informe, que figura de hombre perfecto? Pues asi el que guarda secreto, y cumple con esta precisa circunstancia hace lo que debe; pero executa una cosa que sin ella no fuera un hombre de bien; fuera un intratable, sería un tronco, en quien no tenía dominio el entendimiento: y asi haciendo lo que tanto le importa, alegrese; pero no espere agradecimiento ageno, pues todo el premio redunda en su beneficio. A este asunto dixo la juíciosa critica de un entendimien-

dimiento no vulgar, cuya opinion venéro muy gustosa: „ Què el „ hombre para guardar secreto, „ lo ha de executar sin violencia, „ porque es accion, en cuya prác- „ tica él es el principal interesa- „ do; y se ha de mover á hacer- „ lo asi, mas por el amor á la rec- „ titud del bien obrar que al pro- „ vecho que se le sigue al proxí- „ mo; porque esto es accesorio, y „ aquello principal.

¿ Pero si tan mal óbra el que es infiel á lo que se le confia, quanto delinquirá aquel inconsiderado, que traidor consigo mismo sacrifica á su inconstancia lo que mas le importa? ¿Si no puede tener dentro de su pecho una noticia de que se mira el mas interesado, còmo pretende que quien por lo regular la mira con indiferencia, sea mas legal, y la custódie rigo-

rosa-

rosamente? Es una locura, y es pretender un imposible, quando tiene tantos exemplares que le advierten lo contrario. No duraron las sin iguales fuerzas de Sanson mas tiempo que el que tardó en descubrir á Dalida donde las tenía depositadas; y el que antes de haber sido confiado era terror de sus enemigos, despues se vió ser la burla y juguete de aquellos que mas le temieron, y se hallò en la precision de obedecer á los que despreciaba para mandar. ¡O, y quantos Sansones se miran derribados de la altura de su poder, por la baxeza de no saber encubrir su interior! Todo hombre debe hacer estudio particular en disimular su animo, porque á quien hiciere dueño de sus secretos, lo será tambien de su fortuna; no se adquiere con esta confianza un ami-

amigo, que se consigue infelizmente un tirano, que como dueño ya del corazon, se hace respetar sobervio, y cobra en repetidos temores los tributos de su tyranía.

Es la mas continua declamacion de los hombres, que *muger*, y *secreto* no pueden mirarse juntos; y este delito que hacen peculiar á nuestro Sexô, se halla con privilegio de antiguo entre los mismos que nos insultan: ¿Què otra cosa se vé en el mundo que desgracias y fatalidades, nacidas todas de la facilidad con que se cumple tan mal ésta obligacion? ¿Aquellos que pretenden hacernos aborrecibles, con pintarnos incapaces de guardar secreto, que otra cosa prueban que sus mismos delitos? Y sino, diganme: ¿quantas mugeres, puedan decirme, que no han guardado secreto, de quièn

lo supieron primero? De ellos mismos; de sus maridos, de sus padres, hermanos, &c. ¿Pues sino obstante el recelo que todos tienen de nosotras, aun no basta para contenerles en su deber quando nos descubren lo que ocultan en sus pechos; por què pretenden que nosotras seamos mas capaces que ellos mismos de practicar lo que parece les es imposible? ¿Si con la accion misma con que nos hacen complices de su interior, nos dán un perverso exemplo; por què intentan que nuestra resistencia sea mayor que la suya? Callen los hombres, cumplan los hombres, y sean mas constantes; que nosotras cuidado tendrémos de imitarlos en lo bueno, ya que por desgracia les parecémos en lo malo; y si acaso no me creyesen, no se confien de nosotras, y está el

daño remediado. Pero esto es imposible: estoy en la inteligencia, que apenas uno de estos Señores, enemigos nuestros, se hallan con un secreto dentro de sí; quando anda despavorido, buscando á quien hacer participe de aquella carga. Estamos nosotras en nuestras casas muy agenas de estos cuidados, entra un Señor mio con el comun estilo de fingir y mentir; se acerca, ó á aquella con quien tiene alguna estrechéz, ó con la primera que encuentra; y haciendo alarde de lo que la estima, y ponderando su cariño hasta las nubes; por dar una prueba sensible de su aparente verdad, la confia el secreto: á la primera luz parece favor, pero en realidad es lo contrario; porque lo mismo hubiera hecho con Perico el de los Palotes si se le hubiera puesto

á tiro: la dama que le oyó, y que está por lo regular acostumbrada á oirle ponderar quanto hace, y dice, por encarecer la cura, regúla aquella noticia importante con las muchas frioleras que en el discurso de la conversacion la ha dicho; y asi á la primera ocasion, sin malicia, hace público lo que debia ocultar el mas rigoroso sigilo. ¿Y quièn fué la causa indigna de esta desgracia? ¿Quièn? El que la dixo, que la pobre dama, què sabe de estas cosas.

En fin, Señores, una accion en que tanto se interesa nuestra buena fama, y que tan poco cuesta de executar, ¿por què hemos de ser tan omisos en su práctíca? No son ponderaciones mis discursos, que para lo feo, horrible, y despreciable de este abuso, aun queda la pluma corta en su critica:

no niego que es preciso que haya hombres que se confien; pero tambien los debe haber para callar; pues muchas veces la complicacion de accidentes en un negocio, otras la inesperada novedad en un asunto, y las mas el solicitar descanso con un amigo, son las causas racionales para descubrirse; pues si á los hombres se les estorvára el consultar, tomar parecer, y consolarse con los de su misma especie, la vida que en sociedad debe ser toda dulzuras, sería en este caso una serie de dias fatales, que nos llevarían prontamente á la desesperacion. Para que seamos, pues, dignos objetos de nuestras conversaciones, y apetecidos con ansia de todos, debemos interesarnos con nuestros amigos en sus gustos, y pesares, y guardar en lo mas oculto del pecho

aquellos arcanos que, ó por favor hecho á nosotros, ó por utilidad suya nos descubrieren. Seamos constantes en la observancia del secreto, y no demos causa á nuestro deshonor, con la práctica de un tan vergonzoso abuso.



PENSAMIENTO XIII.

CARTA DE UNA DAMA.

SEÑORA PENSADORA: Pa-
» ra que vea Vm. con toda su pre-
» suncion de corregir abusos, y
» enmendar el mundo, que muchas
» veces tropieza, y las mas se
» precipita, quiero ponerla delan-
» te una experiencia que está hoy
» pasando en mi casa; la que por
» sus circunstancias contradice dia-
» metralmente su opinion é imper-
» tinente critica en el asunto que
» se ha puesto á motejar de la
» conducta de las damas Gadita-
» nas: Vm. no quiere que se ta-
» pen, que hablen de noche en
» las dos mas celebres del año,

» y que no sean *marciales*: ¡hay
» tal ridiculéz! Ciertamente, Se-
» ñora mia, que es de un genio
» extravagante y mal acondicio-
» nado. ¿Por ventura pretende que
» todas las de su sexô se encier-
» ren, se anacoréten, y se ende-
» sierten? ¿Han de ser todas de
» una condicion ferina, y de un
» génio montesino? ¿Y la socie-
» dad amable que tanto Vm. de-
» clama? ¿Y el trato civil y po-
» litico, que con tanto empeño
» lamenta su abuso y su falta?
» Yo creo que Vm. escribe dé don-
» de diere, y salga lo que salie-
» re quando sin fundamento com-
» bate unos estilos tan propios de
» una buena crianza, y tan hijos
» de aquellos corazones que na-
» cieron para mandar, y ser obe-
» decidos. Yo (á Dios gracias) lo-
» gro en esta Ciudad la opinion
» de

» de juiciosa y de politica, tengo
» dos hijas que ya por su edad y
» hermosura merecian estar colo-
» cadas en la mas alta fortuna:
» mi marido que ya há ocho años
» que pasó á la America socorre
» con abundancia lo necesario pa-
» ra un lucimiento mas que me-
» diano: con cuyas circunstancias,
» y las de mi modo de portarme,
» siempre me prometí, que sin la
» menor dilacion saldría del cui-
» dado de las niñas; pero se han
» engañado mis esperanzas; pues
» contra todos mis intentos, ellas
» se están en casa, y mis idéas se
» hacen inutiles: quando Vm. muy
» preciada de docta sale con la
» media espada de sus sermones,
» amonestando encogimiento, abul-
» tando recelos, y pronosticando
» desgracias. ¡valiente empeño!
» ¿Vm. sin duda querrá le diga
» con-

» las máxîmas de que uso para
» conseguir mis intentos, aunque
» por mi mala suerte me han
» salido fallidas? Pues escuche lo
» que me pasa, y tóme de mí
» exemplo para saber lo que acon-
» seja.

» Es mi casa freqüentemente
» visitada de los primeros caba-
» lleros de este Pueblo, de aque-
» llos que mas se distinguen por
» sus empléos, ó por sus caudales;
» y con una *marcialidad* sin se-
» gunda no se niega la entrada á
» todo hombre decente, aunque
» sea de las Naciones mas remo-
» tas: todos procuran cortejar á las
» muchachas, y cada uno se es-
» méra en ser el primero en su
» estimacion; ellas que son un
» poco picarillas; y que saben
» muy bien (por advertencia mia)
» que á nadie han de creer sino

que

» que venga por via recta, esto
» es, para el santo fin á que de-
» ben aspirar; oyen á unos, y es-
» cuchan á otros, corresponden
» á aquel, y con esto estámos di-
» vertidas como unas Reinas; y
» ellas van poco á poco cobran-
» do experiencia para no errar en
» la eleccion: es verdad que hay
» algunas lenguas mordaces de la
» vecindad, que murmuran tantas
» visitas en mi casa, y que dicen
» acude mas gente á cortejarnos
» que se hallò sobre Praga en esta
» ultima guerra: yo me rio, y co-
» mo mi fin es santo y bueno, pues
» se dirige á ponerlas en estado,
» llevo con paciencia estas satiras.
» Lo que me suele desazonar
» grandemente son ciertos hijos de
» vecino, que como tan chuscos y
» atrevídos se cuelan sin sentir;
» y como por lo regular saben en

„ estas materias mas de lo que ne-
„ cesitan, me las buelven algunas
„ veces el júicio, y casi casi han
„ estado para darme una pesadum-
„ bre: ¡reniego de estos hombres!
„ Pues como no piensan mas que
„ en peynarse y componerse; y
„ por lo comun es gente desocu-
„ pada, en entrando un par de es-
„ tos se apoderán de los mejores
„ asientos, y aunque despues ven-
„ gan otros mas de mi gusto, el
„ diablo que los haga levantar:
„ crea Vm. que me han hecho
„ perder mas de quatro buenas
„ ocasiones; y que me parece,
„ que si no fuera por ellos, que
„ ya hubiera salido de mi cuida-
„ do: y no me ha quedado por
„ falta de diligencia para eva-
„ dirme de estas desazones; pues
„ muchas veces he dicho á las ni-
„ ñas, les digan no vuelvan á ca-

„ sa: ellas (segun me afirman)
„ asi lo han executado; pero con
„ todo no me puedo ver libre de
„ esta molestia: ¡Dios me libre
„ de ellos! Cierto caballerito ex-
„ trangero se iba inclinando de
„ lo fuerte á la mayor, y se co-
„ nocia claramente por su gene-
„ rosidad, pues no le dolían pren-
„ das, siempre se estaba combi-
„ dando, y que quise, que no
„ quise nos regaló muy bien: y
„ quando estaba yo mas esperan-
„ zada de este hombre, se atra-
„ vesó un maldito de estos Pisa-
„ verdes Gaditanos, y no sé què
„ dió á la muchacha, que al ins-
„ tante aborreció al extrangero, y
„ se entregó á favorecer este
„ hombre: no está en esto la gra-
„ cia; sino es, que apenas se
„ vió correspondido, se ausentó
„ de casa, y se fué con sus en-
„ gaños

» gaños á otra parte, quedando-
» nos á la Luna de Valencia sin
» uno; y sin otro, y la niña tan
» apesadumbrada, que por poco
» la pobrecita se muere: estuvo
» muy mala.

» Puede Vm. suponer, que
» no he dexado diligencia que no
» hé practicado para conseguir
» mis deseos: discurro que Vm.
» creerá habrá sido todo con el
» mayor disimulo y honradèz;
» pues mugeres de mis circuns-
» tancias no se portan de otra
» manera. Yo pago á un tiempo
» quatro maestros de bayle, de
» musica, de lengua Francesa,
» y el peluquero; porque de es-
» ta manera se hallen prontas pa-
» ra lucir en todas partes: sus
» vestidos son los mas de moda,
» y sus peynados los mas extra-
» ños; y ellas con aquella bella
» gra-

» gracia que tienen, y como son
» tan *marciales* (no se enfade
» Vm. que asi se dice) llenan su
» papel con el mayor primor: yo
» estoy hechizada con tales ni-
» ñas, y las cuido tanto que en
» nada las dexo poner la mano,
» solo piensan en sus adornos,
» en sus visitas, y en sus pi-
» ques, en fin, como mozas, *que
» es razon, qne mientras yo las
» vivo se diviertan*; *que despues
» sabe Dios lo que será*: pues
» no obstante mis achaques, co-
» mo las quiero, y ellas se lo
» saben grangear, soy la prime-
» ra que me levanto en casa, las
» llevo el cocholate á la cama,
» y cuido sola de que la familia
» cumpla con su obligacion, y
» tenga todo pronto para quan-
» do se vistan, que nada echen
» menos: de este modo están con-
» ten-

» tentas, y tienen tiempo para
» peynarse, dar sus lecciones, y
» mantener las visitas, que como
» son tantas, y en mi casa les
» damos tan buena acogida, casi
» siempre están acompañadas.

» Al escribir esto ha sido pre-
» ciso soltar la pluma por acu-
» dir á la pasion de risa que me
» ha sorprendido, considerando
» las admiraciones, los arquéos
» de cejas, y los espantos que
» Vm. *Señora Pensadora*, habrá
» hecho, leyendo la sencilla rela-
» cion que la estoy dando: ¡val-
» game Dios, y què de visages
» y movimientos convulsivos ha-
» brá practicado al leer mi acer-
» tada conducta, aunque para
» Vm. muy errada! Pues no se
» admire ni extrañe que esto es
» lo regular, que yo, y todas
» las que tenemos hijas *marciales*

» executámos para salir de cui-
» dados. Ahora advierta Vm.
» todas sus amenazas, sus rece-
» los, y sus temores frustrados;
» pues, gracias á mi fortuna, que
» no me ha sucedido ninguna de
» aquellas infelices conseqüencias
» que pronostíca; y no porque
» yo esté siempre al lado de mis
» hijas, que es tanta mi confian-
» zá (supongo que tales son ellas)
» que lo mas del dia me estoy
» entretenida con la familia en
» las cosas de la casa, dexando-
» las solas en el estrado con los
» que nos favorecen: ¿pues què,
» por esto se les han de comer?
» Bonitas son las niñas para gra-
» cias: bien segura estoy, no hay
» que recelar: que aunque muchas
» veces he advertido demasiada
» intimidad con algunos de los
» que entran, y con quien mas
» fre-

„ freqüentemente se entretienen
„ en sus chistes y confianzas, es-
„ to no encierra malicia, que son
„ las pobrecitas de un corazon
„ muy sencillo; y se conoce, que
„ nada tienen estas cosas de par-
„ ticular inclinacion; pues con la
„ misma voluntad se disponen pa-
„ ra ir á los paséos, á la come-
„ dia, y á otras diversiones con
„ unos como con otros: si bien
„ dos mozitos comerciantes ex-
„ trangeros son los que con mas
„ fineza llevan el peso de corte-
„ jarlas; y estoy muy contenta,
„ porque están casados en su tier-
„ ra, y no hay motivo para dis-
„ currir nada malo, pues son
„ unos hombres muy ricos y bien
„ acreditados en el comercio: no
„ obstante mis diligencias, tengo
„ la poca suerte de no verlas ya
„ puestas en estado, lo que atri-

„ buyo

» buyo á mal influxo de mi es-
» trella, pues siempre he sido
» poco favorecida de la fortuna.
» ¿Vé Vm. *Señora Pensadora*,
» como son quiméras todas las
» que aconseja, y que no pue-
» den tener mas existencia que
» en la triste fantasía de sus
» *Pensamientos*? Vm. nos quiere
» quitar los tapados, muy pre-
» ciada de reformadora, y otras
» cosas que son casi precisas pa-
» ra nuestros ascensos; sugetar-
» nos á parecer mugeres de pie-
» dra; á que hablémos con un
» estilo sério é impertinente, y
» que abandonémos el gracejo,
» la delicadeza de los chistes, y
» la ocasion de lucir los entendi-
» mientos; quando yo con todas
» mis maximas me veo muy le-
» xos de mis esperanzas: errada
» vá Vm. no hay què replicar-
» me,

» me, y sino, tóme experiencia en
» mí que no he dexado diligen-
» cia por practicar para poner
» mis hijas en estado; y no obs-
» tante todas ellas, son tales los
» hombres, que pocos se dedican
» á este tan buen fin. Deles Vm. á
» ellos diversiones, bayles, y co-
» madres que todo vá bien: pero
» el cargar con obligaciones, na-
» da menos que eso. ¡Quien los
» creyéra! Ya todos están exâmi-
» nados de marrajos; y si acaso
» no se les pilla quando princi-
» pian á volar, en pasando este
» tiempo, siempre es tarde. Con
» que si Vm. hubiera reflexîona-
» do estas razones, no se atre-
» viera á pretender que las mu-
» geres vivamos á la moda del
» tiempo del Conde D. Per Anzu-
» les: entonces eran los hombres
» mas sencillos, y nos buscaban

» con rendimiento; pero ahora, » ni aun con las mas vivas di» ligencias se les puede meter en » camino: por cuyo conocimien» to me he determinado á escri» birla esta carta para aconse» jarla, recoja los *Pensamientos* » en que rebate estas precisas » circunstancias de nuestros as» censos; ò se desdiga en algun » otro, dexandonos en aquella » libertad amable en que hemos » vivido hasta aqui; pues de lo » contrario, no faltará alguna » que la busque y encuentre por » mas que se oculte y castigue » con las manos los atrevimien» tos de su pluma. Soy de Vm. » &c.

D.ª Martina Marcia Mavorte.

Respuesta.

MUY SEÑORA MIA: Puede Vm. creer, que para leer su carta no he consultado á los ceños, ni á las ponderaciones; toda la costa se la he debido á la risa. Vm. pensò muy mal, quando discurrió que aumentaría con ella lo melancolico de mis reflexiones; pues antes por el contrario ha sido una diversion gustosa su contexto: ¿Pues quien no se ha de reir, viendo que una dama, cuya edad, segun se infiere, se halla en estado de haber conocido la razon, y el desengaño de la juventud, se manifieste tan acerrima defensora de los abusos mas ridiculos, y procure dar fuerza á sus replicas con la practica indigna de

lo

lo mas odioso? He agradecido á Vm. el haberme dado motivo con su carta, para que haya divertido la pluma de otro asunto, que por la reflexion de sus efectos habia suscitado toda la acritud de mi critica, y me tenia bastante desazonada; porque ha de creer Vm. Señora mia, que todo aquello que escribe la pluma, me dicta la pasion, y el amor á la verdad; de suerte, que se apoderan tanto las especies de mi idéa, que no pocas veces me causan pesadumbre las conseqüencias sacadas por mis discursos.

El principal objeto de su carta se dirige á hacerme ver que fueron inutiles mis *Pensamientos* de la *marcialidad*, del *tapado*, &c. sacando por conseqüencia que son precisos y necesarios los abusos rebatidos para mil cosas que

Vm. supone: y como á este falso supuesto tengo respondido bastantemente en los mismos *Pensamientos*; pues con leerlos se hallarán las contras de lo que Vm. defiende; quiero solamente en esta respuesta parar la consideracion en el modo con que cria á sus hijas; modo que era digno, no de hacer alarde de él por escrito; sino de desterrarle y apartarle de todo el mundo por indigno, sospechoso de mil vergonzosos delitos, y por contrario al verdadero honor, unico fin de todas nuestras acciones.

¡Valgame Dios, *Señora toda marcialidad*, que no le parezcan repugnantes á la razon y modo recto de obrar las licencias ocasionadas que permite á sus hijas! ¿No echa Vm. de ver que ha tenido, tiene, y tendrá de esta ma-

manera arriesgadas sus conductas, y expuestas miserablemente á ser el objeto de la diversion de tantos ociosos, como permite pisen su casa, siempre con menoscabo de su opinion y de su inocencia? ¿Còmo quiere Vm. que logren utiles alianzas, si ha errado el camino de adquirirlas? Para la divèrsion, el bayle, la comedia, y el paséo, buscan los hombres, es verdad, mugeres como Vm. ha pintado sus hijas; pero para hacerlas participes de su fortuna, é interesarse en su conducta buscan lo contrario; quieren todos mugeres virtuosas y laboriosas, no petimetras y baylarinas; pues si apetecen estas diversiones, en las casas como la de Vm. y en los teatros las encuentran á menos costa, y con ningun riesgo propio. Vm. se quexa

de

de los hijos de vecino altamente, y no sé por què; pues si es la que manda en su casa, ¿para què se vale de las *niñas*? Que estas por lo regular lo harán al contrario. No le niego á Vm. que son fieros vichos, y que quitan el juicio á las que los escuchan; pero esto se debe atribuir, no á su mayor habilidad, sino á lo de un *loco hace ciento.*

¿Vm. permite en su casa entrada de hombres que gasten, y regalen, y con hijas mozas? ¡O què desgracia! ¿Si Vm. se dexa obligar en mas de lo que puede satisfacer con sus posibles á que se expone? ¿Tendrá aliento para reñir una osadía, estorvar una locura á aquellos mismos que poco antes la obligaron con el regalo, el combite, &c? De ninguna manera: antes por el contra-

trario se verá muchas veces en la precision de disimular, aunque interiormente se lo riña la modestia y el honor. Se consuela Vm. en medio de sus desordenes, y tiene por alivio de las que llama desgracias, que los que festejan mas á menudo sus hijas, son dos hombres extrangeros casados en su tierra, por lo que no recela nada malo; dando por causa de su quietud *que son muy ricos, y muy acreditados en el comercio*: ¡Valiente ignorancia! ¿Què querrá Vm. que le diga sobre este asunto que no sean admiraciones, temores, y desconfianzas de Vm. de sus hijas, y de esos caballeros? ¿Desde quando (cosa graciosa) la riqueza manejada por mozos, ausentes de sus casas, y tratando tan de cerca con mugeres hermosas y *marciales* ha sido

ori-

origen de las confianzas y puesto en fuga los temores? Yo me persuado que quando Vm. dixo esto, estaba muy agena de lo que escribía; pues no conoció que la causa de ver sus esperanzas frustradas, son esas amistades que solo dirigen sus pasos á la ruina de su opinion: ¿No recela Vm. la venida de su Esposo á quien es preciso que dén en rostro todas esas ocasiones que permite en su casa? Pero hace Vm. bien en no temer, pues quando se dispuso para hacer el viage, ya tendría bastante conocido su genio, y pasará sufrido por los efectos de èl en su ausencia.

Pero lo que mas me causa admiracion es ver una madre sugetarse gustosa á servir de Criada á sus mismas hijas, y que mientras se están divirtiendo tan

arries-

arriesgadamente, se ocupe sin pudor y cuidado en las domesticas taréas, abandonando en esta accion la superioridad que le es debida por ser madre, y la estimacion por verla tan mal ocupada: digo mal ocupada, porque una madre, mientras tenga en casa hijas mozas, debe hacerse servir de ellas que asi lo piden las leyes de la razon, justicia, y naturaleza.

¿ Algunas veces no se há sonrojado de ver en sus hijas el poco respeto con que se dexan servir de su misma madre, quando éstas debian, pues se hallan en edad mas robusta, y con menos achaques, ser las que se desvelasen en asistirla y procurar su descanso, y regalo como mas necesitada, y como que tendrá gastada y aniquilada su salud en haberlas criado? O Señora mia,

y como veo que asi Vm. como todas las que la acompañan en tan vergonzosa conducta son unas mugeres sin juicio, sin honor, y sin temor de que las censuren. No extrañe Vm. que asi lo diga, pues su carta es una confirmacion de su ignorancia: pues en ella viene haciendo alarde de lo que mas habia de ocultar; motejandome de atrevida en mis juicios, quando estos son fundados en las mas sólidas opiniones de una honrada conducta; por lo que no temo, ni su amenaza, ni las de todo el mundo; pues siempre que mis escritos dirijan sus progresos á vindicar la verdad oprímida, y á ilustrar la razon ofuscada con los abusos, tendrán por crecido premio de sus fatigas la mas cruel oposicion de los preocupados.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE
DE LOS PENSAMIENTOS
DE ESTE PRIMER TOMO.

13


BIBLIOTECA PROVINCIAL
SEVILLA